¿Qué es un movimiento social?

Hank Johnston

Alianza editorial



Hank Johnston

¿Qué es un movimiento social?

Alianza editorial

Índice

1. ¿Qué es un movimiento social?

Los movimientos sociales son fuerzas decisivas del cambio social en el mundo moderno. Si bien es cierto que no todo cambio deriva de ellos, pues también la innovación tecnológica, el cambio climático, los desastres naturales y las guerras son causas de transformación social, su originalidad consiste en estar dotados de una finalidad y una estrategia que les ha impreso la gente que los protagoniza. Otra característica distintiva es que sus movilizaciones y actuaciones tienen lugar fundamentalmente al margen de los canales políticos e institucionales establecidos. Esto plantea al científico social interesantísimos interrogantes acerca de su origen y su desarrollo. Hay movimientos sociales que expresan los esfuerzos de un conjunto de ciudadanos por crear de modo colectivo un mundo más justo y equitativo. Otros movimientos tienen origen en lacerantes agravios que impulsan a sus participantes a actuar al margen de las rutinas cotidianas. Es común que los movimientos sociales choquen con la resistencia de fuerzas que apoyan el *statu quo*, lo que insufla a las acciones del movimiento un carácter fundamentalmente contencioso. Pero lo que define a todos los movimientos, grandes o pequeños, es que hacen avanzar la historia, a veces de manera muy significativa. El conocimiento de lo que son y del estudio que de ellos realizan las ciencias sociales es una importante tarea a cumplir si se quiere comprender la sociedad contemporánea y hacia dónde se dirige.

En 2011, la revista *Time* seleccionó al «manifestante» como su personaje del año. Eso se debió en parte a la explosión de movimientos de oposición a los regímenes represivos en África del Norte y Oriente Medio que había tenido lugar ese año. Tanto en Egipto como en Túnez, el régimen de Mubarak y el de Ben Alí fueron derrocados por masivos e inesperados movimientos de oposición política. En Siria, un movimiento similar de oposición adoptó otro curso, pues se convirtió en una guerra civil con más

de 100.000 bajas y una corriente de refugiados de cerca de un millón y medio de personas. Muchos movimientos sociales encarnan amplias demandas de cambio político; en los ejemplos que se acaba de dar, esas demandas eran el derrocamiento del antiguo régimen y la instauración de un nuevo orden social más democrático.

También ese año se produjo otra ola de protestas en varios países occidentales, como el movimiento «Occupy» en Estados Unidos, el 15-M (15 de mayo) en España y amplias protestas contra la política de austeridad en el Reino Unido, Irlanda y Grecia. Estas protestas tenían en común temas que emergían del colapso económico global, la complicidad de las élites políticas y sus fracasos en materia de política económica. Estos movimientos no tuvieron tanto éxito en el logro de sus objetivos inmediatos, pero crearon redes de activistas conectados por los nuevos medios sociales de comunicación, base de un activismo por el cambio social permanente. Además, desarrollaron nuevas tácticas de ocupación de plazas y espacios céntricos, así como de democracia participativa radical, todo lo cual produciría efectos estratégicos en movimientos futuros.

Por otro lado, tanto en Estados Unidos como en Europa se está produciendo una gran transformación cultural, aunque de contornos más difusos, desencadenada, también ella, por un movimiento social. Me refiero al movimiento por los derechos de los homosexuales, red de organizaciones y grupos no tan destacados en los titulares de prensa como los de los dos ejemplos anteriores, pero que llevan décadas luchando contra la discriminación y promoviendo la igualdad, junto con el cambio de actitud respecto de la homosexualidad y el matrimonio. Solo veinte años antes, durante la administración Clinton, se promulgaba en Estados Unidos, con escasa oposición parlamentaria, la Ley de Protección del Matrimonio, que prohibía el matrimonio homosexual en el ámbito federal. En la actualidad, la mayoría de los ciudadanos norteamericanos acepta el matrimonio gay. Tanto el expresidente Clinton como su mujer (más adelante candidata presidencial) afirmaron públicamente que la Ley de Protección del Matrimonio era un error. Aunque el matrimonio gay sigue siendo tema de polémica, es justo decir que este cambio en la opinión pública habría sido

imposible sin las diversas campañas del movimiento por los derechos de los homosexuales.

Hay diferentes tipos de movimientos. Los que formaron parte de la Primavera Árabe eran ostensiblemente políticos y sus participantes corrían importantes riesgos por oponerse a Estados represores. En ámbitos políticos democráticos como los de España y Estados Unidos, los movimientos sociales son bastante comunes, al punto de que en cualquier momento el analista puede encontrar múltiples movimientos que actúan en una amplia variedad de problemas y con demandas de muy diversos tipos. Son parte importante de un paisaje político en el que diferentes grupos y organizaciones defienden sus intereses, sostienen reivindicaciones y expresan sus aspiraciones de cambio. El movimiento por los derechos de los homosexuales tiene dimensiones políticas en la medida en que lucha por la igualdad matrimonial, lo que implica luchar contra una legislación como la de la Ley de Protección del Matrimonio y contra la Proposición 8 de mi Estado natal, California. Pero también tiene una dimensión cultural, pues implica un cambio en las ideas relativas al matrimonio, la sexualidad y los comportamientos de género, tal vez menos visibles, pero no menos importantes en el horizonte del cambio social. Muchos grupos y organizaciones del movimiento LGTB (lesbianas, gais, transexuales y bisexuales) han contribuido de distinta manera a este esfuerzo a lo largo de años.

Abordar en toda su complejidad estos elementos políticos, culturales y organizacionales en un proyecto de investigación es una tarea inmensa, de modo que el analista está obligado a tomar decisiones acerca de por dónde empezar, qué grupos incluir y cuáles no, dónde enfocar la atención y qué dejar de lado. Por otra parte, todo investigador social sabe que es esencial definir con precisión los términos de los que se sirve. Una buena manera de comenzar este libro es aclarar las decisiones a tomar sobre la manera de acceder al conocimiento de un movimiento social y sus límites en lo que respecta a grupos, ideas y acciones en él incluidos o no.

El estudio de los movimientos sociales

Para mi estudio de los movimientos sociales me baso en la observación de Charles Tilly (1978: 8-9), según la cual las dimensiones analíticas básicas del campo correspondiente son: 1) los grupos y las organizaciones que protagonizan una acción colectiva; 2) los eventos que forman parte del repertorio de acciones, y 3) las ideas que unifican los grupos y orientan sus protestas. Tilly insistió en que, cuando estudiamos los movimientos sociales, tendemos a centrarnos solo en una esfera de este trío, que, a su vez, nos introduce en áreas de las otras dos esferas con ella relacionadas. Por ejemplo, si nos interesa estudiar una protesta –digamos, una gran protesta antibélica en una gran ciudad– nos veremos indefectiblemente arrastrados a ocuparnos de los grupos que la organizaron y, a continuación, de las ideas que motivaron tales acciones. Muchas cosas han cambiado en el dominio de la investigación de los movimientos sociales desde que Tilly expuso estas ideas, de modo que es posible refinarlas a fin de reflejar mejor todo lo que se ha avanzado en este terreno, pero sin variar un ápice la convicción de que el hecho de fijar el foco en uno de los elementos mencionados lleva invariablemente al analista a reconocer la pertinencia de los otros.

En primer lugar, hay un vasto cuerpo de investigación que muestra que los grupos y las organizaciones movilizados no están solos, sino más bien unidos en estructuras reticulares a través de pertenencias parcialmente superpuestas, interrelaciones de sus miembros y contactos entre líderes (Diani, 1992; Diani y McAdam, 2003; della Porta y Diani, 2006). Si se toma en cuenta la estructura en red de un movimiento que vincula diversas organizaciones de distinta magnitud y diferentes grados de formalidad, resulta más preciso hablar de la *esfera estructural* de un movimiento, concepto de mayor amplitud. Esta fórmula capta las relaciones reticulares relativamente fijas entre grupos, organizaciones y partícipes individuales que caracterizan tanto a los grandes movimientos sociales como a los pequeños. El de la esfera estructural es un foco decisivo porque es precisamente mediante las interrelaciones entre organizaciones como se hacen efectivos los recursos para la movilización, esto es, como se consigue

llevar gente a las calles y presionar a los políticos. Estas relaciones son también la estructura básica de la unidad y la continuidad de un movimiento. Puede ocurrir que unos grupos se disuelvan y que las organizaciones se dividan, pero el movimiento general se distingue por su persistencia temporal más allá de la suerte de un grupo en particular.

En segundo lugar, las ideas que alimentan un movimiento, lo orientan y le infunden unidad, comprenden las nociones de ideología, objetivos, valores e intereses, ya probadas en el tiempo y ampliamente estudiadas. Sin embargo, en los últimos años los investigadores han sondeado el concepto de identidad colectiva como elemento ideacional clave de cohesión de los individuos y los grupos en el seno de un movimiento. Además, una importante perspectiva teórica de la que se ha hecho amplio uso en la investigación del movimiento social es el concepto de marcos de acción colectiva. Se trata de esquemas cognitivos que orientan la interpretación que los integrantes de los movimientos, el público espectador y las élites políticas hacen de los acontecimientos y que se diferencian tanto de una ideología sistemática como de valores y normas culturales vagamente definidos. La investigación ha destacado que tanto la identidad colectiva como los marcos de interpretación son elaboraciones colectivas en curso que hunden sus raíces en situaciones de interacción. Este hallazgo abandona la investigación sobre estas dimensiones ideacionales en libros, tratados ideológicos y manifiestos en los que se expresan los objetivos y las demandas del movimiento, para trasladarla a las interacciones orales de sus miembros. Por eso emplearé la expresión *esfera interpretativo-ideacional* en referencia a un movimiento social, con el propósito de abarcar la ampliación de la que el enfoque analítico de las ideas de un movimiento ha sido objeto en los últimos años.

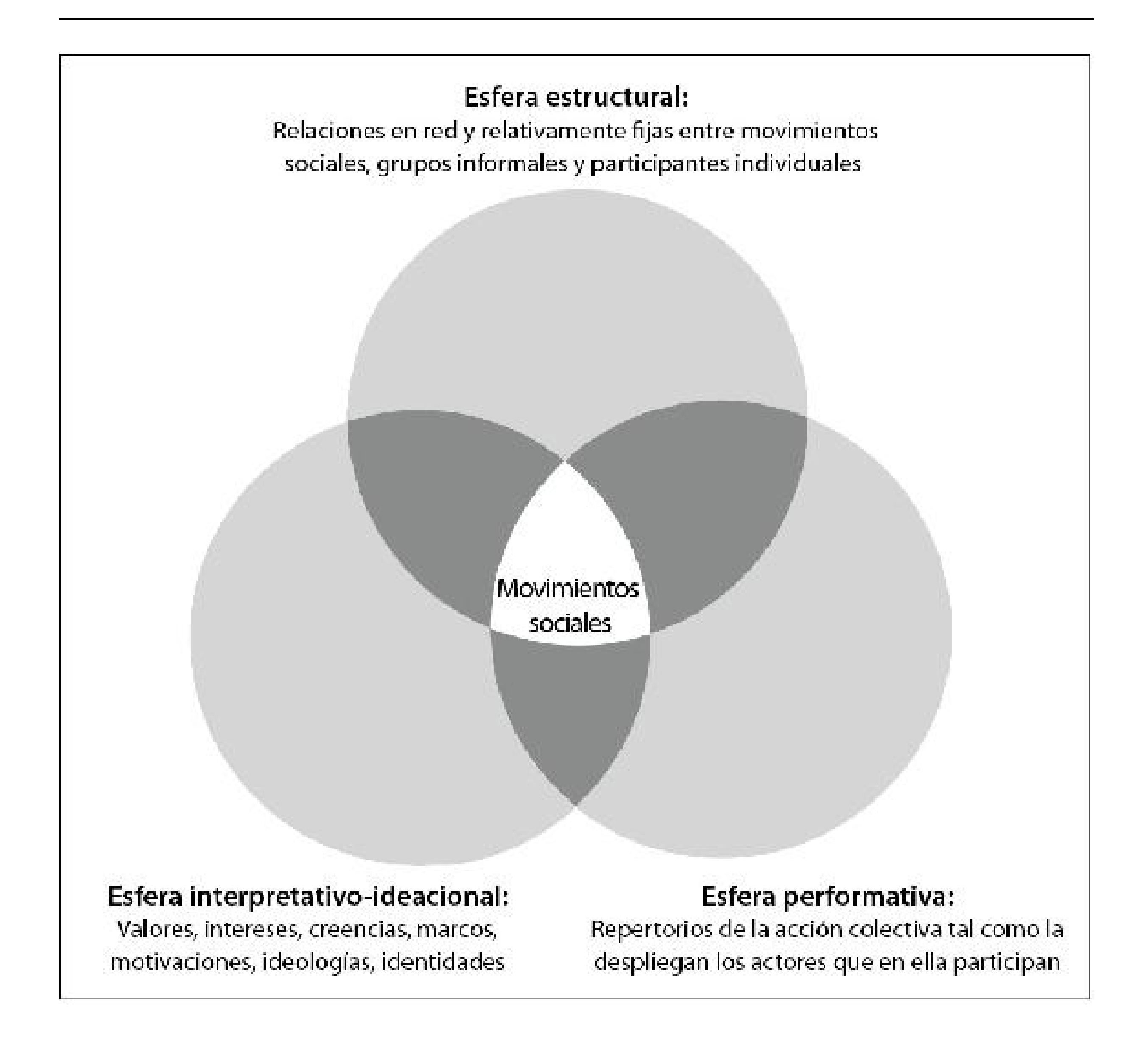
En tercer lugar, amplío el foco que Tilly centra en los eventos para incluir todos los elementos del repertorio de un movimiento, las maneras de llevarlos a la práctica y las reacciones a ellos. Tilly ha prestado un gran servicio con su desarrollo de un enfoque performativo de los movimientos sociales sobre la base de su concepto de repertorio del movimiento social moderno (1995, 2005, 2008). Del enfoque básico de la acción social como teatro que sostiene la sociología cultural se desprende también el énfasis en

las performances de un movimiento antes que en sus eventos de protesta. Destaco la metáfora de la performance porque, lo mismo que en otras formas de comportamiento social, las performances típicas de un movimiento –protestas callejeras, manifestaciones, huelgas, marchas, etc.– encierran un poderoso simbolismo en el sentido de dar lugar a juicios que trascienden el contenido de sus cánticos, canciones, pancartas y discursos. Además, todas son performances porque siempre tienen un público espectador que interpreta lo que ve, actúa de acuerdo con sus interpretaciones e influye con su presencia en el desarrollo de la performance. La consideración de un movimiento social de protesta como una performance sitúa a sus participantes en pleno contexto de actores ante diversas audiencias y amplía nuestra manera de estudiar los movimientos sociales al poder insertarlos en relaciones dinámicas.

La figura 1.1 representa gráficamente un modelo general de la manera en que los sociocientíficos abordan el estudio de los movimientos sociales. Los círculos representan las tres esferas analíticas en sentido amplio: estructura social, ideaciones/interpretaciones culturales y performances de la vida cotidiana. El núcleo de la figura representa la convergencia de los elementos característicos de los movimientos sociales. En términos simples, el núcleo concentra (1) los grupos y las organizaciones interconectados que (2) son portadores y difusores de elementos ideacional-representativos, como las identidades, las ideologías y los marcos, que a su vez (3) se reflejan y se manifiestan en las performances colectivas que reconocemos como parte del repertorio del movimiento social moderno. Es en esta región donde el analista de los movimientos sociales centra la atención. Aunque originariamente hubiese fijado el interés tan solo en una de esas tres esferas –la ideología de un grupo en particular, por ejemplo–, el investigador se siente indefectiblemente atraído (a través de los vínculos de la red) por otros grupos que comparten ideas similares, así como por la manera en que traducen sus ideas en acción. Va implícita la existencia de una relación iterativa y de refuerzo recíproco entre las tres esferas. La figura muestra también tres áreas entrecruzadas que brotan del núcleo y en las que solo se solapan dos esferas. Estas áreas captan el interés de determinados grupos, ideas y acciones relacionados, que pese a no formar en rigor parte del

movimiento, pueden resultar interesantes para el investigador debido a que ocupan un terreno intermedio que, aunque menos alejado de las relaciones sociales ordinarias e institucionalizadas, también es soporte de cambio social. Por ejemplo, una variedad de grupos –oenegés, organizaciones de apoyo a distintas causas y grupos de interés, todos los cuales analizaré brevemente– se subsumirían en esta categoría y se los situaría en el área superior izquierda de las tres secundarias.

Figura 1.1. Dimensiones del análisis de los movimientos sociales



Cada una de las esferas mayores representa una dimensión fundamental de la vida social, con amplia distribución de una diversidad de formas y focos, pero los que interesan al analista de los movimientos sociales son los que tienden a cuajar en el centro por su manera de desafiar el *statu quo* mediante acciones extraordinarias, no institucionales. Echemos una mirada más detenida a los elementos que se concentran en el núcleo y a la definición que aportan de lo que es un movimiento social.

La estructura de los movimientos sociales

En el estudio de los movimientos sociales, la esfera estructural –esto es, las relaciones relativamente fijas y duraderas entre los actores sociales– puede concebirse básicamente de dos maneras. En primer lugar, los movimientos sociales están compuestos por grupos y organizaciones de distinta magnitud, contenciosos y no contenciosos, que integran, con diferentes grados de participación, miembros individuales a los que mueven a la acción. Es cierto que son las unidades básicas de la estructura del movimiento, pero –como ya he dicho– también es preciso tener en cuenta otros grupos relacionados –grupos de apoyo, grupos de interés y oenegés–, así que nos vemos obligados a diferenciar entre ellos en tanto focos de estudio. En segundo lugar, los movimientos sociales son *estructuras en red*. Dada la complejidad ideológica, táctica y organizativa de los movimientos sociales, una organización reticular interconecta esta complejidad, vincula unos con otros a sus componentes e infunde cohesión al todo. De la misma manera en que ciertos participantes del movimiento tienen múltiple membresía, así también hay organizaciones que atraen a más miembros y ocupan posiciones más importantes en la red del movimiento interconectado.

Organizaciones del movimiento social

Un error común entre los estudiantes sin experiencia es confundir las organizaciones de un movimiento determinado con el movimiento mismo. En el caso del movimiento medioambiental, Greenpeace, Friends of the Earth o Earth Liberation Front son *organizaciones del movimiento social*, o, más simplemente, OMS. Se trata de grupos de distinto tamaño y con diferencias de complejidad y de estructura formal que montan los ciudadanos para perseguir sus demandas cuando los políticos se muestran insensibles o cuando un problema parece particularmente urgente. A veces las OMS tienen un alto grado de formalización y llegan a ser muy grandes y

manejar vastos recursos, como Greenpeace o Nature Conservancy. Pero dedicar el estudio solo a las grandes OMS equivaldría a dejar de lado la amplitud y la complejidad del movimiento medioambiental. Además de grandes e importantes actores, el movimiento social tiene en su seno pequeños grupos, algunos muy informales, que tal vez tiendan a objetivos algo diferentes, pero que, por encima de todo, responden al mismo *ethos* medioambiental. Por ejemplo, es posible que grupos de amigos y de conocidos cultiven jardines en espacios urbanos, o alienten el uso de bicicletas en lugar de coches y camiones devoradores de gasolina. En general, los movimientos sociales son conjuntos complejos de distintos tipos de grupos y de individuos. Las bases estructurales y organizativas de los movimientos sociales, considerados en su conjunto, son normalmente distintas y complejas, pero siempre se interrelacionan mediante una red de conexiones de diferentes OMS, grupos informales, observadores todavía no plenamente comprometidos con el movimiento e individuos que ven el movimiento con simpatía, pero que aún no han actuado.

El lugar central que ocupan las OMS en el estudio de los movimientos sociales fue destacado por primera vez por John McCarthy y Mayer Zald (1973, 1977). Estos autores observaron que los movimientos modernos presentaban una tendencia a contar con OMS cada vez mayores, más formalizadas y profesionalizadas. Emplearon la expresión *organización profesional del movimiento social*, con lo que a menudo aludían a personal asalariado con dedicación exclusiva. Por tanto, no debería sorprender que algunas de las principales figuras de esta disciplina social sean también especialistas en el análisis de organizaciones complejas. La tendencia a la profesionalización contrasta con las *organizaciones populares*, que pueden surgir de una población agraviada de modo más espontáneo e informal. Las grandes organizaciones orientadas al cambio pueden ver incrementada su eficiencia en materia de planificación y de recaudación financiera y, en consecuencia, aumentar su disposición de recursos con miras a los fines del movimiento, pero se ven limitadas en la incorporación de nuevos miembros y en la toma democrática de decisiones. Además, el estudio clásico de Piven y Cloward (1977) mostró la escasa probabilidad de que las grandes organizaciones condujeran campañas de agitación, táctica que para los

grupos con pocos recursos es la más eficaz. A pesar de la proclividad de las OMS profesionales a suavizar el repertorio táctico del movimiento, en general la influencia en los movimientos sociales tiende a crecer, lo que significa que están en condiciones de atraer cada vez más recursos e influencia, así como de crecer y profesionalizarse de manera incesante. Este proceso tiende a marginar a los grupos más pequeños incluidos en el movimiento.

Entre las mayores OMS, la mercadotecnia se ha convertido en una parte importante de la tendencia a la profesionalización. Personalmente, recibo con regularidad vistosas solicitudes personalizadas de colaboración de Sierra Club, Amnesty International, Nature Conservancy y otras poderosas organizaciones de movimientos sociales. Estos envíos son caros y obligan a comprar listas de destinatarios a otras organizaciones, que es la manera en que he llegado a sus listas, es decir, gracias a que hace unos años mi mujer se había asociado a Sierra Club. La recaudación de fondos crea su propia dinámica debido al elevado coste de este tipo de promoción y de las campañas de proselitismo. Todas estas cosas exigen un plantel especializado para diseñarlas y gestionarlas, lo que obliga a distraer una parte del personal de los objetivos directamente orientados al cambio. Las grandes OMS tienen una organización más burocrática, con miembros de su personal a los que corresponden claros ámbitos de autoridad y responsabilidad, uno de los cuales es la mercadotecnia personalizada. Otra tendencia lleva a que, debido a su alcance, OMS de mayor envergadura se vayan convirtiendo en trasnacionales. En ocasiones se trata de organizaciones gigantescas, como es el caso de Greenpeace y Friends of the Earth International. Las OMS trasnacionales (OMST) varían en su grado de centralización y de coordinación. Friends of the Earth es una organización descentralizada, pero otras OMS profesionalizadas son más burocráticas y jerárquicas, como Greenpeace, Worldwide Fund for Wildlife, Oxfam o Amnistía Internacional. Estas OMS tienen sus sedes centrales en Washington D. C. o en Londres, y cuentan con filiales en otras ciudades del mundo. El personal remunerado está formado por profesionales que han de contar con estudios, habilidades sociales y lingüísticas, además de capacidad técnica, en sus respectivos campos de activismo. Lahusen (2005)

ha rastreado el círculo social que frecuentan los miembros del personal de los grupos de defensa del medioambiente o de derechos humanos en Bruselas y Ginebra con el fin de tratar de ejercer influencia en los máximos responsables políticos.

A menudo, no resulta nada clara la línea divisoria entre las grandes OMS y los *grupos de interés* en busca de contactos más institucionales para influir en la gestión política. Los grupos de interés son fuentes decisivas de influencia política en las democracias occidentales contemporáneas. Son primos hermanos de las OMS en la medida en que presionan a los políticos y tienen su hábitat en las márgenes de los partidos políticos establecidos, pero no se diferencian tanto de las actividades establecidas como para ser calificados de extrainstitucionales en el mismo sentido que aquellas. En las democracias modernas hay grupos de interés por doquier (Knoke, 1986; Clemens, 1997). Los sindicatos, grupos etnoculturales como la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color (siglas en inglés, NAACP) y el Mexican-American Legal Defense and Educational Fund, al igual que grupos industriales, como la National Association of Manufacturers, la US Chamber of Commerce y la National Mining Association, son tan solo unos pocos ejemplos de grandes y complejas organizaciones formales que representan los intereses de grupos económicos y sociales. En el interminable debate acerca de la tenencia de armas en los Estados Unidos, la National Riffle Association es un grupo de interés con un poder y una influencia enormes.

Suelen emplearse expresiones como *organizaciones no gubernamentales* y *organizaciones de apoyo* para referirse a grupos formales que persiguen objetivos sobre la base de determinados valores y orientados al cambio en cuestiones específicas, como los derechos humanos, la paz, las minas antipersona o el tráfico de seres humanos. Amnistía Internacional (AI) es una gigantesca organización internacional que persigue iniciativas en múltiples frentes sobre derechos humanos, como la defensa de presos políticos, la difusión de la persecución de activistas de la oposición y la vigilancia de la tortura y la desaparición de activistas políticos. Pero si el analista toma distancia para encuadrar el «movimiento de derechos humanos», AI ocupa sin duda un lugar prominente en tanto OMS (o OMST,

dado su alcance trasnacional) altamente profesionalizada y eficaz. Pero también es una organización no gubernamental internacional (ONGI), o, desde otro punto de vista, podría considerársela parte de una red de apoyo trasnacional (RAT) en materia de derechos humanos. Esta sopa de letras nos recuerda la observación fundamental según la cual en gran parte la decisión depende de la perspectiva con que el analista elija abordar el fenómeno estudiado. En sentido estricto, ninguna de estas etiquetas es incorrecta y bien podría decirse que cada una refleja el punto de partida que haya escogido el analista en la figura 1.1.

Redes del movimiento social

Hace ya bastante tiempo que los investigadores han reconocido que las redes desempeñan un papel decisivo en los procesos de reclutamiento, organización y coordinación de los movimientos sociales (Gerlach y Hine, 1970; Diani, 1992; Diani y McAdam, 2003; della Porta y Diani, 2006). Quisiera subrayar por ahora el hecho de que el soporte básico de una estructura en red imprime integridad y unidad sin rigidez a la agitada y rumorosa confusión de la complejidad organizativa e ideológica imperante en los grandes movimientos. Las redes son más o menos permanentes, pero permiten la coordinación flexible entre individuos y grupos que, en caso contrario, quedarían limitados a su entorno particular y perseguirían sus objetivos específicos en relación con el movimiento. Gracias a los contactos informales, las afiliaciones parcialmente superpuestas y las interconexiones formalizadas, características de ciertas organizaciones globales, como la Rainforest Action Network o la Peoples’ Global Action, las redes hacen posible la autonomía de los grupos locales que forman parte de la red a la vez que proporcionan el fundamento para el intercambio informativo y la coordinación. Es posible caracterizar un movimiento por la densidad y el número de las conexiones que lo constituyen, que pueden ser vigorosas o débiles y cuya centralización puede variar en una diversidad de individuos, grupos y organizaciones clave. No solo los individuos están incorporados a

las redes, sino que también es posible analizar los grupos y las organizaciones de acuerdo con la cantidad y la calidad de sus conexiones.

Figura 1.2. Red de OMS medioambientales en Brístol, Reino Unido.

Fuente: Diani, 2011

La figura 1.2 muestra la red de organizaciones, no de individuos, que constituían el movimiento medioambiental en la ciudad de Brístol, Gran Bretaña. Diversas organizaciones se interconectan, ya se las mida por las informaciones sobre contactos, ya por las pertenencias interconectadas. El grupo local de Friends of the Earth (FoE) ocupa un lugar auténticamente nuclear de la red, lo que sugiere que sus miembros han de influir en otros grupos. Algunos grupos son atípicos, se conectan una vez por semana, y en el rincón inferior izquierdo de la red observamos dos grupos conectados entre sí, pero sin vínculos con ningún otro. Si esto corresponde tan solo a una ciudad, imagine por un momento el lector la complejidad de los vínculos que pueden darse en una red de OMS medioambientales de otras ciudades y pueblos, así como las interconexiones existentes entre diferentes localidades, y tendrá una idea de la expansión y la interconectividad inherentes a las redes de movimientos sociales; en este caso, el movimiento medioambiental del Reino Unido.

Movimientos de ideas

En este libro adopto la posición según la cual los movimientos sociales se caracterizan por *grandes ideas orientadas al cambio*, ideas que los orientan y les infunden unidad. En los movimientos que podríamos considerar de máxima trascendencia, es decir, las grandes revoluciones sociales de la historia, los objetivos son gigantescos y tienden a alterar la propia organización social, política y económica de la sociedad, mientras que sus respectivas ideologías, de vasto alcance, proponen nuevas maneras de concebir las relaciones humanas y la propia naturaleza humana. Ejemplos de esto son la Revolución francesa, la Revolución rusa y la Revolución iraní. El estudio de las revoluciones tiene una larga tradición en sociología y en politología; de hecho, hay sinergia entre el desarrollo de situaciones revolucionarias y la movilización social. Si bien es cierto que, en lo que respecta al alcance del cambio, la mayor parte de los movimientos sociales se encuentra en un nivel más bajo de la escala, permítaseme una aclaración: defino los movimientos sociales como tendencias inspiradas en grandes ideas, como el medioambientalismo, el feminismo, la igualdad racial y la igualdad de género, esto es, las ideas más generales de la historia contemporánea. Los movimientos del pasado respondían a ideas generales similares, como la concesión del voto a los católicos en Gran Bretaña en el siglo XIX o el voto a las mujeres en los Estados Unidos en el siglo XX.

Los investigadores estudian también muchos movimientos situados en un nivel muy inferior de la escala; por ejemplo, los que se centran en problemas específicos de política, como el llamado movimiento Townsend a favor de las jubilaciones en Estados Unidos (Amenta y Zylan, 1991), o el movimiento contra la energía nuclear (Gamson, 1989, 1992a). También estas, aunque de alcance ligeramente menor en cuanto a visiones de futuro, son grandes ideas que aparecen de modo característico en muchos movimientos sociales «menores», por lo que es justo decir que el campo de interés de la disciplina en los últimos años, a juzgar por los temas de investigación aparecidos en su revista más importante, *Mobilization*, se ha centrado predominantemente en este tipo de movimientos. Sin embargo, esta distinción entre grandes y pequeñas ideas significa que, al escoger un

objeto de investigación, el estudioso de los movimientos sociales ha de ser consciente de hasta dónde es posible descender en la escala y poder mantener la etiqueta de «movimiento social» sin tener que recurrir a otros conceptos más extendidos, como «campañas de protesta», «grupos contestatarios» o «eventos de protesta». Tratemos de examinar algunas de estas opciones léxicas.

Cerca de mi universidad, los arrendadores de inmuebles comenzaron a comprar casas antiguas y a dividirlas en «minidormitorios» para albergar a cuatro o cinco estudiantes, y a veces más. Esto produjo una creciente congestión del tráfico y problemas de aparcamiento, por no hablar de las quejas por perturbación de la tranquilidad los fines de semana. Para combatir esta tendencia, los vecinos organizaron un grupo que reclamaba al ayuntamiento la aprobación de una resolución que impidiera nuevas divisiones de las casas del barrio. Henos aquí ante un tipo de acción colectiva popular de menor dimensión y más informal, a la que a veces de llama *movimiento NIMBY* (‘no en el patio trasero de mi casa’). Estas demandas específicas contrastan abiertamente con las amplias tendencias al cambio social que encarnan el medioambientalismo y el feminismo, por ejemplo. La denominación «movimiento NIMBY» no es afortunada, en realidad, porque lo que tenemos aquí no es un movimiento en sentido estricto, sino un grupo –y bastante reducido– que persigue sus intereses concretos. A la mayor parte de sus miembros les es indiferente su expansión *ideacional* en lo que respecta al cambio social. El concepto de *ideología*, en tanto cuerpo de pensamiento sistemático y con coherencia interna, resultaría inadecuado en este caso. La mayoría de este tipo de acciones carece de dimensión estructural. En este caso, solo hay un grupo. Por último, es limitado su repertorio de actuaciones, que, en el caso que nos ocupa, tenía por objetivo ejercer presión sobre el ayuntamiento mediante el envío de cartas y la asistencia a reuniones municipales. El grupo, conocido como Allied Gardens Citizens against Minidorms, era un *grupo de interés* o un *grupo contestatario*, como prefiera el analista, pero no un movimiento social expansivo. Pese a la condición extrainstitucional de su formación y a tratarse de una acción claramente colectiva, a la hora de definirlo no alcanza el umbral de «movimiento social».

Esto no implica que el estudio de los grupos como NIMBY no pueda aportar contribuciones a la disciplina. Es típico que, en lo concerniente al alcance del cambio, los movimientos situados en niveles superiores de la escala incluyan diversos grupos contestatarios, a veces muy pequeños. La comprensión de los procesos que culminan en acciones colectivas exitosas con un único grupo puede generalizarse a otros escenarios. Además, los grupos centrados en intereses específicos pueden ramificarse y constituir redes con grupos similares en otros sitios. Pienso en las iniciativas ciudadanas contra las cadenas de grandes almacenes del tipo Wal-Mart, Costco y Sam's Club (Halebsky, 2006). Las demandas de los barrios contra estas tiendas presentan cierto paralelismo con la iniciativa contra los minidormitorios de San Diego (aumento del tráfico, pérdida de valor de las propiedades, pérdida de cohesión barrial y problemas en la calidad de vida de los residentes). La diferencia está en que las campañas contra los grandes supermercados tienen lugar en muchas comunidades de Estados Unidos y de Gran Bretaña. En el primero de estos países se ha desarrollado una creciente red de estas iniciativas con el fin de intercambiar información y comparar propuestas estratégicas, lo que imprime una organización más expansiva a la dimensión estructural del fenómeno.

En el plano ideológico-interpretativo, esto facilita el desarrollo de una crítica fundamental a estos grandes minoristas, crítica que, aun con variaciones entre los distintos grupos en cuanto a su elaboración, lleva la configuración de sus objetivos, metas y justificaciones un paso más allá de la mera defensa de intereses particulares. La crítica ideológica discurre más o menos así: los planes expansivos de estas grandes cadenas de supermercados reflejan, en su incesante búsqueda de beneficios, la manera en que el gran capital privado de inversión deteriora la calidad de vida de barrios viejos y a veces pobres. Esto crea un nuevo y más amplio marco de interpretación para la amenaza, que de esta manera trasciende la demanda basada en el mero interés particular, típica de los miembros de NIMBY. Los participantes también hacen suyas tácticas del repertorio de los movimientos sociales, como manifestaciones ante otras tiendas, presentación de peticiones y otras formas de presión más institucionales (cartas dirigidas al concejo municipal y a las autoridades de planificación,

por ejemplo). Es posible que estas movilizaciones contra los supermercados no tengan el alcance del medioambientalismo o del feminismo, ni desafíen los modelos culturales e institucionales establecidos de la misma manera que lo hace el movimiento LGTB, pero si el analista se detiene a contemplarlo en sus dimensiones más amplias, puede defender el uso de la categoría de movimiento social en lo que se refiere a su estructura en red, a la amplitud de su crítica ideacional-interpretativa y a sus performances en el marco del repertorio del movimiento moderno.

Las ideas que apuntan a nuevos ordenamientos sociales, nuevas posibilidades, nuevas políticas y nuevos alineamientos políticos dan forma a los movimientos sociales y les infunden dinamismo. La dimensión ideacional-interpretativa comprende ideologías, intereses, objetivos, identidades, valores, creencias, actitudes, marcos de interpretación y normas de conducta, incluso repertorios de acción compartidos, como tácticas específicas, canciones, eslóganes, etc. De todas estas cosas, son cuatro las que se destacan como básicas a la hora de definir un movimiento social y, en consecuencia, como focos de estudio del mismo: las ideologías, los marcos de acción colectiva, los intereses colectivos y las identidades colectivas. Estos son los principales elementos constitutivos de la dimensión ideacional-interpretativa del movimiento social y es tradicional ver en ellos los componentes decisivos de su cultura.

Ideologías

Un concepto fundamental del análisis de los movimientos sociales es el de *ideología*. Las ideologías se centran en ideas, en su recíproca relación sistemática y en sus implicaciones para la acción política y social sobre la base de compromisos acerca de valores. Las ideologías enuncian los objetivos de un movimiento, aquello a lo que aspiran. Una definición simple diría que una ideología es «un sistema de ideas que articula afirmaciones y teorías acerca de la naturaleza de la vida social con valores y normas relativas a fines que promocionan el cambio social o se resisten a

él» (Oliver y Johnston, 2005: 192). En esta definición, la referencia a valores pone de relieve los elementos morales y éticos de las ideologías, mientras que el énfasis normativo se refiere a patrones de conducta, en particular a los comportamientos orientados por objetivos de cambio social y que trabajan por estimular un sentimiento de identidad común entre los miembros del movimiento. Además, a menudo las ideologías contienen afirmaciones relativas al funcionamiento de la sociedad y a la naturaleza humana. Los analistas señalan, pese a sus declaraciones de índole moral, que las ideologías también son reflejo de intereses colectivos. Por ejemplo, la ideología neoliberal contiene afirmaciones morales relativas a los beneficios económicos del comercio libre a escala global, pero una crítica común a ella es que los beneficios terminan acumulándose sobre todo en las élites económicas. A la inversa, la ideología de la democracia social desafía los privilegios de las élites económicas y políticas a favor de las clases trabajadores y las clases medias.

Algunas ideologías son complejas, integrales y de elaborada codificación, como el marxismo-leninismo para los bolcheviques en la Revolución Rusa, el maoísmo durante la Revolución China o, desde un punto de vista contemporáneo, el fundamentalismo del islam salafista. Otras ideologías cuentan con una adhesión mucho menos rigurosa y, en consecuencia, cada tanto tiempo se producen en ellas desacuerdos que ofrecen a los participantes espacios para diferentes interpretaciones. Ejemplos de esto serían las variedades de anarquismo entre ciertos grupos que participan en las protestas antineoliberales, o la convergencia de ideas acerca de igualdad, derechos y diferencia de género entre distintos actores del movimiento de gais y lesbianas. Estas ideologías, y las ideas interrelacionadas que ellas comprenden, son el aglomerante que contribuye a que la gente se una en los grupos, las organizaciones y las redes de la esfera cultural. Las ideologías con elevada codificación brindan patrones de interpretación de los acontecimientos a los participantes, lo que fortalece la unión de estos, al punto de que en los casos extremos llegan a convertirse en cultos políticos y religiosos que dejan poco espacio a la disensión.

Sean generales o específicas, las ideologías constituyen el componente ideacional-interpretativo de la organización sobre el que se fundamentan los

objetivos compartidos, el discurso común, el contacto interpersonal con base en la red, la identidad compartida y la coordinación. Pero es necesario ser muy claros: aun cuando el analista se refiera a ellas en términos relativamente concretos, lo cierto es que las ideologías cambian constantemente en la medida en que son representadas en el discurso y en acciones, están sujetas a debate y análisis, y sufren alteraciones con el desarrollo del movimiento. Algunos analistas han sugerido que lo que mejor capta esta cualidad emergente son los conceptos de marco y de encuadre en tanto realización ideacional-interpretativa.

Marcos de acción colectiva

A partir de finales de los años ochenta del siglo pasado, un gran cuerpo de investigaciones elaboró la dimensión ideacional-interpretativa de los movimientos sociales en términos de *marcos de acción colectiva*. La introducción de esta idea en los estudios de la protesta tenía el propósito de crear un instrumento conceptual que permitiera entender por qué vías la gente rompe las barreras de la inacción y el conformismo para redefinir una situación de tal manera que se vea forzada a tomar posición (Gamson, Fireman y Rytina, 1982). Puesto que los movimientos sociales no son instituciones establecidas, sino que han surgido recientemente para desafiar el *statu quo*, resulta básica la tarea de descubrir la chispa ideacional que subyace a su surgimiento.

Un marco, de acuerdo con el uso típico que se ha hecho de este concepto en el estudio de protestas y campañas, es un constructo cultural compartido que da sentido y orienta la acción colectiva mediante la especificación del modo en que debe interpretarse una determinada situación (Snow y otros, 1986, 2014; Snow y Benford, 1988, 1992). Los marcos son conglomerados de ideas –hay analistas que prefieren referirse a ellos como esquemas– que, en cuanto representaciones colectivas, orientan las interpretaciones de los participantes acerca de lo que es necesario cambiar, cómo y por qué. Dirigen la atención a ciertos aspectos de una situación y la apartan de otros.

Los marcos de acción colectiva pueden ser muy específicos de determinados movimientos, como el marco de «justicia medioambiental», el de «justicia global» o el «anti Wall Street». Un marco se compone de conceptos interrelacionados que ofrecen maneras de ver el mundo a los participantes individuales; por ejemplo, a través de una «lente de justicia global», que destaca prácticas injustas, como la sobreexplotación laboral. Los marcos se distinguen de las ideologías en que no están escritos ni se los analiza como tales, sino que operan más bien en el nivel cognitivo del procesamiento de la información. Dicho esto, las ideologías son fuentes importantes de material en los marcos de acción colectiva. Ambos conceptos suelen solaparse, pues muchas de las cosas que hacen los marcos, también las hacen las ideologías desarrolladas, que proponen líneas de orientación para percibir la injusticia, transmiten motivaciones para la acción y, en las famosas palabras de Lenin, responden a la pregunta «¿Qué hacer?». Las ideologías contribuyen a definir los marcos de interpretación y de acción, pero lo que diferencia a estos es que normalmente operan como nivel de cognición no reconocido. En tanto representaciones colectivas de juicios individuales, son a menudo tácitos y a veces operan de una manera subconsciente, pero su influencia es bastante apreciable en el diseño de la acción colectiva.

Intereses colectivos

Es común pensar que los intereses colectivos son evidentes y que no requieren demasiado encuadre. La mayoría de los movimientos sociales, ya directa, ya indirectamente, persiguen los intereses colectivos de sus participantes. Algunos analistas de movimientos sociales, como examinaré en el próximo capítulo, acentúan el papel dominante de los intereses colectivos y de los costes de su persecución en el diseño de las trayectorias de movilización, en particular cuando afectan los intereses de grupos establecidos que se ven desafiados por los movimientos sociales. Los intereses son elementos ideacionales en el sentido en que son cálculos

mentales sometidos a las imprecisiones de la información disponible, las influencias sociales y los estados emocionales, todo lo cual puede teñir su percepción y darles un carácter marcadamente subjetivo. Sin embargo, a menudo se atribuye a los intereses colectivos connotaciones económicas y/o políticas bajo el supuesto de que la evidencia de los cálculos de beneficios y de poder es tal que prácticamente no hace falta interpretación. Ya nos hemos referido al poder de los intereses colectivos en la campaña del NIMBY local contra los minidormitorios. El supuesto era que los residentes participantes veían con toda claridad las amenazas que estos constituían para la paz y la tranquilidad del barrio y el valor de las propiedades, junto con la consecuente congestión del tráfico. En este grupo había muy poca elaboración ideológica y escaso encuadre del problema.

Es justo decir que en algunos movimientos –por ejemplo, el de trabajadores o el de los derechos civiles– los intereses colectivos desempeñan papeles obviamente más determinantes en la movilización que en otros movimientos, como el animalista o el medioambiental. En otras palabras, cuando su presencia es evidente, los intereses colectivos pueden resultar irresistibles, a la vez que se restringe significativamente el espacio para las interpretaciones creativas acerca del problema y de qué hacer. Pero también hay que destacar que, en tanto actores sociales humanos, los intereses colectivos son *siempre interpretados* antes de entrar en acción. No podría ser de otra manera, puesto que la dimensión interpretativa es la que traduce el pensamiento en acción. Cuando el espacio interpretativo es más amplio, lo más común es que esta traducción se realice en medio de influencias sociales y que tenga lugar en un grupo social, entre individuos que trabajen de manera semejante en marcos compartidos sobre lo que ocurre y qué es lo que se tiene que hacer. En estos contextos entran con toda su fuerza factores sociopsicológicos tales como el conformismo, la autoridad y la identidad colectiva. Fuera del cubrimiento de este hiato entre intereses y acción a cargo de las interpretaciones colectivas, el investigador no dispone de fenómeno social alguno de estudio. No hay acción colectiva. La gran cuestión es para el investigador la complejidad del proceso de interpretación y qué grado de atención merece.

Según cierto enfoque analítico, no merece demasiada atención. Se basa en los supuestos de que los intereses son evidentes para los individuos y de que lo mismo ocurre con los costes de la acción. Mancur Olson (1963), un economista que analiza las organizaciones laborales, sugirió que en las acciones colectivas de gran amplitud, las decisiones de participar favorecen típicamente a la abstención, lo que el mencionado autor llama problema del *free rider* ('consumidor parásito' o 'polizón'). De acuerdo con su razonamiento, el actor racional consideraría que sumar un individuo a una protesta probablemente no influiría en el éxito del movimiento (que apunta a *bienes colectivos*, en palabras de Olson). Puesto que, en caso de que el movimiento alcance su objetivo, estos bienes colectivos son compartidos por todos, el actor racional no tiene incentivo para incurrir en los costes de participar. Según Olson, las organizaciones consiguen que la gente participe mediante el ofrecimiento de incentivos, que alteran el equilibrio de costes y beneficios en favor de quienes participan. Esos beneficios pueden ser exteriores (pagos o recompensas por participar) o interiores (sentimientos de solidaridad con los demás), «duros» o «suaves». Olson era economista, de modo que la jerga coste-beneficio de su disciplina transmite al análisis la forma de decisiones racionales realizadas por individuos aislados que sopesan la participación en el movimiento social. Esta corriente económica de investigación ha pasado por altibajos en el desarrollo del campo de los movimientos sociales, como expondré en el próximo capítulo. Por ahora basta con decir que el tipo de movimiento determina parcialmente el énfasis económico, pero que el mismo efecto produce la lente teórica a través de la cual el investigador aborda el movimiento. El énfasis en los costes, los beneficios y los puntos críticos de la acción colectiva es particularmente vigoroso entre ciertos politólogos que observan tales acciones.

Identidad colectiva

En sociología, sin embargo, la mayoría de los investigadores no considerarían los sentimientos de solidaridad como beneficios económicos,

sino más bien como resultados de procesos sociopsicológicos de conformidad, de creencias compartidas y de preferencias internas al grupo. Todo esto ayuda a definir la identidad individual en términos de grupo social, esto es, como identidad colectiva. La identidad colectiva es reconocida como un factor decisivo en la explicación de la coherencia de los movimientos sociales y de su continuidad en el tiempo. En palabras de Olson, es un *incentivo solidario* interno clave para la participación, pero en realidad incluye todos los otros incentivos solidarios que una organización puede ofrecer, como la amistad, las reuniones sociales, la pertenencia, la solidaridad, las posibilidades de relaciones amorosas, etc. La identidad colectiva es un elemento decisivo en la dimensión ideacional-interpretativa de un movimiento, porque compensa los intereses colectivos y, en ciertos casos, los supera en tanto incentivo de participación, como cuando los activistas se sacrifican por la causa de sus compatriotas. No es sorprendente que se haya puesto tanto énfasis en la identidad colectiva en su calidad de elemento fundamental en los movimientos sociales contemporáneos en los que la persecución de intereses es menos clara, como ocurre, por ejemplo, con el movimiento medioambiental y con el animalista. En realidad se trata de movimientos en los que la identidad ocupa un lugar central, como en el feminismo, el de liberación animal o el activismo LGTB. Por ello, el equilibrio entre los intereses y la identidad colectiva como motivaciones de la acción ocupa un lugar central en lo que respecta a la dimensión ideacional de los movimientos sociales. Exploraré más detenidamente este tema en los capítulos 3 y 4, donde examinaré los movimientos políticos y los movimientos culturales desde el punto de vista del peso relativo que corresponde a los intereses en comparación con la identidad colectiva.

Performances del movimiento social

El concepto de performance es fundamental en los enfoques contemporáneos de la cultura. Según el punto de vista tradicional, dominante en los años sesenta del siglo pasado, la cultura era una red de

significados encarnados en los valores, las creencias, las actitudes y las predisposiciones interconectadas y omnicomprensivas que la población sostenía de manera generalizada. Se suponía que, puesto que toda acción social es precedida por una idea, el conocimiento de la manera en que estos significados se concentran en la sociedad da acceso a los patrones de conducta. En la actualidad, la visión más aceptada es la de que, antes que considerar la cultura únicamente como una red de significado, hay que ver en ella una red de *producción de significado* localizada en las múltiples performances distribuidas en los patrones sociales de la vida cotidiana (Norton, 2004; Johnston, 2010). Esta perspectiva introduce sutiles cambios en la visión de la cultura, que llevan de la idea de cultura como algo a disposición de los individuos en forma de conjunto de ideaciones, a la creación de cultura en un proceso ininterrumpido de performances (Alexander y Mast, 2008; Eyerman 2006; Alexander, 2011). Las normas, los valores y las creencias no producen impacto alguno en tanto permanecen encerrados en la vida mental de los individuos, pero cuando cobran realidad en el mundo exterior, los otros reaccionan a ellos y contribuyen a dar forma a las *representaciones sociales* que constituyen la cultura. El terreno de la creación cultural es su performance. Swidler (1995) ha insistido en los elementos performativos de la movilización social sugiriendo que los movimientos sociales recurren a cuentos, símbolos, valores y conductas programadas, a la vez que emplean todo eso de forma selectiva, de modo muy parecido a la manera en que el manitas utiliza su caja de herramientas (véase también Lévi-Strauss, 1963).

El repertorio moderno

Charles Tilly (1995, 2008) fue quien más hizo por dirigir la atención analítica de los movimientos sociales a su aspecto performativo. Su investigación rastrea la evolución de las pautas de protesta a lo largo de los dos últimos siglos, hasta llegar al conjunto ampliamente reconocido de tácticas que se emplean en la actualidad, como marchas, manifestaciones,

encuentros, peticiones, mitines, sentadas, huelgas y otras. Estas formas se concretaron durante los siglos XIX y XX a medida que evolucionaba el Estado democrático moderno. Es justo decir que la democracia y los movimientos sociales se desarrollaron en una relación de mutuo refuerzo (Johnston, 2011). Hoy, la realización de marchas, manifestaciones y protestas forma parte de la cultura política, pues, de hecho, es la práctica de la política al margen de los canales institucionales aceptados. Este repertorio del movimiento social moderno es un *repertorio vigoroso*, en el sentido en que tiene la atractiva cualidad cultural de permitir a los activistas escoger cómo actuar. Pero un punto de vista performativo saca también a la luz el elemento emergente de las acciones del movimiento, en la medida en que los protagonistas de la protesta son siempre conscientes de su público espectador y a él reaccionan. Los cambios en las pautas tácticas son obra de participantes autónomos y creativos, que innovan siempre que la evolución de la protesta en tiempo real lo requiere. (Puede que la policía ocupe una calle adyacente o se origine inesperadamente una contramovilización, lo que requiere un ajuste táctico inmediato). Por supuesto, los participantes pueden innovar por su cuenta –reflejo de su creatividad innata–, pero lo común es que las performances improvisadas sean influidas por otros actores en escena y por la reacción del público (véase, por ejemplo, Murphy, 2012).

Redes de performances

En las sociedades posmodernas más avanzadas de la actualidad, diversos teóricos (Melucci, 1989, 1996; Castells, 1996, 1997) han puesto el acento en la múltiple y superpuesta base reticular de los movimientos sociales y su construcción orientada al proceso y basada en la performance de nuevos significados. Ideas, significados alternativos de oposición y simbolismos son fuentes de energía que animan las redes de los movimientos (Mische, 2003). Cerraré este capítulo observando que tiene sentido concebir las performances del movimiento social no solo en los términos dramáticos del

repertorio moderno, sino también en los de performances a pequeña escala de participantes relacionados en red. Lo mismo que las performances a gran escala de acciones de protesta, muchos encuentros a pequeña escala en reuniones, sesiones de planificación, incursiones de reclutamiento y la socialización incluyen un aspecto performativo en el nivel de la interacción. Los individuos se reúnen y discuten, debaten, afirman, relatan y confirman sus posiciones en contextos sociales menores. En estos encuentros, el sentido se construye y se reconstruye, tal como ocurre en las performances a mayor escala. Su base de naturaleza reticular también significa que las situaciones performativas tendrán más participantes que otras y/o serán más significativas y centrales en la producción de significado para el movimiento.

Evidentemente, las grandes marchas y manifestaciones que movilizan a miles de personas son decisivas en tanto que definen el movimiento no solo para sus participantes, sino también para sus espectadores. Lo que el movimiento significa para sus participantes es decisivo cuando se trata de movilizar estas grandes protestas, mientras que los encuentros organizativos y las reuniones de café donde las ideas se discuten, se elaboran y se «escenifican», son de índole local y el fundamento de las justificaciones y las motivaciones de la acción. En cualquier momento dado, un movimiento social se compone de una vasta matriz de grandes y pequeñas performances. Las grandes pueden ser enormemente significativas en la autodefinición del movimiento (y particularmente en su definición para los extraños), pero las pequeñas son los múltiples ladrillos de la estructura del movimiento y de sus ideaciones. Estas performances, grandes y pequeñas, son precisamente el medio por el cual el movimiento se constituye en lo que es, tanto para los que en él participan como para sus oponentes y para el público general. Son el lugar donde se crea y se confirma la cultura del movimiento. En otras palabras, un movimiento social no está formado únicamente por una red de relaciones relativamente fijas entre OMS, grupos e individuos, sino que también es una densa red de performances, tanto a macro como a microescala, a través de las cuales se expresan en tiempo real la esfera estructural y la ideacional-interpretativa. En este sentido, es lícito

pensar que la esfera performativa está también ella atravesada por una densa red.

Conclusión

Según un dicho tradicional chino, el comienzo del conocimiento está en llamar a las cosas por su nombre correcto. En muchos sentidos, esta idea sirve para dar razón de un libro íntegramente construido sobre el interrogante de qué es un movimiento social. Veamos ahora si podemos reunir las diversas hebras con las que se ha tejido la tela de este capítulo para presentar una definición completa y práctica.

El concepto de movimiento social es una abstracción de alto nivel que comprende fenómenos socioculturales complejos cuyos límites, teóricamente, dependen de la convergencia de estas tres dimensiones básicas de la vida social: 1) la esfera estructural-organizativa; 2) los elementos ideacionales e interpretativos compartidos, y 3) las performances en red que confirman, elaboran y dan vida a aquella y a estos. En sentido general, esta convergencia debería definir un movimiento social en términos de las OMS que lo constituyen, objetivos de cambio social y repertorio de protestas, marchas, huelgas, etc., de modo que las semejanzas entre los diferentes movimientos resulten inmediatamente evidentes. Al mismo tiempo, los movimientos deberían destacarse como lo suficientemente distintos respecto de fenómenos afines, como las ONG de estructura formal, las organizaciones de presión, los partidos políticos o las corrientes culturales generales con mínima base organizativa.

El mundo social no se categoriza con claridad como sucede en física y en química. A veces los analistas abordan los fenómenos de movimiento social a partir de zonas marginales, porque permiten penetrar en procesos y relaciones pertinentes, o bien se interesan por las áreas grises, por ejemplo, las intersecciones de política institucional y movimientos sociales. Sin embargo, puesto que el estudio de los movimientos sociales no es física, resulta importante definir con cuidado y de forma precisa nuestros términos,

algo de lo que todo buen científico social es plenamente consciente. Intentemos hacerlo aquí:

1. Los movimientos sociales persiguen colectivamente *objetivos de cambio social*, derivados de ideologías, intereses y marcos que definen la exigencia de acción que un problema conlleva. Hay algunos movimientos que están contra el cambio –por ejemplo, el movimiento antiabortista en Estados Unidos o las coaliciones homófobas–, pero la inmensa mayoría persigue ideales progresistas de justicia social y económica.
2. En su gran mayoría, las performances de los movimientos sociales practican el repertorio moderno de marchas, sentadas, acciones de protesta, manifestaciones, piquetes, reuniones, mitines, etc. Todas estas son acciones extrainstitucionales con la finalidad de influir en los responsables de la toma de decisiones. Sin embargo, en el caso de las OMS no es extraña la combinación de estrategias, lo que puede conducir al analista a la zona gris de disputa política más institucionalizada.
3. Los movimientos sociales, formados por una multiplicidad de grupos, organizaciones e individuos unidos en red, se estructuran de diferentes maneras. No son simplemente una gran OMS. Esta diversa cualidad reticular diferencia los movimientos sociales, en sentido amplio, de fenómenos más limitados, como grupos de interés, grupos NIMBY, organizaciones de apoyo, campañas de protesta con una finalidad precisa, etc.
4. Los movimientos sociales son *coherentes y duraderos*, en parte gracias a la amplitud organizativa que se desprende de su estructura reticular, como se ha descrito en el punto 3.
5. Esta continuidad también tiene en parte origen en la *identidad colectiva* del movimiento, elemento ideacional-interpretativo formado y elaborado en múltiples microperformances a pequeña escala, también ellas constitutivas de un movimiento.

Los puntos 1 y 2 –amplios objetivos de cambio social y un repertorio único de marchas, manifestaciones y protestas– establecen los límites que

definen qué es un movimiento social. Los puntos 3 a 5 plantean las cuestiones teóricas clave, a saber: en tanto acciones colectivas, ¿cuál es su origen?, ¿de qué manera adquieren coherencia?, ¿cómo son posibles estos ejemplos de organización social compleja y no institucionalizada, esto es, nueva, emergente y a menudo inesperada? y, por último, ¿por qué a veces tienen éxito y a veces no? Son estos los interrogantes decisivos a los que habrá que responder en los capítulos venideros, a medida que exploremos más a fondo qué es un movimiento social y cómo se estudia.

2. El estudio de los movimientos sociales

Este capítulo expone el desarrollo de un importante campo de estudio de las ciencias sociales que abarca la sociología, la politología y la psicología social y que alcanzó la madurez en el último medio siglo. Tras su nacimiento en pleno fragor de las múltiples protestas y movimientos sociales de los años sesenta, tuvo en Estados Unidos una adolescencia tumultuosa. Los movimientos de esa década fueron la chispa inicial de una amplia investigación sobre la acción colectiva, la protesta y los grupos que promovían el cambio social y su organización, a la vez que inspiraron a una generación de estudiosos que se dedicó a explorar sistemática y empíricamente estos fenómenos. Los investigadores trataron de explicar el movimiento de los negros por los derechos civiles, el movimiento contra la Guerra de Vietnam, el movimiento feminista, el medioambiental, el chicano, el de la *new age*, el hippie, el radicalismo político estudiantil y la violencia política.

Esto tiene relación con una historia que también se contará en estas páginas, la del perfeccionamiento de las herramientas de la ciencia social para el estudio de los movimientos sociales y la protesta. En la década de 1960, la especulación sobre conducta colectiva y movimientos sociales tenía escaso fundamento en la investigación empírica. En el mejor de los casos, se basaba en la observación sistemática, el razonamiento informado y las deducciones lógicas acerca de las causas y las conexiones entre fenómenos aparentemente relacionados. Había muchas buenas ideas, pero eso por sí mismo no bastaba para hacer ciencia social. Este capítulo describe el camino por el cual un campo de investigación alcanzó la madurez cuando una comunidad de investigadores se dedicó a refinar la teoría mediante herramientas de investigación cada vez más elaboradas. En Estados Unidos, a mediados de la década de los setenta, los investigadores

del movimiento social llegaron a constituir una masa crítica. A partir de ese momento, sus conceptos, hallazgos, métodos y debates se desarrollaron de forma exponencial. Hoy, el estudio de las protestas, los movimientos sociales y la política contenciosa es un tema fundamental de investigación tanto en Estados Unidos como en Europa, y su influencia continúa creciendo.

La comprensión de este período es esencial, porque la mayor parte de las orientaciones fundamentales que definen hoy la investigación del movimiento social ya eran evidentes en esos años de formación. Las formas en que se presentaban eran más simples, menos matizadas y elaboradas, pero sus verdades básicas permanecen. Por supuesto, se han descartado las malas ideas del período –por ejemplo, la noción de un cierto tipo de «mentalidad de grupo» que elimina a los participantes, o la de irracionalidad emocional de los protagonistas de la protesta–, pero las buenas han persistido. En su sentido más amplio, la más importante de todas ellas fue la comprensión de que los movimientos sociales y el activismo de protesta no son fenómenos extraordinarios, sino más bien dos tipos de conducta mucho más cercanos a la vida política, económica y cultural cotidiana de lo que se pensaba. Pese a haberse producido lentamente, el resultado de este reconocimiento fue la liberación del estudio de los movimientos sociales de los dominios de lo oscuro y extravagante – modas populares como el *hula-hoop* y grupos perversos como los del culto a los platillos voladores– y su inclusión en el tejido normal de los procesos políticos y sociales de la vida cotidiana. Desde este punto de vista, la disciplina quedó en mejores condiciones para mostrar su importancia y prosperar mediante el establecimiento de conexiones con otras disciplinas y la presentación de sus credenciales a las nuevas generaciones de estudiosos.

Érase una vez, cuando la sociología comenzaba a establecerse como campo académico (a mediados del siglo XIX) y un siglo antes de los acontecimientos mencionados, un psicólogo francés llamado Gustave Le Bon. En 1894, Le Bon escribió un libro titulado *La psicología de las masas*, que se puso de moda entre los académicos y las élites políticas de la época. En aquel momento, no estaban aún demasiado lejanas en la memoria histórica las revoluciones de 1848, a la vez que las protestas de la clase

obrera, las huelgas y las campañas sindicales provocaban amplias perturbaciones. Las ideas de Le Bon estaban enormemente influidas por los conceptos psicológicos vigentes entonces, como los procesos inconscientes, la regresión a los modelos de la infancia y las influencias libidinales irracionales sobre el comportamiento. Le Bon proponía que cuando las masas actúan colectivamente, la influencia arrasadora del grupo debilita el juicio individual. Trataba a las multitudes como actores unificados que daban nacimiento a una mente propia –*mente grupal*– con tendencia a imponerse al discernimiento individual y favorecer la susceptibilidad de la gente a las influencias inconscientes. Aún hoy, estas ideas se detectan en el lenguaje cotidiano. Los medios de comunicación populares hablan a veces de «verse arrastrado por la multitud», expresión común que capta el pensamiento de Le Bon y las explicaciones estereotipadas según las cuales no es extraño que las multitudes que protestan se desboquen y se tornen violentas.

Mientras escribo esto, las informaciones de los medios acerca de multitudes descontroladas que arrojan piedras y provocan incendios, destrozan propiedades y atacan a las fuerzas policiales inundan los periódicos diurnos y las noticias vespertinas. Aunque a veces las reuniones de protesta se descontrolan, es importante tener muy claro que en la actualidad la gran mayoría de los movimientos sociales se manifiestan sin actos de violencia ni evidencia alguna de mente grupal, contagio compulsivo o pérdida de discernimiento. Más bien lo contrario; muchos de ellos adoptan la forma de marchas, manifestaciones, huelgas o concentraciones de protesta, se realizan de manera organizada y planificada y distan mucho de ser acciones irracionales espontáneas. Las ideas de Le Bon son hoy rotundamente rechazadas por los investigadores del movimiento social. Es posible generalizar, sin temor a equivocarse, que la violencia, cuando la hay, es consecuencia de acciones policiales que precipitan una espiral de confrontación, o bien de tácticas conscientemente planificadas de un subgrupo en el seno de una manifestación de protesta mucho más amplia. Los enfrentamientos violentos en la gigantesca ola de protestas contra la política de austeridad que tuvo lugar entre 2008 y 2011

fueron en su mayoría resultado de estos dos factores (Johnston y Seferiades, 2012).

Conducta colectiva

He comenzado con el libro de Le Bon porque, en la historiografía de los estudios de la protesta, contiene las primeras pinceladas de una línea de demarcación que atravesó durante muchos años el estudio de los movimientos sociales. A un lado de esa línea, los investigadores concebían los actos colectivos de protesta como acontecimientos extraordinarios y fundamentalmente irracionales, como lo hubiera hecho Le Bon. De ese mismo lado había también un enfoque relacionado que los concebía como reflejos de algún tipo de patología colectiva, desviación o quiebra social, lo que implicaba que lo que llevaba a la gente a participar en los movimientos sociales eran la inestabilidad y la susceptibilidad psicológicas. El argumento discurría así: si la sociedad no da oportunidades a sus ciudadanos o no los integra civil y moralmente, la indignación, la frustración y la agresión darán lugar a estallidos colectivos de protesta que podrían manifestarse con furia.

Del otro lado de la línea divisoria, la violencia y la perturbación militante, cuando las hay, pueden considerarse tácticas elegidas intencionalmente para conseguir un objetivo colectivo o respuestas razonables a situaciones que se producen sobre el terreno, como, por ejemplo, un ataque de la policía a los manifestantes. Más en general, siempre en esta línea de pensamiento, los movimientos sociales tienen lugar cuando la gente realiza reclamaciones perfectamente racionales y comprensibles contra autoridades insensibles, o cuando defienden intereses colectivos contra otros grupos. En otras palabras, son una prolongación de la disputa política normal. Además, los movimientos exitosos son los que tienen capacidad para organizar, planificar y aplicar sagazmente los recursos de que disponen a las tareas de movilización, esto es, la misión fundamental de llevar gente a las calles. Esta interpretación explica mucho mejor el hecho que acabo de mencionar –que la mayoría de las acciones del

movimiento social no es descontrolada ni caótica– y es el punto de vista que orienta hoy principalmente el campo de los movimientos sociales. Aunque es indudable que en las acciones de protesta están presentes también las emociones, y pese a todo un cuerpo bibliográfico que ha intentado reintroducirlas en el estudio de los procesos de movilización (Goodwin, Jasper y Polletta, 2004; Flam y King, 2005; Gould, 2002, 2009), lo cierto es que en el amplio panorama de investigación de nuestros días no ocupan un lugar destacado en el dominio causal. Como veremos en los capítulos siguientes, esto quizá vaya en mengua de una plena comprensión, pero, por ahora, lo real es que el hecho de tomar posición a uno u otro lado de la línea divisoria puede excluir de manera inadecuada factores pertinentes.

La división fundamental entre racionalidad e irracionalidad ha engendrado su propia terminología. En efecto, tradicionalmente se aplicaba la expresión *conducta colectiva* a acciones que se enfocaban con la lente de la irracionalidad, mientras que *acción colectiva* se empleaba en general con el supuesto de una racionalidad subyacente a la acción. Si el uso terminológico proporciona una medida aproximada de la orientación de un campo de estudio, en estos días no se oye demasiado hablar de conducta colectiva, mientras que la fórmula *acción colectiva* es reivindicada por elaboradísimos análisis matemáticos formales que tienen lugar preferentemente en la politología. La fórmula de nuestros días es *política contenciosa*, y comprende la organización racional y la planificación estratégica, a la vez que insiste en que la movilización social es principalmente política por otros medios. El presente capítulo muestra la hoja de ruta que este campo de investigación ha seguido hasta llegar a ese punto, mientras que el siguiente explorará en profundidad la perspectiva de la política contenciosa. Aunque este enfoque en blanco y negro del desarrollo de las perspectivas sobre los movimientos sociales apenas se ocupe de una buena porción de detalles, es un punto de partida útil para comprender la evolución de este dominio y proporciona además esclarecedoras visiones de su topografía actual.

La Escuela de Chicago

Más o menos al mismo tiempo que en los salones de Europa las ideas de Le Bon eran objeto de amplia aceptación, en la Universidad de Chicago la sociología norteamericana desarrollaba una orientación propia y distintiva. A comienzos del siglo XX, la sociología empezaba apenas a asomar como disciplina académica. Tal como hemos visto con Le Bon, en quien influyó la psicología freudiana, lo que se conoció como Escuela Sociológica de Chicago fue influido por otras disciplinas, a saber, la psicología conductista de Watson, la filosofía pragmática de John Dewey y el conductismo social de G. H. Mead, todo lo cual se cultivaba en la Universidad de Chicago. Dada la condición de disciplina emergente de la sociología, estas concentraciones de estudiosos constituyeron influencias importantes. El pragmatismo fue una escuela de filosofía que afirmaba que la naturaleza resolutiva de problemas propia del comportamiento humano y las ideas y creencias de la vida cotidiana eran el objeto de la investigación filosófica. La combinación del enfoque empírico de la psicología conductista y el enfoque pragmático de la solución cotidiana de problemas dio nacimiento en la sociología norteamericana a una perspectiva nueva y original, que dio en llamarse «interaccionismo simbólico» y se convirtió en el sello distintivo de la manera en que la Escuela de Chicago abordaría la conducta colectiva.

La esencia de la sociología de la Escuela de Chicago fue codificada en *Introducción a la ciencia de la sociología*, de Robert Park y Ernest Burgess (1969 [1971]). Su capítulo sobre la conducta colectiva se inspiraba enormemente en las ideas de Le Bon sobre multitudes como ejemplos de comportamientos irracionales y primarios. En la subsección del mencionado capítulo, Park y Burgess analizaron las «multitudes animales» y observaron que las multitudes humanas comienzan con un parecido proceso de desordenado ir y venir que no conoce objetivos, sino tan solo el desarrollo de una sensibilidad recíproca entre los participantes que disminuye su autocontrol y los hace más susceptibles a la sugestión. Según Park y Burgess, la conducta colectiva era irracional y a la vez distinta de las formas de interacción social de la vida cotidiana. Aunque el capítulo incluye ejemplos de movimientos sociales, no los analiza sistemáticamente como

formas específicas de conducta colectiva, sino que los agrupa como otras tantas formas sociales que escapan a lo ordinario.

Otro sociólogo de la Universidad de Chicago, y en realidad el padre del interaccionismo simbólico en Estados Unidos, fue Herbert Blumer. De hecho, fue él quien acuñó la expresión para reflejar su énfasis en la construcción de significado y proceso social. El interaccionismo simbólico es un enfoque teórico que todavía hoy se mantiene vivo y en buen estado en la sociología norteamericana, aunque no tanto en politología. Se centra en las cualidades procesuales, emergentes y significativas de la vida social, con una acusada orientación psicosocial derivada del enfoque pragmático de Chicago sobre las pequeñas tareas cotidianas de la vida social. Para los primeros interaccionistas simbólicos, la explicación de la conducta colectiva se convirtió en una cuestión sumamente atractiva porque representaba una quiebra respecto de las preocupaciones cotidianas.

Blumer (1951) explica el desarrollo de los movimientos sociales empezando por la gradual formación de multitudes, inicialmente mediante la propagación del descontento y la agitación en un grupo que se convierte en base de una conciencia compartida. Luego se desarrolla una «conciencia del nosotros» que aporta definición al grupo en formación. En el léxico de Blumer, se desarrolla un *esprit de corps* que transmite solidaridad grupal y sentido de pertenencia, y que pasa a su vez a ser parte de la identidad personal de sus miembros. Más tarde, sobre la base de la convicción acerca de la justicia y la corrección de las demandas, se desarrolla la moral del grupo, y sobre esta base va cuajando una organización que especifica más claramente las demandas y las tácticas del grupo. Recuérdese el capítulo 1 y el análisis del movimiento NIMBY contra los minidormitorios cercanos a mi universidad. El enfoque descriptivo de Blumer de la formación de los movimientos sociales capta algunos de los procesos que operan en el desarrollo de un grupo vecinal como este. Dicho esto, la perspectiva de Blumer, que empieza con la pequeña molestia y rastrea el proceso de convergencia, no tiene en cuenta un hallazgo fundamental que se ha producido más tarde en la investigación del movimiento social, cual es el de que las acciones de protesta surgen de organizaciones preexistentes y no de

un proceso general de convergencia sobre la base del desordenado ir y venir de gente descontenta y desconectada.

El interés por las condiciones de su surgimiento y la cualidad extraordinaria de las protestas siguieron siendo tema de estudio del interaccionismo simbólico, sobre todo de los realizados bajo el rótulo de *conducta colectiva*. Las ideas de Ralph Turner y Lewis Killian (1987 [1957]) se fundaban en la Escuela de Chicago –la perspectiva interaccionista–, pero cuestionaban los supuestos de uniformidad, objetivos y carácter emocional de las multitudes. Estos autores sostenían que las multitudes y los grupos de un movimiento son en realidad cosas muy distintas y que la cualidad extraordinaria de su conducta, así como su aparente uniformidad, se explican con el concepto de nuevas *normas emergentes* (Turner, 1996). La idea es que los miembros nunca se disocian por completo de su vida ordinaria, en la que su conducta es guiada por normas sociales aceptadas. Si se dan circunstancias tales en las que ciertos aspectos de la vida personal se vuelven problemáticos, la gente se orienta temporalmente por normas emergentes. Estas normas son nuevas líneas orientativas de conducta adecuadas a las nuevas circunstancias vitales y dan forma al comportamiento extraordinario típico de las protestas, las manifestaciones e incluso los estallidos de violencia colectiva. Evolucionan a partir de la interacción en el seno de la multitud y de la definición que los propios participantes dan de lo que hacen y de hasta dónde deben llegar. Los participantes son objeto de presión para acomodarse a las nuevas normas emergentes, pues la conformidad social es un proceso sociopsicológico básico que puede ser transferido a fenómenos sociales extraordinarios, como las protestas y las manifestaciones. Para el observador externo, esto contribuye a explicar el barniz de uniformidad de acción que con tanta claridad se advierte en fenómenos tales como las multitudes, las revueltas, las modas, los cambios generales en la opinión pública y los movimientos sociales.

Teorías de la disrupción

Otra rama del conductismo colectivo es la que se desarrolló en el segundo gran centro de sociología norteamericana, la Universidad de Harvard, bajo la influencia de Talcott Parsons, principal teórico del funcionalismo estructural de mediados del siglo XX. En 1962, Neil Smelser, alumno de Parsons y luego profesor de sociología en la Universidad de California, Berkeley, escribió *Theory of Collective Behavior*. Este libro de Smelser, con reminiscencias de las teorías de Parsons sobre la acción social, es un resumen sistemático abstracto de determinantes interrelacionados que tiende a un elevado nivel de generalización. Su teoría incluía bajo un mismo paraguas conceptual fenómenos tan distintos como terrores, modas, explosiones de hostilidad, movimientos reformistas y movimientos revolucionarios, con el supuesto de que en todas estas formas colectivas operan los mismos factores. La teoría de Smelser especificaba seis determinantes necesarios y suficientes: «condición estructural favorable», tensión estructural, expansión de creencias generalizadas, un acontecimiento desencadenante que active la conducta colectiva, movilización para la acción y la contrafuerza dominante del control social, junto con la manera en que este constriñe el desarrollo de la acción.

Fiel a sus raíces estructural-funcionalistas, Smelser pone el énfasis en la centralidad de las influencias estructurales, en particular de la condición estructural favorable, la tensión estructural y el control social. Estos determinantes desplazan el centro del análisis, que de los procesos interactivos típicos de la Escuela de Chicago pasa a los problemas estructurales de nivel social y, por tanto, a la manera en que el individuo integra su acción de acuerdo con diferentes niveles de acción social. Tal vez esta conciliación de la acción individual con la estructura social sea el punto en el que más se deja traslucir la influencia de Parsons. Pasando de lo general a lo específico, las conductas individuales se rigen y se coordinan en el nivel más amplio en virtud de valores de la sociedad en tanto orientaciones para la acción. Luego, de modo más específico, las «motivaciones para la acción organizada» orientan las conductas en el interior de los grupos. Por último, las «oportunidades situacionales» representan adaptaciones específicas a situaciones sociales inmediatas a escala reducida. Smelser sugiere que cuando una persona experimenta

tensión social, actúa en uno de estos niveles para compensarla. Si mucha gente actúa de la misma manera, tenemos una conducta colectiva. En función del nivel en que se enfoque la respuesta, se dan diferentes formas de conducta colectiva. Por ejemplo, una posibilidad es que la gente actúe para cambiar las estructuras de valor básicas de la sociedad. Si hace tal cosa, nos hallamos ante un vasto movimiento revolucionario. Pero si la gente experimenta tensión social o estrés y solo actúa en el nivel de la situación inmediata, esto es, entre sus amigos y socios inmediatos, el resultado puede ser una moda o un capricho colectivo. El supuesto es que estas modas, que pueden ser divertidas o confirmar la pertenencia a un grupo, reducen las experiencias de tensión estructural en un nivel psicológico inmediato. De esta manera, Smelser agrupa en un amplio esquema teórico fenómenos tan distintos como modas de difusión rápida –bailar la Macarena o llevar los pantalones por debajo del trasero (los hombres jóvenes)– y los levantamientos populares de la primavera de 2011 en Egipto.

En la actualidad, son pocos los investigadores de movimientos sociales que practican este tipo de saltos conceptuales, pero en la década de los sesenta del siglo pasado esas conexiones se daban ampliamente por supuestas, ya que representaban la idea de que todas las formas de conducta colectiva son ajenas a la normatividad, excepcionales y desestabilizadoras. Si tenemos en cuenta lo que se ha dado en llamar *enfoque disruptivo* de los movimientos sociales, vemos esto de otra manera. En los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, la perspectiva de la disrupción estaba poderosamente condicionada por el surgimiento del macartismo de derechas y la oposición segregacionista a los derechos civiles en Estados Unidos, mientras que la ciencia social tenía aún en mente los movimientos fascistas europeos, todavía frescos en la memoria. Los clásicos del género se inspiraban predominantemente en la experiencia europea. Tanto *La rebelión de las masas* (1929), de Ortega y Gasset, como *El hombre y la sociedad en la era de la reconstrucc*ión (1935), de Mannheim, y *Los orígenes del totalitarismo* (1951), de Arendt, se centran en las consecuencias políticas de la sociedad urbano-industrial y contienen un marcado énfasis psicológico en la adaptación y la integración individual. Este enfoque apartó la atención

académica de las modas, los caprichos sociales, las revueltas y otras formas similares de acción apolítica y situó el estudio de los movimientos sociales en el dominio político, donde muchos profesionales prefieren hoy instalarlo, tema sobre el que abundaremos un poco más adelante.

Política de la sociedad de masas, de Kornhauser (1959), ofrecía una síntesis teórica de la perspectiva disruptivista a partir de la experiencia norteamericana. Este autor observaba que en la sociedad moderna los centros informales de contacto grupal han sido reemplazados por relaciones impersonales y burocráticas. La urbanización y la industrialización han debilitado las asociaciones primarias «intermediarias», como la familia, la clase, la comunidad y los vínculos étnicos. Con la dispersión de los mecanismos de autoridad e integración de rango medio, el ciudadano moderno de la sociedad de masas queda aislado, desconectado, anómico. En el contexto de la participación democrática, los ciudadanos modernos son propensos a dejarse reclutar por los movimientos políticos de masa. En palabras de Kornhauser: «Al separarse las personas de finalidades sociales más amplias, la sociedad de masas también tiende a separarlas de sí mismas» (1959: 107). Inspirado en las ideas de la Escuela de Chicago sobre sugestionabilidad, propone que la gente que está alienada del orden social está alienada de sí misma y es psicológicamente susceptible de sentirse atraída por los llamamientos masivos.

Si bien Kornhauser se centra en los movimientos políticos, su modelo comparte los severos elementos básicos de Smesler: tensión social y disrupción, alienación individual para explicar la disponibilidad de los integrantes de la protesta y liderazgo (conducido por un sistema ideológico integrador: las «creencias generalizadas» de Smelser) que incita a los participantes a la acción. En el contexto de la Guerra Fría, los estudiosos aplicaban variantes de estos ingredientes para explicar los movimientos característicos de los años cincuenta y sesenta del siglo XX, esto es, violencia política, inquietud nacional, insurgencias, revoluciones y movimientos de liberación de inspiración comunista en el mundo en desarrollo. En estas exposiciones, el reflejo clave del desequilibrio estructural o disrupción era el concepto de *privación relativa,* estado

psicológico que experimentan los ciudadanos cuando la sociedad no satisface las aspiraciones sociales y económicas que ella misma ha creado.

Privación, frustración y agresión

En el período de posguerra, la violencia colectiva y la agitación civil se convirtieron en temas candentes de las ciencias sociales. En sociología, el interés se centraba en las protestas y las revueltas urbanas que tenían lugar en los años sesenta en el contexto de las reivindicaciones afroamericanas y el movimiento contra la Guerra de Vietnam. Además, tanto en Estados Unidos como en Europa, hubo una amplísima movilización de los movimientos estudiantiles de la Nueva Izquierda, incluidas las vanguardias de pequeños grupos revolucionarios que dieron comienzo a acciones violentas contra objetivos estatales y del orden establecido. En politología, una rama de la investigación se centró en las comparaciones internacionales, en particular los movimientos anticolonialistas de liberación y las insurgencias contra el Estado. Después de la Segunda Guerra Mundial, hizo eclosión contra las debilitadas administraciones coloniales europeas una multitud de movimientos, a menudo animados por el marxismo-leninismo, el maoísmo y/o el nacionalismo. En el contexto de la Guerra Fría, los investigadores que trataban de explicar estos movimientos se dividían entre quienes lo hacían sobre la base de nociones de disrupción o de quiebra social provocada por la rapidez de la modernización, y quienes elaboraban el concepto de privación relativa.

En los años sesenta del siglo pasado era común invocar la expresión *revolución de expectativas crecientes* para explicar no solo la atracción del comunismo en muchos países subdesarrollados, sino también el aumento de insurrecciones y movimientos revolucionarios. James C. Davies (1969) se valió de la Revolución francesa, la norteamericana, la rusa y la mexicana para ilustrar su hipótesis de la curva J, modelo formal de las relaciones entre el crecimiento de las expectativas, su nivel de satisfacción y los levantamientos revolucionarios. Propuso que la probabilidad de una

revolución es fruto de una recesión tras un largo período de expectativas en aumento acompañado de un paralelo aumento de su satisfacción. Cuando declinan las percepciones de satisfacción, pero no las expectativas, se abre entre unas y otras una brecha insostenible. Este análisis se basa en la psicología social de las percepciones individuales que confluyen en amplios sentimientos públicos. La brecha cada vez mayor precipita una rebelión contra un sistema social que no es capaz de cumplir sus promesas. La Revolución cubana de 1959, la insurrección izquierdista en República Dominicana en 1965 y diversos movimientos guerrilleros de izquierdas en América del Sur (Venezuela, Colombia, Bolivia) se atribuían a esas expectativas insatisfechas. El núcleo de la psicología social de este modelo es una lógica de frustración colectiva derivada de expectativas incumplidas, que dan lugar a conductas agresivas que se manifiestan en forma de rebelión política, agitación civil o campañas de protesta.

La idea de que las expectativas incumplidas dan lugar a situaciones de inestabilidad social y política está estrechamente relacionada con la variable de la privación relativa como explicación de la agitación civil. La privación relativa es la discrepancia percibida entre lo que la gente piensa que merece haber conseguido y lo que ha conseguido realmente. Era el concepto que animaba un amplio cuerpo de investigación –cuya figura más conocida sea tal vez la de Ted Robert Gurr (1970)– que no solo explicaba los alzamientos en el ámbito internacional, sino también la agitación civil de orden nacional. De acuerdo con la teoría, los tempranos éxitos del movimiento por los derechos civiles en la década de los cincuenta del siglo pasado en Estados Unidos elevó las expectativas entre los negros norteamericanos, pero su posterior desengaño por la lentitud del cambio durante la década siguiente fue causa de las insurrecciones urbanas en ese país (Geshwender, 1964; Runciman, 1966). Con la aplicación de esta idea a la agitación civil en Estados Unidos, varios estudios mostraron que las revueltas tuvieron lugar en ciudades en las que mayor había sido la mejora de las condiciones de vida de los negros.

La mayor parte de la investigación realizada con estos criterios, tanto sobre levantamientos urbanos como sobre violencia política comparada, emplearon medidas macroeconómicas objetivas para inferir la privación,

como, por ejemplo, el aumento del PIB o los índices regionales de ocupación, que se cotejaron con períodos de movilización y protesta. Sin embargo, puesto que la privación relativa es un valor psicológico individual, la prueba conclusiva de su influencia requiere algo más. Los datos de encuestas y entrevistas que proporcionaban cierto conocimiento sobre el estado de ánimo de los participantes demostraban que no siempre había una sólida relación entre privación y protesta (McPhail, 1971; Abeles, 1976), o que la gente era mucho más realista acerca de las expectativas futuras de lo que sugerían los datos relativos a las tendencias económicas (Oberschall, 1968). Estos hallazgos indicaban que tras la movilización social operaban también otras variables, sobre todo la relativa a la manera en que los estados psicológicos individuales se traducían en acción colectiva, esto es, en proceso de movilización de la gente para que saliera a las calles. Debido a estas críticas, pero sobre todo a los posteriores hallazgos de la investigación acerca del papel decisivo del proceso de organización, del político y del de reclutamiento, la mayoría de los estudiosos del movimiento social, al menos en sociología, ha dejado de poner el acento en la privación relativa, el aumento de expectativas y la frustración colectiva.

La normalización de la protesta

Nuestro relato se halla ahora a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta del siglo pasado, período durante el cual la cantidad de estudiosos que se dedicaban a los movimientos se incrementó significativamente como reflejo de la turbulencia de la época, tanto en el campo nacional como en el internacional. En el dominio de los movimientos sociales, una masa crítica de jóvenes investigadores se reunió en torno a nuevas visiones teóricas que desafiaban la naturaleza extraordinaria de los movimientos de protesta. En sociología, eran, entre otros, William Gamson, Charles Tilly, Anthony Oberschall, John McCarthy, Mayer Zald, John Lofland, Roberta Ash, Jo Freeman y Gary Marx. Unos

años más tarde, la lista había crecido notablemente, pues algunos de sus alumnos, además de otros que venían de la politología y la psicología social, se sumaron a esta reacción en cadena. El resultado de ello fue una explosión de investigaciones que tomó distancia de la privación relativa y de los enfoques de la sociedad de masas, y se centró sobre todo en la rama de sociología.

Buena parte de esta nueva investigación se centraba en los intereses de los grupos que encarnaban los desafíos y en la manera en que estos grupos y organizaciones lograban exitosas movilizaciones para sostener sus demandas. La idea más interesante y duradera fue la de que los movimientos sociales y la protesta no eran fenómenos extraños, sino más bien reflejos de procesos sociales, económicos y políticos normales. Diversos temas y enfoques relacionados con este punto de vista fueron agrupados sin mucho rigor bajo la categoría de *perspectiva de la movilización de recursos* (o simplemente MR). Todos compartían la negación de la frustración, la privación y la sociedad de masas como causas de los movimientos de protesta, a la vez que reconocían que la organización y la estrategia eran decisivas para el éxito. La mayoría de los observadores de este campo de investigación estaría de acuerdo en que la conjunción de la riqueza propia de la perspectiva de la MR, un nuevo refinamiento metodológico y el intenso drama político de los años sesenta y setenta del siglo XX impulsó los estudios del movimiento social hacia su condición actual de importante foco de investigación en sociología. Aunque muchos de los conceptos de la MR han sido con el tiempo reelaborados y canalizados en diferentes direcciones, sus principios fundamentales conservan aún hoy su vigencia en diversas reencarnaciones.

Uno de los primeros protagonistas de esta masa crítica fue Anthony Oberschall. Su libro titulado *Conflicto social y movimiento social* (1973) se oponía a las perspectivas de la sociedad de masas y de la privación relativa con el argumento de que un factor decisivo de la movilización social era la organización. El abierto desafío de Oberschall a la hipótesis de la sociedad de masas fue su comprobación de que, normalmente, la participación era resultado de la afiliación grupal a través del reclutamiento en bloque. Oberschall observó que, antes que como ciudadanos individuales

manipulados por líderes, la gente se unía a los movimientos en calidad de miembros de grupos. Empleando una dicotomía fundamental de la teoría social, distinguió, por un lado, grupos comunales de base tradicional fundados en vínculos, cultura y/o identidad religiosa locales y, por otro lado, grupos civiles, característicos de la organización social moderna, que reflejan intereses comunes y relaciones contractuales. Además, sugirió que los grupos que movilizaban participantes se analizaran en función de sus vinculaciones sociales internas y externas. La vigorosa cohesión interna de un grupo incrementa la probabilidad de que el grupo sea movilizado en su conjunto, a la vez que reduce los costes de hacerlo. Los grupos con nexos externos diversos se ven moderados por intereses y vínculos entrecruzados y, sugería Oberschall, resultan menos inclinados a movilizarse.

El énfasis de Oberschall sobre la movilización de organizaciones contribuyó a resolver un problema fundamental de acción colectiva que varios años antes había formulado Mancur Olson (1963). Recuérdese nuestro análisis de las ideas de Olson en el capítulo 1. De los *bienes colectivos*, en caso de ser alcanzados, no solamente se benefician los participantes activos del movimiento social, sino también los llamados *free riders* o 'polizones', que no participan en él. Por ejemplo, las protestas a favor de los derechos civiles en el Sur de Estados Unidos pusieron fin a la segregación para todos los negros y no únicamente para quienes se habían jugado la vida en marchas y protestas. Olson observaba que, para quien decide con criterios puramente racionales, no tiene sentido participar en grupos que persiguen bienes colectivos. Dejad que los demás hagan el trabajo (que carguen con los costes de las protestas), que de todos modos conseguiréis los mismos beneficios que ellos (problema del *free rider*). Se sobreentiende que se trata de grandes grupos, en relación con los cuales los potenciales participantes advertirán rápidamente que una persona más no cambia prácticamente nada las cosas.

Olson observaba que los grupos podían resolver este problema proveyendo «incentivos selectivos» que incrementen los beneficios de los participantes y aumenten las probabilidades de participación. Los incentivos selectivos pueden ser «duros», como dinero o regalos, o «blandos», como camaradería e identidad colectiva. Volviendo a los hallazgos de Oberschall

sobre las organizaciones preexistentes, los grupos y las organizaciones que no tienen solapamientos en su pertenencia, están en mejores condiciones de proporcionar esos incentivos «blandos» de identidad y de apoyo social. Este es precisamente el tipo de organización que puede permitirse ser muy exigente con sus miembros, porque devuelve mucho en materia de identificación y de solidaridad. En cuanto a los incentivos «duros», beneficios más costosos, las organizaciones necesitan disponer de recursos para proporcionarlos, y en particular de recursos financieros. Es aquí donde el «recurso» hace su entrada en la perspectiva de la movilización de recursos y abre una perspectiva distinta sobre la movilización, pero siempre sobre la base de la organización y la economía de la decisión de participar.

La metáfora económica

John McCarthy y Mayer Zald fueron teóricos de la MR que enfatizaron las influencias organizativas y económicas en la movilización del movimiento social. Comenzaron por observar, durante la turbulenta década de los sesenta del siglo pasado, esta paradoja básica: la tendencia al alza del activismo en una época de prosperidad económica sin paralelo (Zald, 2010: 252). Si la teoría de la privación relativa y la de la frustración-agresión fueran correctas, tal cosa no debiera haber ocurrido. Las tendencias económicas de posguerra hacia una mayor riqueza y más igualdad de ingresos deberían haber servido para predecir un decrecimiento de la actividad de los movimientos sociales. De acuerdo con McCarthy y Zald (1977), esa paradoja se resuelve con la idea de que mayor riqueza significa mayores recursos a disposición de los grupos en disputa para hacer llegar su mensaje al público y movilizar a los participantes en las calles. Estos autores argumentan que la movilización va unida a la estructura organizacional, los recursos materiales, la reducción de costes, la planificación estratégica y la profesionalización de los activistas del movimiento, en particular entre los estrategas de nivel más alto de la organización de los grandes movimientos, estrategas conocidos como

mánagers del movimiento social. Todas esas observaciones elaboran y extienden el reto de Oberschall a la teoría de la sociedad de masas, a la vez que constituyen una nueva confirmación de que la participación de la gente en los movimientos sociales se producía a través de la organización y no como consecuencia de la desconexión y la anomia. Al mismo tiempo, sitúan el estudio de los movimientos sociales en la esfera estructural al prestar atención privilegiada a los procesos organizativos.

Con su insistencia en los procesos que se encuentran en las organizaciones complejas y racionalmente estructuradas, la perspectiva de la MR debilitaba aún más el énfasis en la privación, la agresión y la frustración, y lo hacía argumentando que en la sociedad contemporánea todo el mundo tiene, por así decirlo, algo de qué quejarse. Las sociedades ricas están impregnadas de intereses en competencia, aspiraciones incumplidas, agravios, exigencias y reivindicaciones. Todos los grupos tienen reivindicaciones e intereses que perseguir. Esto quiere decir que las quejas y las reclamaciones no son nada extraño y que, en cierto sentido, son constantes entre grupos y organizaciones en disputa. Si esto es así, lo que *en realidad* explica la movilización social no es la fuerza intrínseca de las reclamaciones, sino otra cosa. McCarthy y Zald responden que la verdadera explicación se halla en la habilidad de los grupos para obtener recursos, dar expresión a sus mensajes y movilizar a sus miembros en las calles. Dando un paso más –tal vez no sin cierto cinismo, pero avalados por las campañas de las mayores OMS–, McCarthy y Zald afirman: «La definición de las quejas se expandirá con el fin de procurarse fondos y sostener el personal disponible» (1973: 379).

Cuando hablo de recursos, me refiero predominantemente a dinero, dinero en efectivo para mantener el personal, la organización y las oficinas, pagar teléfonos y comunicaciones, imprimir volantes y carteles, transportar manifestantes, etc. La observación básica –que en realidad es una gran simplificación, pero útil– muestra que los grupos con más dinero tienen más probabilidades de movilizar participantes y producir impacto en la opinión pública. Allí donde múltiples intereses compiten en la arena pública y donde diferentes grupos y organizaciones se movilizan con frecuencia sobre cuestiones públicas, la disponibilidad de recursos se convierte en el factor

decisivo en la explicación de la movilización (de donde surge la *movilización de recursos*). Los grupos ricos en recursos pueden dar a conocer realmente su mensaje, organizar activistas e influir en el público y en los representantes políticos. Esto vale tanto para las campañas políticas como para las de protesta... o sea, prácticamente siempre. Aunque la importancia de los recursos es de carácter permanente, es preciso reconocer que, en ciertas circunstancias, la fuerza de convicción del agravio, la reclamación o la injusticia sufrida puede impulsar a una organización pobre en recursos al primer plano y/o hacerla beneficiaria del favor económico de intereses contrapuestos. Puesto que los recursos son cuantificables, en una visión panorámica del campo esto ha tenido implicaciones metodológicas que tendían a distraer la atención de conceptos tales como ideologías, percepción emergente de intereses y normas y procesos sociopsicológicos de interpretación y construcción social. Los investigadores podían centrarse en datos duros relativos a factores estructurales concretos y es justo afirmar que este cambio favoreció enormemente la legitimidad del nuevo campo de investigación, pero también es cierto que tendió a inhibir el interés de la investigación por la esfera ideacional de los movimientos.

La consecución de recursos y su utilización efectiva guarda estrecha relación con la buena gestión de las OMS. McCarthy y Zald (1977) también fueron los primeros en señalar esta tendencia en los años setenta, lo que quiere decir que la estrategia de movilización y la planificación se iban haciendo cada vez más racionales y profesionales. Como he indicado ya en el capítulo 1, las grandes organizaciones de movimientos sociales pusieron crecientemente el acento en la consecución de recursos mediante la especialización y la profesionalización, puesto que, con el fin de optimizar la eficiencia, imprimen a sus organizaciones una estructura formal, adoptando a veces características propias de las corporaciones privadas o del Estado. Ya hemos visto que las OMS pueden ser gigantescas organizaciones multinacionales que llevan a cabo campañas de mercadotecnia para atraer a «miembros con suculenta chequera», gente cuya mejor demostración de apoyo a una causa es el pago de las cuotas de socio.

Si el lector ve en todo esto una gran empresa económica, Zald y McCarthy están de acuerdo. Su análisis emplea con toda intención metáforas económicas (Zald y MacCarthy, 1987) para describir el escenario del movimiento social contemporáneo. Por ejemplo, lo mismo que las industrias que ofrecen productos similares (digamos, la industria del acero, la industria electrónica de consumo masivo, la industria automovilística), *las industrias del movimiento social* están formadas por grandes OMS con objetivos semejantes (verbigracia, conservación medioambiental, derechos humanos, justicia económica). Lo mismo que las corporaciones, a veces las OMS tienen directorios interrelacionados y desarrollan alianzas, cárteles, fusiones y *joint ventures* y, tal como he expuesto en el capítulo 1, ciertas OMS ponen en el mercado sus membresías como si se tratara de un producto más, adaptando sus mensajes de reclutamiento (anuncios) a audiencias particulares. La sinergia entre grandes OMS y grandes corporaciones fue un descubrimiento clave de McCarthy y Zald, que daba a conocer una nueva tendencia en el sector del movimiento social –otra metáfora económica, dicho sea de paso, por analogía con el sector manufacturero, el sector financiero o el de servicios–, pero ponía a la vez de manifiesto la dimensión de un cambio teórico de mayor calado que se estaba dando bajo el paraguas de la MR. Esa otra dimensión estimulaba el reconocimiento de que la movilización y la protesta social no son nada más que otra manera de hacer política.

Los movimientos sociales como política contenciosa

En 1975, la expresión «política contenciosa» todavía no se había popularizado, pero hoy se la usa de modo muy extendido para dar a entender que los movimientos sociales y la protesta disruptiva son con frecuencia política por otros medios. En 1975, este enfoque apenas empezaba a insinuarse. En contraste con las campañas electorales y la competencia política, la ocupación de las calles para protestar contra una política o proclamar una demanda es un modo más desafiante y agresivo de

perseguir los intereses de un grupo. Termino este capítulo señalando que las raíces del enfoque actual de la política contenciosa se remontan al período de la MR de los años setenta del siglo pasado, y en particular al trabajo de dos fecundos estudiosos, William Gamson y Charles Tilly, figuras decisivas a la hora de apartar el campo de estudio de la originaria imaginería económica y la organización corporativa para acercarlo a su afinidad con la política normal, cambio que sirvió también para ampliar enormemente el ámbito de este campo de estudio, pues atrajo más estudiosos de politología y sociología política.

La investigación de Gamson abordó los problemas de la MR desde un punto de vista algo diferente, pero su efecto general fue el de un vigoroso apoyo empírico a la perspectiva según la cual la protesta era un acto político normal. Su libro titulado *La estrategia de la protesta social* (1975; 2.ª edición, 1990) presentaba pruebas de que la elección de protestar, y en particular el empleo de medidas extremistas y tácticas violentas, son decisiones estratégicas realizadas por grupos contestatarios. En 1975, este descubrimiento abrió el camino a la superación de los prolongados prejuicios irracionalistas de comienzos de nuestra exposición. Pero la cuestión básica de la investigación de dicho estudio también tenía en vista elementos de teoría política pluralista, que era el marco operativo predominante entre los politólogos para la comprensión de la realización pacífica de la competencia política democrática. El pluralismo implica la multiplicidad de centros de interés en un régimen democrático, lo que, debido a la diversidad y el solapamiento de sus respectivas afiliaciones, excluye la forma de gobierno en la que el ganador se lleva todo y los riesgos que eso entraña para el orden civil. Según la versión normal de la teoría pluralista, este era precisamente el «genio de la democracia», en la cual la variedad y la superposición de afiliaciones se combinaban con un mecanismo fundamental por el cual los grupos moderaban sus reclamaciones y aceptaban, dadas las reglas del juego, contribuir a la resolución pacífica de los intereses políticos en conflicto.

Si esto es así, preguntaba Gamson, ¿por qué a veces ciertos grupos y asociaciones de interés abandonan los canales políticos pacíficos y recurren a estrategias extremistas y a la violencia? Aunque Gamson es sociólogo, se

trataba de una cuestión de interés fundamental para los politólogos, que a comienzos del período desempeñó un papel importante en calidad de puente entre ambas disciplinas.

El estudio de Gamson respondía a un enfoque sistemático y de base empírica. Tomó como muestra 53 grupos de voluntarios para el período comprendido entre 1800 y 1945, entre los cuales había OMS, organizaciones partidarias, grupos socialistas, sindicatos y otros grupos de interés (por ejemplo, la Liga de Ciclistas Norteamericanos o la Federación Norteamericana de Maestros). El criterio decisivo de selección fue que el grupo hubiera protagonizado un desafío disruptivo o una reivindicación en nombre de sus elementos constitutivos. El análisis se basaba en una revisión sistemática de historias grupales en múltiples dimensiones: tácticas, pertenencia, reivindicaciones, resultados, organización, conexiones legislativas y estrategias, así como represión oficial, etc.

El estudio creó una base de datos que permitió examinar varios conceptos fundamentales en la perspectiva de la MR. Lo más importante es que puso fin a las ideas del pasado sobre la «multitud fuera de control». Gamson encontró que los grupos que empleaban tácticas extremistas mostraban mejores tasas de éxito. En efecto, obtenían mejores respuestas a sus reivindicaciones inmediatas y al mismo tiempo mejores oportunidades de ganar legitimidad a ojos de las élites políticas. Además, halló muy pocas pruebas de que, a largo plazo, dichas tácticas perjudicaran las perspectivas del grupo. Sostuvo que la opción estratégica del extremismo es el resultado de la posición que un grupo ocupa en el medio político, y que los grupos a los que se les niega acceso a los canales de influencia política pueden considerar la protesta violenta como una estrategia eficaz para obtener concesiones. En palabras del propio Gamson, «donde antes se veía un dualismo de política extremista y política pluralista no hay más que simple política» (1990 [1975]: 138), elegante manera de expresar la idea de que los movimientos sociales son mera política por otros medios.

Charles Tilly, prolífico historiador y científico social, fue también un temprano artífice de esta rama de orientación política de la teoría del MR. Su trabajo histórico es complejo, matizado, aunque también teórico, sistemático y vigorosamente arraigado en los conceptos típicos en el

período de masa crítica del correspondiente campo de investigación. En 1978 reunió diversos aspectos de su pensamiento en un tratado teórico titulado *De la movilización a la revolución*. Tal como lo anuncia su título, cubre desde los componentes básicos de la acción colectiva hasta ejemplos históricos en diversos Estados, en particular en Inglaterra y Francia, y los desafíos finales que los activistas plantean al Estado, esto es, las insurrecciones revolucionarias. Tilly define el concepto de movilización en términos de MR, como grupos que se apoderan de los recursos necesarios para la acción colectiva, y elabora una perspectiva propia de la MR sobre organización que identifica características que facilitan las tareas de movilización. Este autor acepta las ideas de Oberschall y sobre ellas construye las suyas en torno a las conexiones del grupo y el reclutamiento en bloque mediante la identificación de dos elementos básicos de la organización: la categoría y la red. «Categoría» alude a las definiciones de la pertenencia en términos de etnia, género, lugar, clase o religión. «Red» alude a los vínculos interpersonales entre los miembros. Son las dos dimensiones fundamentales de la organización social. De acuerdo con Tilly, organización es categoría x red, donde ambos elementos determinan el potencial de movilización. Juntando ambas cosas, Tilly sugiere que las redes según categorías profesionales y territoriales *(catnet)* de una organización determinan la manera en que dicha organización puede disponer de los recursos de los miembros. Una *catnet* elevada –debido a la intensidad de la solidaridad, la identificación colectiva y el compromiso– significa que una organización tiene más facilidad para movilizar recursos (Tilly, 1978: 63). Estos elementos del análisis no dejan lugar a dudas acerca de las credenciales de Tilly como integrante del temprano enfoque de la MR.

Sin embargo, la contribución clave de Tilly en esa época fue su incorporación de ideas que los teóricos de la MR habían desdeñado, muy en particular el papel del Estado –la manera en que este da forma a oportunidades de acción– y la organización de la política, definida como el amplio despliegue de actores y no actores políticos. El interés en este segundo grupo –los excluidos del juego político– es fundamental para el enfoque del campo de estudio por las siguientes razones: 1) su ingreso

como actores motivados amenaza el *statu quo;* y 2) la explicación de su ingreso lleva directamente al corazón del problema de la movilización. De acuerdo con Gamson, para que sus reclamaciones de orden económico sean tomadas en serio, los protagonistas del desafío han de desarrollar estrategias, organizarse y movilizarse. Las élites políticas recibirán los desafíos importantes como graves amenazas a su poder y acudirán a una fuerte represión de sus fuerzas policiales, militares y de seguridad. No es sorprendente, pues, que los grupos que tienen por objetivo el derrocamiento de las élites políticas –como ocurre en los movimientos revolucionarios– sean a menudo objeto de la más severa e intensa represión del Estado.

Estos temas apuntan al próximo capítulo, en el que se aborda más de cerca el modelo de la oportunidad política sintética de acción colectiva, a menudo incluido bajo la fórmula *política contenciosa*. Por ahora baste con señalar que Tilly traza sus contornos básicos mediante la especificación de las variaciones de oportunidades políticas entre las distintas organizaciones civiles de acuerdo con su posición en el sistema político. Como es evidente, los grupos y las organizaciones con conexiones políticas tienen más oportunidades de perseguir y proteger sus intereses gracias al empleo de canales establecidos. Los grupos con conexiones también tienden a disponer de mayores recursos y, en consecuencia, de mayor poder, por lo que deben ser tomados en serio por otros grupos y organizaciones. El resultado es aproximar el estudio de los movimientos sociales a la política normal.

Por el contrario, los desafíos procedentes de grupos marginales al sistema político casi siempre amenazan a las élites establecidas y provocan respuestas del Estado. Esto incorpora su carácter extraordinario al contexto del Estado y, una vez más, pone de relieve sus vinculaciones con la política normal. Tilly enuncia la hipótesis de que la respuesta del Estado a las demandas de una organización depende de dos factores: 1) la escala de la acción colectiva que la organización sea capaz de movilizar como expresión de su amenaza potencial, y 2) su poder, en tanto consecuencia de sus oportunidades políticas (Tilly, 1978: 133). Es probable que los grupos poderosos no experimenten represión del Estado cuando se movilizan y hasta es posible que disfruten de apoyo estatal –condición que Tilly

denomina *facilitación*–, aunque esto presupone conexiones políticas. Por otro lado, cuanto mayor sea la escala de la acción colectiva –esto es, cuanto más grandes sean las protestas y/o las manifestaciones– más probable es que el Estado responda con represión, a menos que los grupos en cuestión participen en cierto modo del poder gracias, por ejemplo, a coaliciones con grupos relacionados. En conclusión, la combinación de poder y cantidad de gente determina el tipo de respuesta del Estado, que va de la represión a la tolerancia e incluso a la facilitación.

El poder y la cantidad de participantes (y de recursos) son variables cuantificables en el desarrollo del movimiento y en sus resultados. Hemos comenzado este capítulo con la observación de que un relato paralelo del período de masa crítica fue el desarrollo de un mayor refinamiento metodológico. Los proyectos de investigación de Gamson y Tilly descansaban en elaboradísimos protocolos metodológicos de base empírica. Cuando se los publicó, se les adjuntaron extensos apéndices metodológicos al final de cada libro. Hoy, Gamson y Tilly son figuras emblemáticas en la investigación del movimiento social, pero durante el período de masa crítica eran solo jóvenes estudiosos que empezaban a ganar credibilidad en un campo de investigación emergente. Pero también es justo decir que, durante este período de masa crítica, el alto grado de elaboración de sus estudios contribuyó a establecer la credibilidad de un dominio emergente. Además, este grado de elaboración metodológica facilitó enormemente la incorporación del estudio del movimiento social en la empresa más amplia de la ciencia social y reforzó sus vínculos con la politología y la psicología social. El libro posterior de Gamson, *Choques con la autoridad injusta* (Gamson y otros, 1982), fue un clásico de psicología social y sirvió análogamente de puente entre ambas disciplinas.

Este capítulo ha relatado el proceso por el que el cuerpo de investigación del movimiento social llegó a la madurez y se convirtió en un subcampo definitivo e importante tanto de la sociología como de la ciencia política. Este proceso fue posible gracias al desplazamiento de lo extraordinario e irracional a lo normal y político que se imprimió al foco de atención del estudio. Sin embargo, este cambio es el comienzo de una nueva historia, esta vez de una historia contemporánea que sigue desplegándose en

nuestros días. Una manera de caracterizar este nuevo relato es la siguiente: si nos preguntamos –como hace este libro– por la definición de un movimiento social, ¿es *política contenciosa* –esto es, simplemente política por otros medios– la respuesta completa e inevitable? El capítulo siguiente rastreará las principales contribuciones teóricas de la disciplina inspiradas en esta idea para sugerir que la respuesta es: «Sí, los movimientos sociales giran mayoritariamente en torno a política, intereses, oportunidades y poder». El subsiguiente, el 4, sugiere que la respuesta es: «¿Política? Bien, de acuerdo, pero los movimientos sociales trascienden el dominio de los intereses grupales o el poder». También entran en la ecuación las fuerzas culturales. La vieja respuesta tiende a reducir las explicaciones de los movimientos sociales a variables pertenecientes a la esfera de lo estructural-organizativo. La recuperación de los factores culturales permite al analista acceder a las dimensiones ideacionales y performativas en las que tiene lugar un gran número de procesos sociales muy interesantes e importantes.

3. ¿Qué es un movimiento político?

La mayor parte de los movimientos sociales tienen una marcada dimensión política. Normalmente efectúan sus reivindicaciones en el contexto del Estado nacional moderno. Sus puntos de mira son en gran parte los políticos, los responsables últimos de una política y los gestores gubernamentales con capacidad para poner en marcha cambios que reflejen las demandas y los intereses específicos del movimiento. Desde este punto de vista, se los puede considerar como una única categoría de la *política contenciosa* directa y provocadora. Por supuesto, a veces los puntos de mira no son los políticos, como ocurre con las protestas estudiantiles a favor del cambio de currículums (que se dirigen a funcionarios universitarios, por ejemplo, Arthur, 2011) o las corrientes de cambio en las organizaciones religiosas (que se dirigen a funcionarios eclesiásticos, por ejemplo; Bruce, 2011), pero la inmensa mayoría de las campañas de protesta y de los movimientos sociales del siglo XX tiene como fin último influir en las leyes, las políticas y los gestores gubernamentales. Estos esfuerzos tienen lugar en diversos niveles de gobierno: municipal, estatal y provincial, nacional y trasnacional –este último es relativamente reciente–, como el movimiento por justicia global o las campañas contra las minas antipersona. A veces, las estrategias de influencia cogen caminos secundarios, como el de atraer la atención de los medios de comunicación, convencer a los espectadores y persuadir a la opinión pública, bajo el supuesto de que los políticos –aceptando la existencia en ellos de un cierto grado de sensibilidad democrática– responderán positivamente a los cambios en las actitudes públicas. En el caso extremo, hay movimientos –insurgencias o levantamientos revolucionarios– que buscan derrocar el sistema político en su conjunto y sustituirlo por otro, que en cierto sentido es la forma última de la política contenciosa. Esto tiende a ocurrir cuando las élites políticas

son insensibles a las reformas y las posiciones se endurecen por ambos lados.

El capítulo anterior describió de qué manera esta perspectiva contenciosa del movimiento social como política por otros medios contribuyó a normalizar su investigación al ponerla en relación con temas de los que se ocupan normalmente los politólogos, como los intereses de grupo, la planificación de una política, la gobernanza, la representación, los desafíos al poder establecido, etc. Una consecuencia de esto es el retiro del énfasis en los procesos generales de cambio social para centrar la investigación en la mecánica de campañas específicas. Una perspectiva de política contenciosa requiere datos sobre los detalles prácticos de la movilización y la contramovilización; es el caso, por ejemplo, de la Proposición 8 en California, que definía el matrimonio exclusivamente como la unión de un hombre y una mujer. Los grupos que defendían los derechos de los homosexuales se oponían a ella, mientras que las coaliciones de republicanos, cristianos conservadores, mormones y grupos de jubilados la apoyaban. Si se observan las decisiones estratégicas y organizativas de diversos grupos, la combinación de tácticas institucionales y extrainstitucionales, las coaliciones y la coordinación de la acción en la campaña y cuál fue el destino de la iniciativa, se comprende muy bien el enfoque de la política contenciosa, pero se dejan sin responder las cuestiones más amplias relativas al cambio de fondo que significó la aceptación pública de la homosexualidad que tuvo lugar tras la entrada del nuevo milenio, cambio que trasciende lo estrictamente político y cabalga sobre corrientes culturales. Otro efecto de este enfoque es que al poner el énfasis en factores tales como la eficiencia organizativa, los recursos, la fuerza relativa de los contendientes, las decisiones estratégicas y los canales de influencia oficial, se desdibujan los procesos de definición social, interpretación, encuadre e identidad colectiva. Ambos focos incluyen variables importantes de la movilización social, pero si el analista recarga la tensión sobre la dimensión estructural-organizativa del análisis, tiende a cerrar el acceso a las otras dimensiones. Qué hacen los profesionales de la investigación del movimiento social para tratar este dilema es uno de los hilos de la trama que exploraré en este capítulo.

Las tendencias contemporáneas justifican el énfasis en la política contenciosa. En efecto, cada vez se tiene más la impresión de que la gente no confía únicamente en los partidos políticos y las elecciones para dar a conocer sus preferencias, sino también en las protestas, las manifestaciones, las campañas de petición, las marchas o las organizaciones que persiguen sus demandas de cambio social. Hay datos que muestran que tanto la frecuencia como la magnitud de estos fenómenos va en aumento (Soule y Earl, 2005; Dodson, 2011), lo que tal vez sea un reflejo de la diversidad de intereses existentes en la sociedad moderna, la rapidez con que se producen los cambios y la impaciencia ante la insensibilidad de los gobernantes electos. Dada la complejidad de la política moderna, las demandas y las quejas son muy extensas, y siempre habrá grupos con exigencias insatisfechas, lo que alienta a los grupos a movilizarse de manera extrainstitucional. Además, siempre aparecerán nuevos intereses que amenacen a los ya establecidos y creen de esa manera nuevos terrenos de contienda política. Por otro lado, las protestas en una región o en un ámbito político pueden incitar protestas por imitación en otros sitios y dar así origen a una difusión de la protesta con potencialidad para conducir a un *ciclo de protestas*, como ocurrió en la década de los sesenta del siglo XX. Por todas estas razones, tiene sentido considerar de qué manera las características de la política y la gobernanza influyen en la producción de movimientos sociales. En otras palabras, para comprender la política contenciosa moderna es fundamental *la estructura de las oportunidades políticas*, tanto en lo que respecta a la participación de los ciudadanos como a la generación de movimientos sociales.

Estructuras de oportunidad política

El concepto de oportunidad política fue introducido durante el período de masa crítica de la disciplina. Peter Eisinger (1973) fue un politólogo que analizó las causas de las revueltas urbanas que tuvieron lugar en Estados Unidos durante los años sesenta del siglo pasado. Observó ciudades en las

que las revueltas habían sido intensas y las comparó con ciudades donde no las había habido o habían sido relativamente leves. Llegó a la conclusión de que las diferencias en la accesibilidad de la participación política en los gobiernos municipales explicaban por qué los niveles de las protestas habían sido elevados en unas ciudades y bajos en otras, pero la relación no era directa. Los niveles de protesta eran más bajos allí donde el acceso era más abierto y también donde estaba cerrado por completo. Entre ambos extremos –esto es, en ciudades con variados registros de apertura–, los niveles de protesta eran más altos. Por tanto, generalizando, parecía justificado extraer la conclusión de que el acceso político muy abierto disminuye la actividad de protesta, mientras que la accesibilidad variada e incoherente la aumenta. La psicología social que subyace a estas relaciones no es la cólera, la frustración ni la agresión, sino más bien el frío cálculo de intereses y oportunidades. Cuando los canales políticos están muy abiertos, los activistas prefieren evitar riesgos de encarcelamiento, lesiones o pérdida de tiempo de trabajo, a la vez que confían en las probabilidades de éxito del ejercicio de la influencia política. En el extremo cerrado del espectro, los grupos que experimentan el agravio no ven oportunidades de cambio en absoluto y no se proponen movilizarse porque las recompensas son muy escasas. Toda acción tiene lugar en los niveles intermedios porque los costes de la protesta extrainstitucional no son demasiado altos y la disponibilidad de ciertas oportunidades a través de los canales políticos establecidos eleva la probabilidad de éxito.

Las comprobaciones de Eisinger pasaron a ser fundamentales en el enfoque político de los movimientos sociales, y continúan siéndolo aún hoy. Otro estudio clave para el enfoque político de los movimientos sociales fue *Proceso político y desarrollo de la insurgencia negra, 1930-1970*, de Doug McAdam (1999 [1982]). Su investigación se centraba en el movimiento afroamericano por los derechos civiles, que comenzó en el Sur de Estados Unidos, donde, en los años cincuenta del siglo pasado, la política local estaba firmemente en manos de los segregacionistas y los negros contaban con escasísimas oportunidades de participación política. La pregunta que Adam se formuló fue esta: ¿por qué, en esas circunstancias, el movimiento por los derechos civiles comenzó a movilizarse cuando lo hizo? La

respuesta de Adam rastreó amplios cambios históricos en la economía del Sur de Estados Unidos y en diferentes niveles de gobierno en los que podían darse las oportunidades: municipal, condal, estatal y federal. Esta cualidad pluriestratificada de la gobernanza moderna es precisamente una de las diversas dimensiones a las que se debe la gran complejidad de la representación de las oportunidades políticas, de modo que calificar simplemente una situación como abierta o cerrada es enmascarar diversos factores decisivos y su interactuación.

1. Niveles de gobernanza. En todos los niveles, antes de los años cincuenta del siglo XX fue muy escaso el apoyo a las demandas de los negros, aunque a finales de la década anterior ya se habían producido algunas protestas en el Sur. Sin embargo, cuando, de comienzos a mediados de los años sesenta, el movimiento se hizo más potente, observa McAdam, los problemas de desorden público, intranquilidad cívica y el fin de la segregación escolar obligó a los políticos a nivel federal a tomar nota de la situación. Entre los legisladores, a título individual, el apoyo a la integración racial era en general limitado porque la influencia electoral de los negros era despreciable. Pese a la idea popular de que la administración de Kennedy apoyó los derechos civiles de los negros, McAdam observa que lo que más interesaba al presidente era poner límite a las protestas disruptivas. El Proyecto de Educación del Votante (1962-1964) fue una perspicaz estrategia política que empleó la administración para canalizar el movimiento al margen del desorden civil, al tiempo que se ganaba el apoyo del votante negro de los Estados del Sur. Dice McAdam que esta aversión al desorden civil creó oportunidades para que el movimiento obtuviera la intervención federal con la simple amenaza de la confrontación violenta (1999 [1982]): 172). Un sencillo modelo político abierto-cerrado no es idóneo para captar esta complejidad, en la que los niveles de protesta y la apertura política mantienen una relación dinámica y recurrente.

2. La administración judicial. Las oportunidades políticas también se ven afectadas por los tribunales, cuyos diferentes niveles de autoridad judicial producen diferentes consecuencias. En el nivel nacional, las decisiones del Tribunal Supremo de Estados Unidos –en particular en el caso Brown vs. Junta de Educación de Topeka (1954)– estimularon la

movilización negra. En relación con los años treinta del siglo pasado, hubo un claro cambio en la sensibilidad del Tribunal Supremo respecto de los argumentos sobre derechos civiles, lo que, según observa McAdam, condujo a un cambio de percepción entre los líderes negros, que comenzaron a creer en la posibilidad de que el apoyo gubernamental a la segregación decreciera (1999 [1982]: 108). Sin embargo, esa sensibilidad no se puso de manifiesto en los tribunales locales del Sur de Estados Unidos, que siguieron siendo fanáticamente segregacionistas. Los tribunales también son responsables de que las leyes promulgadas se apliquen en los distintos niveles de gobernanza, de modo que en caso de conflicto entre el derecho y su aplicación en cualquiera de esos niveles, es preciso apelar a ellos. Las oportunidades políticas pueden variar de acuerdo con la capacidad y la intención de la administración nacional y las autoridades locales de aplicar las políticas. Eso puede deberse a variaciones en la opinión pública según la región geográfica, a la que los políticos, los responsables de la administración y los encargados de aplicar las leyes deben ser sensibles si quieren conservar sus puestos de trabajo.

3. Partidos políticos. McAdam también observó el efecto de la organización de los partidos políticos nacionales y los cambios de alianzas que se producen de acuerdo con los distintos escenarios nacionales de lucha política y los candidatos de un partido. Volviendo a la Reconstrucción, los blancos del Sur denigraron al Partido Republicano, el partido de Lincoln, y se convirtieron contundentemente demócratas. Los demócratas del Sur eran fanáticamente segregacionistas, y entre 1900 y 1930 reprimieron a los votantes negros e impusieron su subordinación. Pero era un Partido Demócrata diferente del que existía en el Norte, que con las políticas del New Deal de Roosevelt fue lentamente atrayendo a los negros de esta zona del país. En los años sesenta, el insinuado apoyo de Kennedy al movimiento por los derechos civiles impulsó a los demócratas del Sur al Partido Republicano a la vez que atrajo a los negros (McAdam, 1999 [1992]: 158).

Los estudios comparativos sobre oportunidades políticas, en particular la investigación centrada en los Estados europeos, ha identificado, en relación con los partidos, otros factores que dependen de los sistemas electorales. En los países con sistema parlamentario, las oportunidades de participación

política son más abiertas porque hay más partidos políticos que compiten por escaños parlamentarios. Contrariamente a lo que ocurre en el sistema bipartidista de Estados Unidos, más partidos significa más capacidad de respuesta a la opinión del votante, al menos en teoría. Esa capacidad de respuesta se institucionaliza más aún con un resultado nada extraño en los sistemas parlamentarios, como es el de que ningún partido tenga mayoría. La necesidad de formar coaliciones de gobierno da acceso a los ámbitos de poder a partidos minoritarios, lo que crea oportunidades para los movimientos a los que prestan atención funcionarios pertenecientes a esos partidos. También la mayor potencialidad para divisiones y conflictos entre las élites ofrece a los movimientos sociales más posibilidades de reclutar aliados políticos. Esto es bueno para los movimientos y aumenta sus probabilidades de ver satisfechas sus demandas, pero también reduce la protesta extrainstitucional, mitiga las tácticas violentas y disruptivas e integra las OMS en la política normal. Los sistemas abiertos tienen un claro efecto apaciguador en política, pues reducen el desorden cívico, objetivo básico de casi todas las élites políticas cuyos intereses reposan en el *statu quo*.

4. Centralización versus descentralización. Los Estados pueden presentar diversos grados de centralización en la concepción política y en su gestión. Los sistemas descentralizados de gobierno, como los estados federales de Estados Unidos, Canadá y Alemania, ofrecen una apertura política mayor para la participación que los sistemas centralizados, como los de Francia, Holanda o Suecia (Kitschelt, 1986; Kriesi, 1995). Análoga lógica se aplica a los Estados que conceden más independencia a la rama legislativa y a la judicial, en contraste con los que subordinan las funciones de gobierno al poder ejecutivo. Koopmans y Kriesi (1995) consideran que el sistema federal descentralizado de Suiza modera la protesta, como es de esperar, pero también facilita la movilización al fortalecer la sociedad civil y multiplicar los puntos de acceso a la política. Por el contrario, el sistema relativamente cerrado y centralizado de Francia limita la percepción de la eficacia ciudadana. Esto se traducía en niveles más bajos de movilización, pero –hallazgo importante– también tendía a radicalizar las campañas de protesta. La percepción de la insensibilidad gubernamental implicó el

recurso a estrategias de protesta más radicales para atraer la atención del gobierno.

Oportunidades y amenazas en los regímenes no democráticos

Los estudios que he mencionado hasta ahora se refieren a democracias occidentales, pero es importante reconocer que ninguna de ellas es *perfectamente* abierta y sensible. El carácter democrático de todos los Estados «democráticos» presenta variaciones. Así, por ejemplo, es normal que se consideren a Suecia y Noruega más abiertas que Estados Unidos o Gran Bretaña. Pero si traspasamos los límites de Europa Occidental y Estados Unidos, resulta evidente un abanico aún más amplio de variaciones en lo tocante a oportunidades y amenazas políticas. En general, se puede afirmar con seguridad que en todas partes las élites políticas resisten los desafíos a sus respectivos gobiernos, pero la pregunta que se plantea entonces es si lo hacen en el marco de la ley, respetando las reglas del juego, o si reprimen a sus opositores de manera indiscriminada. Las élites del Partido Comunista Chino no mostraron prácticamente discrepancias con ocasión del aplastamiento de las protestas prodemocráticas de la Plaza de Tiananmén en 1989; consideraban que cualquier presión para incrementar la participación democrática era un desafío importante a su poder. China, tanto entonces como hoy, debería ser considerada un régimen autocrático relativamente represivo con estructuras limitadas de oportunidades políticas.

Los estudiosos han clasificado los Estados represivos en función de sus estrategias predominantes de control político, magnitud del aparato represivo y apertura, o su carencia (Koopmans y Kriesi, 1995). En el polo de la represión extrema y avasalladora encontramos los Estados *totalitarios*, que a menudo se caracterizan por la orwelliana penetración del Estado en los dominios de la vida privada y la sociedad civil, permanente monitoreo y control social a través de un aparato policial muy amplio y enormemente

desarrollado, poderosa socialización ideológica y propaganda continua. Con frecuencia los Estados totalitarios emplean el *terror de Estado* para limitar a la oposición. Numerosas y arbitrarias detenciones, junto con ejecuciones, sofocan la discrepancia ideológica o política en el seno del partido gobernante e infunden miedo en los ciudadanos. En la actualidad, los Estados totalitarios de gran capacidad (hay quienes les llaman Estados estalinistas) son relativamente raros; ejemplos de este tipo de Estado son Corea del Norte, Bielorrusia y Tayikistán.

Más comunes son los Estados *autoritarios*, que ofrecen más áreas de libertad, normalmente porque tratan de estimular un grado de legitimidad entre los ciudadanos con el fin de facilitar la gobernanza, pero también con el de controlar el disenso. Un buen ejemplo de ello es la China contemporánea, Estado unipartidista en el que las fuerzas armadas desempeñan un papel importante en la sociedad y en la política. No es una democracia competitiva multipartidaria, sino más bien lo contrario, pues un partido único, el Partido Comunista Chino, domina el Estado y la sociedad. Otros ejemplos de Estados autoritarios son México antes de 1988, dominado por el PRI (Partido Revolucionario Institucional), los países comunistas de Europa oriental antes de 1991 y el Egipto de Mubarak antes de la revolución de 2011. Sin ser democracias abiertas, estos Estados dejaban pequeños espacios al debate político (con limitaciones) entre los miembros del partido gobernante, y había un puñado de partidos ficticios con unos pocos escaños en legislaturas de aprobación automática. Estos Estados fueron bautizados como «democracias aparentes» o «autoritarismos de partido»; muchos de ellos se basan en redes de líderes del partido y de redes sindicales de una zona concreta que consiguen votos mediante la distribución de favores a sus electores –sobre todo empleos– a cambio de apoyo. Las diferencias de opinión en las agencias gubernamentales pueden darse, por ejemplo, cuando los líderes confían en expertos en economía para orientar políticas de modernización. Este tipo de Estados autoritarios tiende a ser muy estable (Geddes, 1999).

Sin embargo, el control de todos los aspectos de la vida social es una tarea imposible, pues requiere niveles de recursos y de penetración en la sociedad que superan la capacidad de la mayoría de los Estados autoritarios.

Esto implica que los regímenes autoritarios están plagados de *espacios libres*, de áreas que están al margen del control y la vigilancia del Estado, y que hacen las veces de oportunidades para el disenso y la crítica (Johnston, 2006, 2011). Por ejemplo, el régimen comunista de Polonia fue incapaz de cooptar la popularidad de la Iglesia católica, que, a su vez, fue una importante incubadora para el movimiento masivo de oposición llamado Solidaridad, que desafió al régimen a principios de la década de 1980. Los espacios libres pueden desempeñar un papel decisivo en el desarrollo de la oposición porque, paradójicamente, ofrecen a sus integrantes pequeños atisbos de lo que es posible en una sociedad más abierta. Lo paradójico reside en que, lejos de ser oportunidades ilimitadas para el debate político, los espacios libres son típicamente clandestinos y cuidadosamente preservados por los participantes, pero hay en ellos libertad en el sentido de expresión del pensamiento propio, aun cuando sea con restricciones. Los espacios libres son islas de libertad que sirven como campos de entrenamiento para los líderes de la oposición y son manantiales de nuevos movimientos.

Es esta un área por la que me he interesado durante mucho tiempo, en parte debido a los heroicos riesgos que corren algunas personas que luchan por la libertad política. Personalmente, siempre me he preguntado qué actitud adoptaría si corriera el riesgo de ir a la cárcel o de perder mi empleo a causa de lo que enseño. Esto es lo que le ocurrió a un profesor y activista democrático en la URSS a quien entrevisté en una ocasión; fue expulsado de su puesto universitario y enviado a trabajar en una granja de pollos limpiando plumas –un «trabajo de mierda», dijo (en inglés es literalmente 'mierda de pollo', *chicken-shit*)–, por enunciar francamente sus puntos de vista. En el curso de mi investigación sobre regímenes autoritarios –como el de la antigua Unión Soviética, los de Europa del Este o la España franquista (Johnston, 1991, 2006)– aprendí a no subestimar jamás la capacidad humana de asumir riesgos y de hallar oportunidades –a veces incluso de crearlas– en situaciones de máxima represión.

Oportunidades políticas reales e imaginarias

W. I. Thomas, uno de los primeros sociólogos, dijo en una ocasión: «Si se define algo como real, sus consecuencias son reales». Este famoso apotegma de Thomas se aplica a los ejemplos que acabamos de ver de protestas en sistemas políticos cerrados, porque, a pesar de los riesgos, la gente ha definido como reales sus propias oportunidades de acción colectiva. En la jerga de la teoría de los movimientos sociales, las oportunidades políticas están *encuadradas* de tal manera que la acción es probable (Gamson y Meyer, 1996). Se ha observado que normalmente los líderes de los movimientos exaltan las perspectivas de éxito y subestiman los obstáculos. En la medida en que los miembros del movimiento acepten esa ficción, la oportunidad se reduce al hecho de percibirla como tal. El supuesto de gran parte de nuestro análisis hasta ahora ha sido que las estructuras del Estado que facilitan o amenazan la movilización son percibidas directamente, que la interpretación de las «señales» enviadas y recibidas no presenta problemas. Sin embargo, como he descubierto en mi propia investigación, hay personas que infravaloran las amenazas que constituyen los Estados totalitarios. De acuerdo con el apotegma de Thomas, los seres humanos parecen tener una capacidad innata para definir ciertas situaciones en términos irreales y auténticamente fantásticos y actuar en consecuencia con ello, como ocurrió en Corea del Norte a finales de 2009, cuando los ciudadanos protestaron contra las devaluaciones monetarias como si realmente pudieran ejercer alguna influencia en sus líderes (Li-sun, 2009; McNeill, 2009).

La percepción de las oportunidades políticas depende casi siempre de procesos psicológicos y culturales. El énfasis en estos procesos se opone a los análisis estructurales que dan por supuesto que, en su mayor parte, la percepción de los intereses y las amenazas del Estado no es problemática y como tal puede ser analizada. Desde este punto de vista, la apreciación de una amenaza o una apertura favorable es una cuestión de percepción objetiva y de cálculo de costes y beneficios. Esto convierte a la decisión de participar en una protesta en una operación por la que se sopesa lo que se obtiene en comparación con lo que se paga, casi como cualquier otra

decisión económica, y significa que estas evaluaciones son evidentes y no presentan problemas a la hora de interpretarlas. Esta lógica marca una división entre diferentes enfoques de investigación de los movimientos sociales.

Lo mismo que en el capítulo anterior, permítaseme otra vez poner de relieve el contraste a fin de identificar el problema subyacente. Algunos investigadores destacan los factores estructurales –relaciones relativamente fijas, a veces institucionales– entre actores sociales. Este énfasis orienta la atención analítica a configuraciones históricas de relaciones sociales, políticas y económicas. Se considera que, en ellas, la mayor parte de los intereses y las amenazas que contienen son evidentes para los grupos actuantes y sus miembros, a la vez que menos dependientes del encuadre o la interpretación que las limitaciones y las elecciones forzadas. En el mundo del análisis estructural, la mayor parte del tiempo la estructura impulsa a la acción de la misma manera. También hay investigadores que ponen el énfasis en procesos culturales y suponen que las oportunidades que presentan las grandes estructuras del Estado son siempre interpretadas colectivamente, de modo que la acción de ello resultante nunca es un *fait accompli*. Desde este punto de vista, para comprender las movilizaciones de protesta, el analista debe indagar en los procesos colectivos de creación de significado, culturales y de interpretación. Hacer esto de manera sistemática, rigurosa y detallada implica un intenso proceso analítico de otro tipo que el de la primera perspectiva. Esto ensancha la brecha, porque significa que los culturalistas inviertan mucho más esfuerzo que los estructuralistas en la observación de datos de distintas fuentes. Al otro lado de la brecha, los estructuralistas tenderán a ver estos esfuerzos como desviaciones de las explicaciones de las razones subyacentes por las que los movimientos de protesta y las revoluciones ocurren realmente.

En la amplia topografía de la investigación del campo de investigación actual, la mayor parte de los estudiosos estaría de acuerdo en que un análisis completo de la movilización social requiere una cierta combinación de elementos centrados en la percepción/interpretación (y un compromiso con estrategias metológicas apropiadas) y de elementos que capten las disposiciones institucionales «duras» (y métodos de investigación

adecuados). Hay oportunidades y amenazas que impulsan o limitan directamente la acción, pero también las hay que no, y diferentes etapas del proceso de movilización y diferentes focos de investigación dan nacimiento a diferentes combinaciones (que serán resueltas mediante la penosa investigación empírica sobre el terreno). La reconciliación entre la perspectiva estructural y la interpretativo-cultural ha sido la piedra angular de la *teoría del proceso político*, enfoque sintético ampliamente empleado y elaborado por los investigadores desde mediados de los años ochenta del siglo pasado, aunque es justo reconocer que la síntesis se escora ligeramente a favor de la dimensión estructural-organizativa.

Teoría del proceso político

Doug McAdam fue el primero en codificar la teoría del proceso político, lo que realizó en su estudio clásico del auge y la declinación del movimiento de los derechos civiles (1999 [1982]). Desde entonces han aparecido adiciones y modificaciones, las más notables de las cuales son el concepto de *repertorios de contienda* de Tilly (1986) y la idea de *encuadre de la acción colectiva* (Snow, Worden, Rochfordd y Benford, 1986). No hay duda de que la teoría del proceso político es la lengua franca entre los investigadores que estudian los movimientos sociales desde perspectivas enfocadas en la política, pero también proporciona un pequeño espacio para elementos de los procesos interpretativos y culturales y una visión básica de la cultura.

La figura 3.1 condensa un inmenso cuerpo de investigación en sus componentes fundamentales, representados por las cuatro casillas principales, no sombreadas, a la izquierda. El objetivo final es la movilización política contenciosa, quinta casilla, a la derecha. El modelo permite que a veces las OMS persigan una combinación de estrategias institucionales y no institucionales. La flecha en negrita en la base de la figura va directamente a la casilla de la movilización contenciosa y evita los componentes intermedios. La influencia causal progresa desde diversos

elementos de la estructura y del contexto políticos, en el lado izquierdo, a la movilización, del lado derecho, con tres elementos constitutivos esenciales en el medio, cuya influencia varía en función del movimiento en estudio. Es preciso decir que estos factores intermedios, tomados en conjunto, representan focos de investigación fundamentales para los estudiosos que se inspiran en el modelo del proceso político.

Para empezar, hay dos casillas sombreadas detrás de los elementos principales del modelo de proceso político. Su presencia en el gráfico se debe a que la perspectiva del proceso político da casi siempre por supuestas dos fuerzas sociales fundamentales y generales que subyacen a los elementos causales concretos. En primer lugar, a la izquierda, detrás de la casilla de las oportunidades y/o

Figura 3. Proceso político de la movilización social

amenazas políticas, identificamos el papel de amplios cambios sociales. En el nivel más básico, se menciona lo que se considera que son los mecanismos iniciales del proceso de movilización; reflejan una orientación macrosociológica y estructural presente en muchas aplicaciones de la teoría del proceso político. Aunque puedan parecer muy alejadas del movimiento propiamente dicho –como la reestructuración económica fundamental, el cierre de antiguas industrias o el paso a la producción global, los cambios en el equilibrio de poder internacional o las guerras tecnológicas–, su influencia causal entra en la ecuación en la medida en que dan nacimiento a nuevos intereses o amenazan a los antiguos. La segunda casilla representa las influencias que los cambios en la opinión pública y los discursos culturales predominantes pueden ejercer sobre la movilización.

Oportunidad y/o amenazas políticas

La casilla de las oportunidades/amenazas políticas, a la izquierda del gráfico, enumera ocho maneras básicas en que las oportunidades y las amenazas pueden llegar a estimular la movilización. Glodstone y Tilly (2001) sugirieron que el Estado siempre iguala oportunidades y amenazas combinando concesiones a unos grupos con represión a otros. Análogamente, los grupos del movimiento sopesan los elementos de la combinación para decidir sus respectivos cursos de acción. Estos elementos pueden ser sutiles, como indicios de la concesión de exención fiscal a una OMS (oportunidad) o de su revocación (amenaza) o bien, de modo más evidente, la detención de sus dirigentes, lo que podría tanto alentar la movilización como frustrarla. Las amenazas son lo contrario de las oportunidades y, cuando se producen, ya sea por modificación de las políticas estatales, ya por alteración de los contextos políticos, pueden azuzar la acción colectiva para impedir tales cambios. Estos movimientos tienden a ser conservadores, reactivos y de derechas. A veces son contramovimientos cuyo objetivo es defender intereses o estatus amenazados. Por ejemplo, Van Dyke y Soule (2002) observan que los grupos paramilitares de derechas de Estados Unidos se formaron en reacción a las amenazas políticas y económicas procedentes de la pérdida de empleo en la industria y la agricultura, así como a los cambios culturales en los roles de género. Sin embargo, normalmente las amenazas no son suficientes por sí mismas para dar lugar a una movilización, y en los regímenes no democráticos lo más común es que la amenaza en forma de represión estatal inhiba la protesta, excepto cuando es desproporcionadamente violenta, lo que a veces conduce a la movilización. Eso es exactamente lo que ha sucedido en la guerra civil siria. Se ha sugerido que estas combinaciones de oportunidad y amenaza deben considerarse «señales» que se envían a los movimientos, y que la percepción de esas señales es decisiva a los efectos de la oportunidad política (Minkoff y Meyer, 2004).

De los ocho ítems enumerados en la casilla de oportunidades/amenazas, los seis inferiores representan el amplio consenso que, sobre la base de la lista de McAdam (1999 [1982]), existe entre los estudiosos del proceso político acerca de los factores influyentes.

- Estrategias predominantes de control social. Algunos Estados y/o niveles locales de gobernanza son democráticos; otros, no. Algunos ejercen un fuerte control social por medio de la policía y las fuerzas de seguridad; otros, no. Allí donde un régimen político cae en la variable de control social se crea un elemento fundamental de oportunidad/amenaza.
- Los cambios en el acceso a la élite representan otro elemento de consenso. Se refiere al modo en que los cambios que realiza un régimen político para aumentar los puntos de acceso internos para los grupos contestatarios puede afectar los niveles de movilización. En la práctica, los efectos de esta variable dependen en gran medida de otros factores. Por un lado, si el mayor acceso a la élite es superficial o limitado, puede intensificar las percepciones de que la resistencia de la élite se debilita o se resquebraja (véase el ítem siguiente) y que las probabilidades de éxito son mayores. Esto, a su vez, estimula los esfuerzos por intensificar la movilización mediante una nueva interpretación de las posibilidades. Por otro lado, si el acceso a las élites responsables de la política es real, el efecto puede ser el decrecimiento de la movilización de protesta, porque las estrategias institucionales son más directas, eficaces y menos costosas. Esta dimensión de la oportunidad pone de relieve un hilo común en ciertos enfoques del proceso político, el de que la manera en que se perciben las oportunidades debe incluirse como un factor de la ecuación.
- Divisiones de la élite. Una situación común en la política contemporánea es que los actores de la élite se disputen el poder entre sí. Cuando la división de la élite dominante es significativa, crea oportunidades para los movimientos políticos porque la atención de la élite se centra en sus luchas intestinas e intrigas palaciegas. Esto también alienta la sensación de que la resistencia de la élite a los contestatarios comienza a fracturarse. La variable de divisiones de la élite es relativa en el sentido de que en la cumbre siempre hay competencia por el poder, incluso en los regímenes autoritarios más cerrados y represivos, como hemos visto en el cambio de liderazgo en el Partido Comunista Chino en 2012, pero cuando la lucha se hace tan intensa que termina afectando las funciones de control social se abren oportunidades para el cambio.

- Aliados de la élite. El factor anterior plantea la posibilidad de que algunas élites políticas se dirijan a impugnadores externos en busca de apoyo en su aspiración al poder. Hemos analizado ya que los sistemas parlamentarios multipartidistas ofrecen más oportunidades de participación ciudadana. También en los regímenes represivos, las divisiones entre las élites gobernantes adoptan con frecuencia la forma de intransigentes contrarreformistas. Estos últimos pueden abrir oportunidades para que los grupos contestatarios incrementen su apoyo público en los niveles locales y presionen al partido gobernante.
- Ya se analizó la aplicación variable de políticas como factor regional de estructura de un régimen. En Estados Unidos hemos visto su influencia en relación con la aplicación variable del derecho de voto en el Sur segregacionista. Otra vez este factor también funciona en regímenes represivos como el de China, donde en la provincia sureña de Guangzhou se deja un margen mucho más amplio a las organizaciones ciudadanas y las protestas locales. Análogamente, el Estado Chino sustituye su represión de las protestas por la arena política. Después del terremoto de Sichuan, en 2008, los padres que habían perdido sus hijos en el derrumbe de las escuelas, tomaron las calles para protestar contra la construcción de mala calidad. Muchas de esas protestas fueron permitidas, pero no todas, y la selección de la represión estaba a menudo dirigida a los dirigentes locales. Es un buen ejemplo de la combinación de señales de oportunidad y de amenaza que envía el Estado.
- Cambios en la apertura de los medios. Es común que los movimientos sociales «sean noticia por hacer ruido», con la justificación estratégica de que la cobertura mediática atrae a los públicos ocasionales y a quienes deberían estar favorablemente dispuestos, pero que hasta el momento se han mantenido inactivos. La cobertura mediática favorable puede influir en la opinión pública, la cual, a su vez, influye en los políticos y los responsables últimos de la política. La libertad de prensa es una medida importante de apertura. Los regímenes autoritarios, como el de China, tratan de limitar lo que sale en las noticias. En 2011, el Ministerio de Propaganda de China impuso duras restricciones a las informaciones sobre la Primavera Árabe. Por temor a que las

informaciones relativas a calles llenas de manifestantes que exigían democracia alentaran movilizaciones similares en China, se puso bajo severa vigilancia las noticias periodísticas y por internet, aunque la realidad es que estas se filtraban a través de servidores de internet de Hong Kong y del extranjero.

Procesos de encuadre

La casilla de los procesos de encuadre representa una manera en que el modelo de proceso político incorpora elementos de la esfera interpretativo-intencional en la ecuación causal. Específicamente, la acción colectiva se encarna en discursos culturales más amplios e históricamente específicos. Por ejemplo, los temas de orientación sexual y los derechos a ella asociados no se discutían para nada en los foros públicos de hace cien años, como tampoco se hablaba en ellos de los esfuerzos de movilización para hacer públicas sus reivindicaciones. Para pasar de las tendencias culturales generales a la acción colectiva concreta, la teoría del encuadre identifica tres procesos interpretativos básicos que tienen que darse necesariamente (Snow y Benford, 1988). En primer lugar, los líderes deben desarrollar un *marco de diagnóstico* que identifique el problema de tal manera que sea significativo para una masa crítica de personas. Luego, han de llegar a evaluaciones de qué es lo que se ha de hacer, el *marco de pronóstico*, que especifica de qué manera la gente debería actuar colectivamente y define los contornos del movimiento. Por último, debe desarrollarse un *marco motivacional* que contribuya a la tarea movilizadora de llevar gente a las calles.

El encuadre es una perspectiva importante en el campo de investigación del movimiento social que pone el énfasis –como se expuso en el capítulo 1– en los elementos ideacionales e interpretativos de los movimientos. Se relaciona estrechamente con el concepto de ideología en tanto que las ideologías sistemáticas también diagnostican problemas, realizan pronósticos de lo que se ha de hacer y aportan motivación para la acción. El

concepto de encuadre amplía la idea de *liberación cognitiva* de McAdam, que aludía al modo en que los participantes del movimiento deben romper con viejas maneras de pensar. Establecer nuevos marcos de interpretación es un proceso fundamental por el que la gente puede llegar a ver con nuevos ojos las antiguas injusticias. Gran parte de la investigación sobre el encuadre parte del supuesto de que los líderes y los activistas del movimiento, que a menudo planifican la estrategia entre ellos, llegan a encuadres de temas e ideas del movimiento con el fin de motivar las acciones y atraer nuevos simpatizantes. Por supuesto, la otra cara de la moneda es que las pautas culturales y la opinión pública también conforman la manera en que un movimiento encuadra su mensaje. Snow y Benfolrd (1992) introdujeron el concepto de *marcos maestros* para captar la influencia de amplias pautas de valores y creencias que sostiene el público general y que influyen en la manera en que se forjan los marcos de acción colectiva. Los movimientos capaces de conectar sus mensajes con marcos maestros dominantes tienen mayores probabilidades de éxito (Diani, 1996). Para defender el acceso al aborto legal en Estados Unidos, el movimiento abortista presentó sus argumentos en términos de «marco de derechos al aborto» que se incluyó en un marco maestro más amplio de derechos del ciudadano, surgidos a su vez del movimiento por los derechos civiles y el movimiento feminista, que emplearon concepciones de derechos civiles ampliamente reconocidas y aceptadas por los tribunales de justicia y por la Constitución de los Estados Unidos.

Repertorios de contienda

El desarrollo de las formas modernas de protesta fue un proceso histórico-cultural que comenzó en el siglo XIX y que en el XXI abarca un amplio repertorio de acciones ampliamente compartidas y comprendidas como acciones apropiadas: marchas, discursos, reuniones, sentadas, huelgas, cánticos, etc. Los repertorios, lo mismo que el encuadre, reciben la

influencia de patrones culturales compartidos, concepciones de lo que es correcto y adecuado y maneras de hacer las cosas.

En el repertorio moderno, los grupos del movimiento realizan elecciones estratégicas y tácticas sobre la manera de lograr sus objetivos. Pero desde una perspectiva internacional se percibe una sorprendente continuidad en el repertorio moderno, con independencia del contexto nacional. Los elementos del repertorio moderno son formas de protesta modulares que se difunden ampliamente a partir de otros movimientos y a través de ciclos de protesta (Tarrow, 1989). Influyen en las decisiones estratégicas sobre la combinación de acciones no violentas y violentas, relaciones con los medios de comunicación y relaciones con otros grupos, tanto moderados como extremistas (el «flanco radical» de un movimiento). Sin embargo, cuando los manifestantes toman las calles y se enfrentan a la policía o a contramanifestantes, no es raro que los acontecimientos adopten un curso que ninguna de las planificaciones tácticas del mundo habría podido predecir. Así, la escenificación real de un repertorio, antes que estar completamente determinada por el fondo preexistente de tácticas procedentes de otros movimientos, está más bien orientada en diversos e importantes sentidos por dicho fondo, que es en realidad una base sobre la cual se innova. En la práctica, el repertorio recibido es renovado constantemente.

Estructuras de movilización

El papel central de las organizaciones preexistentes es uno de los descubrimientos más duraderos acerca de la movilización social. Las *estructuras de movilización* son «los vehículos colectivos, tanto informales como formales, a través de los cuales la gente se moviliza y se compromete con la acción colectiva» (McAdam, Tarrow y Tilly, 1996). Las estructuras de movilización se basan en los grupos y las asociaciones que constituyen la sociedad civil y en los que la gente se reúne cotidianamente. Pueden ser de carácter político, de clase, religioso y/o étnico, y dada su condición de

preconstituidos, son vehículos ya listos para que sus miembros los empleen para defender sus intereses. Las estructuras de movilización también modelan en parte las percepciones de la oportunidad, los procesos de encuadre y los repertorios de contienda, como describe la dirección de las flechas de la figura 3.1. La afiliación a estos grupos preexistentes crece y decrece de acuerdo con la opinión pública, las pautas culturales y las tendencias predominantes, que es lo mismo que ocurre con el grado en que estas organizaciones nutren de miembros a las OMS.

McAdam (1999 [1982]) empleó la expresión «organizaciones originarias» para expresar la idea de que el movimiento por los derechos civiles creció a partir de organizaciones ya constituidas en la comunidad negra. La NAACP (Asociación Nacional por el Progreso de las Personas de Color) el CORE (Congreso de Igualdad Racial) y la FOR (Hermandad para la Reconciliación) trabajaron por una mayor igualdad racial con presión política en nombre de los intereses de los negros. Pero también había grupos y organizaciones cuyo significado político descansaba en un potencial aún por desarrollar. Antes de 1930, aproximadamente, en todo el Sur las universidades para negros eran pequeñas y estaban insuficientemente financiadas, pero a partir de entonces crecieron rápidamente, sobre todo después de 1940. Este desarrollo se debió al incremento del sostén financiero que les brindaron iglesias, fundaciones, el United Negro College Fund y, sorprendentemente, los gobiernos de los Estados del Sur, que vieron en ellas una manera de estimular la segregación. En lo concerniente al movimiento por los derechos civiles, estas instituciones aportaron en todo el Sur cuadros de activistas entregados a la causa.

Otra estructura de movilización para el movimiento por los derechos civiles fue la iglesia afroamericana en el Sur. La iglesia fue el vehículo asociativo más extenso y desarrollado para los negros del Sur. Según E. Franklin Frazier, «como resultado de la eliminación de los negros de la vida política... la iglesia negra se convirtió en el terreno de su actividad política». Y sigue diciendo Frazier que, para los hombres en busca de poder y estatus en la comunidad negra, la política de la iglesia era especialmente importante (Frazier, 1963: 43). El estudio de Morris sobre los orígenes

organizacionales del movimiento por los derechos civiles (1984) concede especial importancia al lugar de la iglesia en las primeras fases del movimiento, como el boicot a los autobuses en Montgomery a partir del cual surgió la Asociación por el Progreso de Montgomery y, más tarde, la SCLC, Conferencia de Líderes Cristianos del Sur.

En el Sur de Estados Unidos, la represión de los derechos civiles y políticos de los negros era extremada. Pero también en otras situaciones de represión se encuentran tempranas estructuras de movilización basadas en la iglesia. En Cataluña y en el País Vasco (bajo el régimen autoritario franquista en España), en Lituania y Ucrania (contra los soviets) y en Polonia y Alemania Oriental (contra los comunistas), las élites gobernantes permitieron la existencia de las iglesias porque las veían (erróneamente) como alternativas seguras a las actividades políticas. Lo mismo que en el Sur de Estados Unidos, esto dio lugar a aperturas que los activistas pudieron aprovechar (Johnston, 1991; Johnston y Mueller, 2001). Tal vez esto mismo esté ocurriendo en este momento en China en lo que respecta a sus políticas relativas a las iglesias cristianas en rápido crecimiento, en particular las iglesias en casas particulares (Vala y O'Brien, 2007; Johnston y Carnesecca, 2014). Las conclusiones a extraer son: 1) que aunque estas estructuras de movilización no sean OMS propiamente dichas, y sus principios de organización sean a veces apolíticos, casi siempre los movimientos contestatarios tienen sus raíces en grupos sociales preexistentes; y 2) que al permitir la existencia de estos espacios libres, las élites crean unas oportunidades políticas de movilización de consecuencias imprevisibles.

Estructura, cultura y política contenciosa

Es justo decir que la teoría del proceso político ha proporcionado el principal epígrafe para comprender los movimientos sociales desde comienzos de la última década del siglo XX. Aun cuando en este período se haya debatido, por un lado, sobre la subestimación de los procesos culturales e interpretativos de esta teoría (Goodwin y Jasper, 2004) y, por

otro lado, sobre el cálculo racional de costes, beneficios y umbrales (Lichbach, 1997), lo que ha dominado las agendas de investigación de la disciplina son los conceptos de proceso político. Una de las razones que explican esto es el simple hecho de que casi todos los movimientos tienen lugar en sistemas estatales y se proponen influir en los resultados políticos y/o en la concepción misma de la política (Johnston, 2011). Sin embargo, la complejidad del modelo que se presenta en la figura 3.1 es desalentadora y mueve a preguntarse si la ciencia social no puede hacer algo mejor. Un objetivo ampliamente compartido de los científicos sociales es la búsqueda del modelo explicativo más claro y simple posible. Como la perspectiva del proceso político no ha hecho ningún esfuerzo de imaginación para regalarnos cierta «frugalidad teórica», fue objeto de críticas en varios aspectos.

En primer lugar, sobre el concepto de oportunidad política, varios observadores han advertido que es tan amplio e inclusivo que termina por decirnos muy poco. De acuerdo con Gamson y Meyer (1996: 275), corre el riesgo de ser una «esponja que absorbe prácticamente todo aspecto del medio que rodea al movimiento social... y cualquier trivialidad que se presente». Entre los ejemplos de sugeridas «oportunidades políticas» que extienden la definición, podemos mencionar: 1) la forma y la popularidad de los movimientos anteriores (Minkoff, 1997); 2) la apertura ideológica de los partidos políticos (Amenta y Zylan, 1991; Kriesi y otros, 1995; Rucht, 1996); 3) alianzas internacionales, presiones y regímenes (McAdam, 1999 [1982]; Smith, 2008); y 4) las «oportunidades discursivas» (Koopmans y Statham, 1999, en referencia a tendencias culturales, ideas y lenguaje propicios.

En segundo lugar, siempre que el analista busca acontecimientos positivos en la trayectoria de un movimiento, corre el riesgo de incurrir en tautología. La marcada tendencia a encontrarlos es esencial para su éxito. ¿Es de verdad cualquier desarrollo positivo una oportunidad política para un movimiento social? Además, puesto que no hay nada que sea una oportunidad negativa, resulta forzoso perseguir también amenazas. La búsqueda de oportunidades es en gran medida un análisis *ex post facto* que corre el riesgo de disminuir los casos negativos que permitirían verificar el

concepto. Por lo demás, es difícil identificar oportunidades antes de que los activistas las aprovechen. La idea de que las oportunidades abiertas son buenas para la movilización de la protesta y que, en su ausencia, el resultado es negativo, nos aporta muy poca cosa que no sea obvia.

En tercer lugar, el análisis topa con una cualidad estática en la medida en que las «oportunidades» de movilización que presenta el Estado son estructuras relativamente fijas y como tales captadas por los participantes del movimiento. Los movimientos interactúan con el Estado y con contramovimientos en una danza estratégica (Meyer y Staggenborg, 1996). Además, los movimientos pueden crear sus propias oportunidades (Casquette, 1996; Ramos, 2008), como cuando protestas gigantescas provocan divisiones entre las élites acerca del tratamiento que han de dar a las demandas populares. En la figura 3.1 no hay espacio para ese tipo de dinamismo. En los últimos años, esta crítica ha conducido a ciertos investigadores, sobre la base de la perspectiva de las dinámicas de contienda de McAdam, Tarrow y Tilly (2001) y McAdam y Tarrow (2011), a un enfoque más inspirado en el proceso y la dinámica. Es un proyecto que llega a los movimientos sociales desde otro ángulo y que trata de identificar procesos y mecanismos generales presentes en todos los ejemplos de desarrollo de un movimiento. Por ejemplo, con respecto a las estructuras de movilización, se trataría de identificar mecanismos mediante los cuales los miembros de un grupo eclesial terminan siéndolo de una OMS. Cómo se produce tal cosa introduce en parte procesos cultural-interpretativos de definición de grupo, conformidad e imposición de fronteras por los grupos contendientes, todos ellos temas que se tratarán en el capítulo siguiente. Otros mecanismos básicos serían la manera en que los contactos entre distintas OMS se articulan en un movimiento, o en que las percepciones de oportunidades y de amenazas pueden intensificarse y diverger.

En cuarto lugar, un gran cuerpo de investigación destaca la importancia de los recursos en la movilización. Los teóricos del proceso político, con el fin de distinguirse de sus antecesores conceptuales de la perspectiva de la MR, han arrojado el bebé junto con el agua del baño, por así decirlo, al minimizar el papel de los recursos. Supuestamente, los recursos entran en la ecuación a través de la casilla de las estructuras de movilización, pero estas

se refieren preferentemente a las pautas organizativas de reclutamiento y no al papel determinante del dinero, la perspicacia de la organización y los recursos en el éxito de un movimiento (Ramos, 2008; Jasper, 2012).

Por último, pese a los intentos de sintetizar factores estructurales e interpretativos, estudiosos de primera línea, como Goodwin y Jasper (2004), han comentado que el concepto clave de la teoría del proceso político –las oportunidades políticas– lleva ínsitos prejuicios que oscurecen las influencias culturales, sociopsicológicas, cognitivas y emocionales. Algunos investigadores han sugerido un número de oportunidades «blandas» basadas en la percepción y la construcción social, como «estructuras de oportunidad discursivas» (Koopmans y Statham, 1999), pero esto nos devuelve a nuestra primera crítica del carácter esponjoso del concepto y amplía más aún un concepto de por sí demasiado vago. ¿No sería mejor abandonar el marco del proceso político para entender mejor en qué contexto los procesos de construcción social son plenamente pertinentes?

Es precisamente esto lo que hago en el próximo capítulo sobre el «movimiento cultural». En él analizo movimientos en los que el mencionado apotegma de Thomas –«Si se define algo como real, sus consecuencias son reales»– ocupa el primer plano. En este capítulo, sin embargo, predomina la afirmación de Marx en *El dieciocho Brumario*: «Los hombres [y las mujeres] hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio». Las estructuras políticas modelan la movilización de muchas maneras en muchos tipos de movimientos sociales limitando la gestión y las elecciones humanas, pero no en todos de modo estrictamente determinante.

4. ¿Qué es un movimiento cultural?

En este capítulo surcaré las turbias aguas de la cultura y la política. ¿Por qué turbias? En parte por la naturaleza ubicua de la cultura. Para decirlo sencillamente, fuera de la cultura no hay nada. Ningún agrupamiento social, ninguna institución social ni ninguna OMS puede tener más ni menos cultura que otras, porque todas son entera y rabiosamente culturales (Norton, 2004: 2) Además, la cultura es un proceso en continuo devenir. Nuestras acciones no solo reflejan la cultura, sino que también la reafirman y la recrean. Por esta razón es tan difícil medir y rastrear sistemáticamente las influencias culturales. Para complicar aún más las cosas, los movimientos sociales tienen sus propias culturas, que, incorporadas a la cultura general, toman de esta algunos aspectos mientras que desafían o rechazan otros, a la vez que con su acción le van introduciendo pequeñas modificaciones. Por último, las aguas son turbias debido a la sinergia de cultura y política; por ejemplo, el islam político, la disputa en torno al matrimonio gay o el aborto y la constante intrusión de la religión en el discurso político, en especial en Estados Unidos. El último punto plantea la cuestión de la relación entre los factores culturales y la contienda por el poder y la influencia sobre la base del interés.

No cabe duda de que hay movimientos impulsados por puros y duros conflictos de intereses entre los contestatarios y sus puntos de mira. Pero otros cargan el énfasis en la identidad, la comunidad y causas por delegación, como las campañas por los derechos de los animales o contra la caza de ballenas, en las que los intereses parecen distantes de la vida cotidiana de los protagonistas. Es completamente plausible que la investigación acerca de ciertos movimientos que residen principalmente en el dominio de la política contenciosa *tenga menos necesidad* de herramientas de análisis cultural. Dicho en otras palabras, en la medida de

la importancia que los intereses, el poder político y la estructura tengan para la cohesión interna y la movilización de un movimiento social, estos mismos factores parecen limitarlo y hacer que sus ideologías, procesos interpretativos y artefactos culturales sean menos abiertos, resulten menos susceptibles de analizar sobre la base del proceso y, en consecuencia, pierdan centralidad en la ecuación causal, pero, me arriesgaría a decir, nunca al punto de llegar a ser *completamente prescindibles*. La otra cara de la moneda es precisamente el tema de este capítulo, o sea, la existencia de ciertos movimientos para los cuales son básicos los procesos culturales de funcionamiento a través de ideas e identidades.

Es preciso tener mucho cuidado a este respecto, pues sus consecuencias son muy importantes para la comprensión de los movimientos sociales. Cuando los intereses parecen ser muy claros e inequívocos, existe el peligro de relegar del escenario los procesos culturales, con lo que se corre el riesgo de descartar demasiado pronto explicaciones alternativas. Por ejemplo, para el caso del boicot a los autobuses de Montgomery de 1954-1955 se aceptaron ampliamente las explicaciones sobre la base de los procesos políticos. Los estudiosos reconocen en el boicot la chispa inicial del movimiento por los derechos civiles de los negros en Estados Unidos, al que se han aplicado ampliamente las explicaciones inspiradas en la perspectiva de los intereses y la oportunidad, como la de los cambios estructurales después de la Segunda Guerra Mundial y el cambio en las oportunidades políticas que se produjo en ese período. Pero Shultziner (2013) sostiene de modo convincente que las causas originarias del boicot no fueron los cambios estructurales, sino las experiencias compartidas sobre el terreno y las definiciones emergentes del agravio y la injusticia entre los usuarios de los autobuses en Montgomery. Este autor presenta palmarias evidencias de que, justamente antes del boicot, las experiencias colectivas de humillación y de vergüenza se habían incrementado notablemente en los autobuses y que una observación atenta de lo que los blancos decían a este respecto muestra con claridad por qué el boicot ocurrió cuando ocurrió. La conclusión es que las tendencias a centrarse en interpretaciones basadas en la oportunidad política implican la eliminación de importantes datos compensatorios de la interacción y la interpretación.

A este respecto, mi estrategia consiste en abordar los movimientos con un fuerte énfasis cultural, con el fin de compensar el foco centrado en los intereses, las oportunidades y las amenazas. Si bien de tanto en tanto los temas culturales resultaban visibles entre los investigadores (Johnston y Klandermans, 1992; Johnston, 2009), en general han estado entremezclados en el telón de fondo del campo disciplinario. Sin embargo, en la última década ha habido indicios de que esto puede estar cambiando. Se ha producido un renacimiento del interés de la investigación por la experiencia colectiva y la construcción social de las emociones, los nuevos enfoques de encuadre, los aspectos performativos de la movilización y las perspectivas narrativas y textuales (Johnston, 2009). Asimismo, ha habido un renacimiento del interés por los elementos dinámicos y orientados al proceso de la política contenciosa (McAdam, Tarrow y Tilly, 2001; McAdam y Tarrow, 2011), que, aunque sin ser por sí mismo culturalista, enfatiza los procesos generalizables y el desarrollo de los mecanismos del movimiento, e invariablemente brinda al análisis elementos de construcción social, interacción y definiciones colectivas. Son ramas separadas, sin duda, pero todas se centran en la intersección de las esferas ideacional-interpretativa y performativa del análisis –recuérdese el capítulo 1– y alejan la disciplina del foco exclusivamente estructural-organizativo.

Cultura del movimiento social

Hace ya mucho tiempo que los investigadores del movimiento social han reconocido que los artefactos culturales desempeñan importantes papeles en los procesos de movilización. El concepto de artefacto se refiere a producciones culturales concretas, a menudo materiales, tales como los artefactos musicales, poéticos, literarios, teatrales, operísticos, pictóricos y escultóricos de «alta cultura». Los movimientos nacionalistas del siglo XIX dieron muchas veces nacimiento a música y literatura inspiradora de movimientos de independencia política. En la actualidad encontramos sus homólogos en la cultura popular: rimas, grafitis, canciones folklóricas,

logos, música popular e imágenes icónicas como las del Che y Guy Fawkes. Las canciones del movimiento por los derechos civiles y el movimiento obrero (Eyerman y Jamison, 1998; Rosigno y Danaher, 2004; Rosenthal y Flacks, 2012) fueron importantes elementos de movilización. La poderosa y bien tallada imagen de los héroes de la clase trabajadora de los carteles socialistas y comunistas, los grafitis de la izquierda sudamericana que todo lo invaden y los versos que desafiaban a los censores soviéticos (y que a menudo llevaban a los poetas a la cárcel) son elementos marcadamente simbólicos. Representan las ideologías y las injusticias que animan su producción, así como los marcos de acción colectiva que desarrollan en la medida en que otros compartan sus interpretaciones. Estos elementos son capaces de provocar fuertes emociones e inspiran y reflejan temas de injusticia y de lucha. Una de las visiones más importantes que la sociología cultural puede ofrecer a los estudios de la protesta es que esos artefactos tienen papeles decisivos en la activación de los movimientos sociales. Pueden adquirir «vida propia» porque a menudo son portadores de un elenco prescrito de respuestas adecuadas (Latour, 1987). Aunque en distinto grado, los artefactos también requieren la complicidad activa de una audiencia para liberar su significado. Puesto que a menudo los artefactos tienen una cualidad material, es fácil perder de vista el hecho básico de que su poder de movilización depende de cómo los interpreten sus respectivos públicos.

El arte como artefacto

Es verdad que la mayoría de los investigadores del movimiento social no tiene los artefactos de la cultura –ni la alta ni la popular– como temas centrales de interés, pero también es cierto que muchos de ellos reconocerían que la música puede llegar a ser un móvil especialmente poderoso, y de hecho es probablemente el que más se ha estudiado. La música ha sido un elemento capital en muchos grandes movimientos, como el movimiento obrero, el de los derechos civiles, el del socialismo en Chile,

diversos movimientos etnonacionalistas y el anarcopunk (Denisoff y Peterson, 1973; Halker, 1991; Eyerman y Jamison, 1998; Rosigno y Danaher, 2004; Rosenthal y Flacks, 2012). Es verdad que, en ciertos movimientos, las canciones, los himnos y la magnitud simbólica de un músico o un grupo musical son tan importantes que considerar la música *solo* como un artefacto –esto es, una vez liberada de las fuerzas causales reales– o *solo* como recurso de construcción de solidaridad, es errar el blanco. Siguiendo a Rosenthal y Flacks (2012), la música no opera únicamente como constructora de identidad colectiva, transmisora de información o preservadora de la tradición, sino que puede ser también parte constitutiva del despliegue de la propia performance del movimiento. La importancia de la música y las canciones reside en que con ella los participantes estimulan su solidaridad y dan contenido emocional a la resistencia. La importancia de la música también es cincelada por los oponentes al movimiento.

En el movimiento democrático checoslovaco (1968-1989), las canciones de la banda de rock Plastic People of the Universe tuvieron particular resonancia entre los jóvenes. En el período inmediatamente posterior a la Primavera de Praga, cuando el movimiento se replegaba tras la derrota que le infligiera la invasión rusa, la banda fue adoptada como símbolo de resistencia. Era algo curioso, pues durante su carrera profesional, que cubrió veinte años, solamente una pieza de su repertorio podría considerarse abiertamente política. Al grupo, el poder político le venía de su audiencia y de la manera en que esta percibía la reacción del Estado. La línea dura del régimen comunista en Checoslovaquia consideró peligrosa a la banda y en consecuencia le atribuyó, en tanto oposición, una importancia que la banda no había buscado. En palabras del administrador de la banda, «No éramos más que una banda de frikis que tocaba rock and roll... Era problema del gobierno y del partido comunista que no les gustáramos. No les gustaba nuestra estética porque era occidental: pelos largos, capitalismo» (cita tomada de Pareles, 2007). Vaclav Havel, dramaturgo, activista disidente y más tarde presidente de Checoslovaquia, apoyó a la banda, uno de cuyos álbumes se grabó en su granja. Es perfectamente posible que, sin la atención que le prestó el Estado, la banda hubiese pasado sin pena ni gloria

como una simple nota al pie en la historia de la cultura popular checa, pero su politización incrementó la importancia de la audiencia, que en este caso comprendía tanto al público como al Estado. Disidentes, estudiantes y jóvenes, agentes de policía y miembros del Partido Comunista, todos, atribuían a la música significados tales que la convirtieron en símbolo la oposición.

Cuando la represión es dura, la producción artística suele constituirse en un elemento central de la *cultura de oposición*, en particular en las etapas iniciales del desarrollo del movimiento. En gran parte, la centralidad de su papel se debe, en primer lugar, a que la creatividad y las libertades artísticas se llevan mal con el control autoritario; y, en segundo lugar, a que la ambigüedad del mensaje y la popularidad de los artistas les hacen muchas veces difíciles de reprimir (Johnston y Mueller, 2001). Los teatros checos, por ejemplo, también se identificaban con la oposición a través de sus vínculos con la comunidad disidente. Los teatros eran focos esenciales para la organización del Foro Cívico, el principal grupo disidente que firmó la Carta 77 (Goldfarb, 1980). Las obras de teatro empleaban un lenguaje de oposición «claro para los espectadores simpatizantes, pero ininteligible para los cancerberos totalitarios de la cultura» (Oslzly, 1990). En particular entre los movimientos etnonacionalistas, como en Quebec, Cataluña, el País Vasco, Armenia y Georgia (bajo la URSS), tanto la alta cultura como la cultura popular incluían muchas veces aspiraciones políticas que encontraban escasa simpatía entre las élites políticas. Esto fue evidente en las canciones de Gilles Vigneault, Claude Léveillée y otros *chansonniers* (Quebec), Raimon y Lluis Llach (líderes de la *nova cançó* en Cataluña), y la música punk nacionalista de Negu Gorriak (País Vasco).

Pero es importante dejar claro que aun cuando la represión sea más ligera y las oportunidades políticas más abiertas, hay casos en que ciertos aspectos de la *cultura del movimiento* –principalmente sus artefactos musicales, gráficos y performativos– desempeñan papeles decisivos en la organización del movimiento y su movilización. Cuando los intereses y las reivindicaciones de un movimiento son menos claros y directos, así como cuando sus objetivos, identidad y solidaridad son complejos, el análisis del simbolismo de sus artefactos puede contribuir a la comprensión de las

motivaciones e interpretaciones de los participantes. Por ejemplo, el movimiento punk es en términos generales antisistema y muy heterogéneo, pero no presenta especificidad alguna en lo tocante a los intereses que lo motivan. Adjudica a la música, la vestimenta y sus presentaciones performativas papeles fundamentales por la manera en que desarrolla sus relatos de antirracismo, anarquismo, rebelión y comunidad (Moore y Roberts, 2009; Haenfler, 2006; Duncombe, 1997). En cambio, en los movimientos con intereses claros y demandas concretas –como el movimiento sufragista del siglo XIX o el contemporáneo de los trabajadores sin tierra en Brasil–, el arte y la música no ocupan el primer plano. No es que estén ausentes o que no sean temas adecuados de investigación, pero cuando se tienen en cuenta las principales fuerzas que movilizan a los participantes, parecen más bien la guinda del pastel. La combinación, por último, es una cuestión empírica que ha de ser dilucidada por la investigación.

El texto como artefacto

Cuando se alivia la represión o en los países en los que esta es menos rigurosa, el simbolismo de la música y el arte pierde importancia. La producción de artefactos de un movimiento puede transformarse en producción de formas textuales, porque el lenguaje se adapta mejor a la expresión de ideas complejas. Al igual que la música, el teatro y el arte, la producción lingüística de un movimiento –sus textos y su discurso– también son poderosos artefactos que sobreviven mucho tiempo después de su producción inicial y constituyen para el analista vías de acceso a los significados que los participantes les atribuyen. Hace muy poco que las ciencias sociales reconocieron la importancia de textos escritos y hablados como algo más que meros vehículos de ideas, reconocimiento que ha sido particularmente lento en llegar al estudio de los movimientos sociales. Entre las primeras investigaciones, Wuthnow (1989) observó los textos de la Reforma, la Ilustración y el socialismo europeo para dibujar los amplios

contornos de las comunidades discursivas. Johnston (1991), por el contrario, adopta un enfoque microscópico para analizar el discurso del movimiento –tanto relatos como folletos– a partir de perspectivas lingüísticamente informadas. Entre uno y otro, hay enfoques de alcance medio que observan la producción de textos de la organización como relatos con estructuras propias (Polletta, 2006a, 2009). En todos los casos, la captación del artefacto como tal se produjo centrando la atención en textos representativos, como los escritos de Lutero para la Reforma, llamamientos ampliamente distribuidos para protestar en ocasiones particularmente importantes para el movimiento (Johnston y Alimi, 2014), o documentos que captan el tema fundamental de un movimiento, como, por ejemplo, el detenido análisis de la Ley de Protección de Salarios que realiza Steinberg (1999: 114-117).

Así empleados, los textos abren el conocimiento a la forma de las conductas comunicativas de un grupo o a su discurso. El discurso, para decirlo sencillamente, es lo que se dice en un grupo, cómo se dice y cómo es interpretado. Aunque es heterogéneo y multifacético, también es el tejido conectivo de la existencia colectiva de un grupo. En este sentido amplio, la totalidad de las palabras y los significados de un grupo puede ser entendida como un texto que sus participantes convierten en conducta. A veces los teóricos culturales señalan la conexión entre toda acción simbólica en el interior de un grupo y la manera en que es «leída» por sus participantes. Esta perspectiva describe la totalidad de la cultura de un grupo como un «texto» o «discurso» (Norton, 2004: 22; Alexander y Mast, 2006: 15). En el máximo macronivel, hay discursos histórico-mundiales (*mentalités*, *Zeitgeist*) como la Ilustración, el islamismo, el liberalismo del siglo XIX y el neoliberalismo del siglo XXI, complejamente estratificados y con una dinámica interna propia. Se trata de discursos amplios (o *campos discursivos*) que influyen en discursos específicos de un movimiento y les dan forma, como el feminismo, la teología de la liberación o la ecología. Rochon (1998) señala que a menudo el nivel del movimiento refleja estos amplios elementos discursivos que resuenan en vastas capas del pueblo llano.

En términos prácticos, lo normal es que el análisis discursivo adopte como foco de estudio objetos más concretos, como panfletos, manifiestos, actas o colecciones de encuentros y sesiones estratégicas, eslóganes, registros organizativos, acciones de manifestantes políticos. En otras palabras, el texto escrito y hablado de un movimiento. Cuando un movimiento está estructurado en diferentes OMS, la producción textual de cada una de ellas forma parte del discurso multívoco del movimiento, reflejo típico de conflictos, luchas y divisiones políticas del medio social y cultural general. Muchas veces el análisis discursivo emplea la forma plural –*discursos*– para acentuar que aquello sobre lo que se discute y sobre lo que recae la acción nunca es unánime, sino con frecuencia contestado y negado por grupos de oposición. Las perspectivas discursivas contemporáneas también destacan el carácter emergente y activo de la producción textual, conocida de distintas maneras, como enfoque discursivo/retórico (Billig, 1992, 1995), giro retórico (Simon, 1990), o perspectiva dialógica (Steinberg, 1999). Estos enfoques ponen de relieve que todo significado depende enormemente de un contexto específico, es multifacético, se halla en permanente evolución y es objeto de discusión.

Un foco textual importante que ha hecho recientemente su aparición entre los investigadores del movimiento social es el de los relatos o las narraciones (los términos son intercambiables) que cuentan los participantes. El análisis narrativo es una subdimensión de un amplio enfoque discursivo y a menudo se centra en los convincentes relatos de injusticias o de la decisión de ponerse en pie y hacerse oír (Polletta, 2006a, 2009). Otras veces, los analistas observan los poderosos relatos de los que se apropian los movimientos para ser repetidos una y otra vez con el fin de provocar nuevas representaciones de las relaciones sociales y estimular la acción. Por ejemplo, a finales de la década de 1970, la oposición sandinista al régimen de Somoza en Nicaragua se inspiró en el relato de la lucha de Augusto Sandino contra la ocupación militar norteamericana unas décadas antes. La muerte de Sandino a manos del padre de Somoza hizo mucho más atractivo aún el relato. Análogamente, el levantamiento zapatista en Chiapas, México, en 1994, se inspiró en la iconografía del revolucionario mexicano Emiliano Zapata (Jansen, 2007). Selbin (2010) llama la atención

sobre la frecuencia con que las insurgencias, revoluciones y rebeliones etnonacionales emplean relatos de similar potencia, hecho muchas veces soslayado por los analistas que trabajan con perspectivas estructuralistas. No debería despreciarse su papel movilizador, ni siquiera en estos desafíos a gran escala sobre base estructural.

El poder tan especial de los relatos deriva de que toda persona que los oye reconoce en ellos una buena historia. En efecto, establecen la escena, ordenan las acciones, construyen tensiones hasta llegar a un clímax y luego lo envuelven todo con una evaluación moral. También les infunde poder el hecho de dejar tácitos o ambiguos determinados elementos, lo que atrae al público al acto narrativo con el fin de rellenar los vacíos. Para citar a Francesca Polletta, investigadora fundamental de la narrativa de los movimientos sociales: «Por tanto, estudiar sociológicamente los relatos es estudiar no solo los relatos, sino también la performance de los relatos» (2009: 38). Los científicos sociales del campo lingüístico y del antropológico han reconocido hace ya mucho tiempo que el hecho narrativo tiene algo de primigenio y de convincente. Por tanto, es común que también las instituciones dominantes tengan relatos que reflejen la lógica y los supuestos que les sirven de apoyo. También corren paralelos a otros relatos bien conocidos de una cultura que, al infundir tan eficazmente la cualidad de naturales a las relaciones del *statu quo,* excluyen cualquier otra posibilidad de acción, lo cual limita sutilmente el abanico de desafíos. En la medida en que un movimiento se oponga a las relaciones de poder existentes, tiene que ofrecer relatos que superen las limitaciones de la narrativa dominante. El argumento básico es que los buenos relatos son capaces de hacerlo, razón por la que los investigadores los consideran importantes. Son herramientas retóricas que pueden llegar a ser muy eficaces en la atracción de nuevos participantes, la creación de nuevas identidades, la construcción de solidaridad, la resistencia al adversario y la tolerancia al fracaso (Voss, 1998).

Movimientos culturales

El romanticismo fue una vasta corriente intelectual, literaria y artística del siglo XIX con amplias ramificaciones en el pensamiento social y la «alta cultura» del período: música, poesía y artes visuales. Nacido como reacción intelectual a los cambios producidos por la Revolución Industrial y la racionalización de la vida, el romanticismo cargó el acento en la naturaleza, las emociones, la experiencia artística, el heroísmo y la creatividad. Por un lado, compartía ciertas características de los movimientos sociales. Había espacios definidos en los que se lo organizaba, como, por ejemplo, la Universidad de Oxford y la de Heidelberg, que eran centros de poesía romántica. En diversas capitales de Europa había redes de artistas plásticos y salones literarios que proporcionaban un fundamento estructural al movimiento y había líderes ideológicos y provisión de recursos para sostener a sus practicantes y espacios para sus obras. Por último, eran evidentes sus efectos en el terreno político –por ejemplo, en forma de nacionalismo romántico–, pero esta era una consecuencia secundaria de las reflexiones ideológicas de las actividades creativas. Por otro lado, el romanticismo se diferencia de los movimientos de los que se ha hablado en el capítulo anterior por su poderoso foco ideacional y creativo, su falta de correspondencia directa con los intereses colectivos y un repertorio de performances distinto del moderno. No había manifestaciones ni marchas en defensa del romanticismo.

Más cercano a la época contemporánea, el movimiento hippie de los años sesenta del siglo XX también, y por las mismas razones, podría considerarse un movimiento cultural. Aunque, sin duda, con su interés por el sexo, las drogas, el rock and roll y su exuberancia rebelde, era intelectualmente menos refinado que el romanticismo, también proyectó su influencia a largo plazo en la cultura popular (en el individualismo, la informalidad, la moda, el entretenimiento, las creencias *new-age* y las costumbres sexuales). A pesar de no haber sido un movimiento intelectual en sentido estricto y de no haber poseído ningún plan estratégico ni organizaciones formales, tuvo discursos, ideologías e ideólogos propios (Ken Kelsey, Timothy Leary, Alan Cohen y Alan Ginsburg). También presentaba otras características propias de un movimiento, como, por ejemplo, sus nódulos centrales de red, como los Diggers, Drop City, The

Farm, y espacios para la formación de la identidad colectiva, como las numerosas comunas que servían de escalas a los hippies itinerantes, y los encuentros regulares (*be-ins*), y los conciertos (Bill Graham, Stewart Brand), verdaderas plataformas de las performances culturales del movimiento. Los medios de comunicación del movimiento eran diversos periódicos *underground*, como el *East Village Other*, el *Berkeley Barb* y el *Los Angeles Free Press*. En su forma más pura, el movimiento hippie rehuía la política, pero muy pronto varios de sus sectores se implicaron en las protestas contra la guerra y, debido a los choques con la policía –por ejemplo, el incidente de Peoples Park de 1969 y el de Resurrection City–, los elementos culturales de los hippies se unieron a la acción política, sobre todo a la de los yippies. Estos ejemplos ponen en evidencia una combinación de características típicas de los movimientos sociales ya analizada en el capítulo anterior, pero también tienden a destacar ciertos elementos extraños a ella. En primer lugar, la ausencia de claro foco político en su núcleo, lo que significa que conceptos tales como los de estructuras de movilización, canales de acceso político, el Estado y el control social son menos pertinentes (aunque no *impertinentes*). En segundo lugar –y en estrecha relación con el primer punto–, no son claros reflejos de intereses colectivos, injusticias apremiantes y/o demandas inmediatas como lo eran el movimiento norteamericano por los derechos civiles de los años sesenta o los movimientos antiautoritarios de la Primavera Árabe de 2011. En tercer lugar, se da en ellos un énfasis relativamente mayor en las ideaciones, los artefactos y los aspectos performativos de la movilización, como la música, la vestimenta y las experiencias compartidas. La consecuencia de esto es la pérdida de énfasis en elementos del repertorio típico del movimiento social, esto es, marchas, manifestaciones, discursos y reuniones de protesta. En cuarto lugar, se advierte una influencia relativamente mayor sobre la manera en que estos «movimientos» operan por medio de la opinión o las actitudes públicas, y no del cambio de legislación o de política. Se los define con toda rotundidad como movimientos de ideas y de performance antes que de intereses y de política. A pesar de estas diferencias, dadas la profundidad y la duración de los

impactos que producen en la sociedad, esos movimientos merecen con creces ser objeto de análisis de la ciencia social.

Movimientos religiosos

La dimensión espiritual de los movimientos religiosos implica que, en su forma más pura, eluden los problemas de intereses colectivos, económicos o de poder. Sin entrar en las creencias del lector acerca de lo invisible, para los científicos sociales dicha dimensión implica que los movimientos religiosos se basan sobre todo en la construcción social, la interpretación y la performance cultural. Pero también puede implicar que sus movimientos culturales –performances rituales, creencias, normas, identidades y dogmas que rigen el comportamiento de sus miembros– tienen en su organización un papel mucho más importante que en los movimientos sociales centrados en un problema específico o impulsados por intereses.

Los movimientos religiosos –o movimientos sectarios, como a veces se los denomina– tienen como principios fundamentales de organización cuestiones espirituales, la teología y la conversión de los infieles. A menudo se hacen fuertes, se organizan, reclutan nuevos miembros, planifican, montan estrategias y afrontan la resistencia de la misma manera en que lo hacen sus movimientos sociales emparentados. Sin embargo, los movimientos religiosos se aglutinan sobre todo en torno a interpretaciones de las escrituras, palabras de profetas o gurús e intereses espirituales, no de reivindicaciones, quejas o demandas colectivas que hunden sus raíces en la estructura social y en desigualdades mensurables. Cuando los movimientos religiosos se organizan y buscan recursos en el mundo terrenal –lo que todos han de hacer para subsistir– sus preocupaciones espirituales y relativas al otro mundo dan un paso atrás, mientras pasan a primer plano sus semejanzas con los movimientos sociales. Este es el momento en que sus actividades se convierten en tema de estudio de los investigadores del movimiento social, como cuando los distritos mormones de mi barrio

promovieron la iniciativa contra el matrimonio gay en California, la Proposición 8.

El movimiento mormón comenzó en Estados Unidos a principios del siglo XIX como un reducido culto religioso de creyentes. Se desarrolló bajo el liderazgo de Joseph Smith, quien proclamaba haber sido receptor de las profecías sobre las que edificó la nueva fe. Según se dice, estos primeros seguidores –su círculo de amigos y conocidos– estaban poseídos de fervor religioso y dedicación, pero también debieron enfrentar la sospecha y la persecución de sus vecinos, para quienes las enseñanzas de Smith eran locas y heréticas. Cuando, en el siglo XIX, cobró importancia, el mormonismo era un movimiento religioso en el pleno sentido de la expresión.

Sin embargo, aparte de estas preocupaciones puramente espirituales, muy pronto el grupo abrazó el dominio político en lo relativo a la primitiva práctica mormona de la poligamia. Para los mormones era una cuestión de dogma, pero los vecinos la consideraron objetable y aprobaron ordenanzas cívicas contra ella. Más tarde, cuando los mormones se trasladaron al oeste para defender sus creencias, escapar a la persecución y reivindicar su «Nueva Jerusalén» norteamericana, hubieron de afrontar, otra vez políticamente, problemas políticos relativos a la gobernanza de un nuevo grupo religioso minoritario y sus derechos constitucionales. La conclusión es que, aun cuando originariamente el mormonismo era un movimiento religioso, no pudo evitar la política. En la actualidad sería incorrecto etiquetar al mormonismo de «movimiento», debido a su tamaño y su institucionalización. Lo mismo que muchos movimientos sociales exitosos, se ha convertido en parte del paisaje social en modalidades menos controvertidas y contenciosas, aunque sus creencias lo impulsan a participar en política, como sucedió con su oposición al matrimonio gay o su apoyo a la campaña presidencial de Mitt Romney en 2012.

El ejemplo del mormonismo demuestra que algunas características de los movimientos solo se dan en las organizaciones religiosas, en particular los problemas internos relativos al reclutamiento, el compromiso, el construccionismo social y el encuadre. Lo normal es que las sectas religiosas comiencen siendo pequeñas escisiones de la iglesia principal,

pero las que se desarrollan crean una estructura reticular –de comunidades y centros de culto– típica de los movimientos sociales. Casi siempre las divisiones sectarias tienen lugar sobre la base de interpretaciones del dogma de un modo paralelo a las batallas ideológicas comunes en las redes de los movimientos sociales. Además, cuando las organizaciones religiosas se desarrollan, corren el riesgo de diluir las enseñanzas religiosas y el fervor espiritual, dilemas que, una vez más, son paralelos a los desafíos que afrontan los partidos políticos y las grandes OMS en la etapa de profesionalización (Michels, 1962 [1991]; Zald y Ash, 1966; McCarthy y Zald, 1973). Por último, para mucha gente, la fe afecta al corazón mismo de su mundo vital y de su identidad, lo que refleja los procesos de identidad-construcción en muchos movimientos contemporáneos. Estos paralelismos sugieren que, aunque no en lo tocante a intereses colectivos ni tampoco al cambio social, los movimientos religiosos comparten muchos procesos con los movimientos sociales.

La secularización de la cultura occidental ha mermado la importancia de la religión en la sociedad y, por tanto, también el interés de los estudiosos por ella. Un rastreo realizado en importantes libros sobre los movimientos sociales solo encontró un único capítulo acerca de los movimientos religiosos (Kniss y Burns, 2004). No me parece que esto vaya a cambiar, pero es posible que la secularización aparte inadecuadamente la atención de la investigación de cuestiones importantes sobre las que los movimientos religiosos pueden arrojar luz y que con eso se cierren involuntariamente potenciales fuentes de datos y de comprensión.

Nuevos movimientos sociales

La expresión *nuevos movimientos sociales* lleva implícito el contraste con «viejos movimientos sociales». Viejos movimientos sociales son los que reflejan un acusado conflicto de intereses, en particular de intereses que se entrecruzan con importantes divisiones estructurales de la sociedad. El mejor ejemplo es el del movimiento obrero, en el cual el conflicto con los

patrones por salarios, seguridad, beneficios de distinto tipo y condiciones de trabajo es fundamental para sus miembros, todos ellos pertenecientes a la clase obrera. Además, los trabajadores se pasan ocho horas del día metidos en estas cuestiones. Las demandas por las que luchan se relacionan con su sustento y el sostén de sus familias. La fórmula *nuevos movimientos sociales* (de aquí en adelante NMS) fue acuñada por los investigadores europeos cuando advirtieron la existencia de movimientos, cada vez más numerosos, al margen de ese modelo de división en clases. Eran movimientos relativos a temas tales como el medio ambiente, los derechos de las mujeres, los derechos de los animales, modos de vida antisistema y contraculturales, derechos de los estudiantes y derechos de los homosexuales. Se trata de cuestiones importantes para sus miembros, pero –en teoría– no en los mismos acuciantes términos que en el movimiento obrero o en los partidos de clase. Además, los miembros de esos movimientos son predominantemente de clase media y tienen cierto nivel de educación, lo que, una vez más, contrasta con la base social del movimiento obrero europeo y sus partidos socialistas. Los nuevos movimientos tienden a darse en torno a temas relativos al modo de vida y a la política identitaria. Hoy, la politización de la identidad y el modo de vida son fundamentales en muchos movimientos sociales.

En Estados Unidos, el interés por los NMS necesitó más tiempo en despegar, en parte porque los análisis basados en los recursos y la organización todavía gozaban de mucho prestigio, y en parte porque el movimiento obrero norteamericano cogió otro rumbo que el europeo. Los sindicatos y los partidos políticos socialistas no fueron actores importantes de la política norteamericana, mientras que sí lo fueron en la mayor parte de los Estados europeos. Ralph Turner (1969) fue uno de los primeros investigadores de Estados Unidos en identificar la aparición de movimientos identitarios y de transformación personal. Orrin Klapp (1969) también analizó una «búsqueda colectiva de identidad» como respuesta a la moderna organización social racionalizada, que arrebató a la gente puntos de referencia estables para la construcción de la identidad. El movimiento hippie de los años sesenta del siglo pasado ejemplifica, en la generación más joven, la doble búsqueda de identidad y de innovación en el modo de

vida y no tuvo nada que ver con las divisiones de clase y la desigualdad. Más tarde, en la década siguiente, los colectivos punk expresaron una visión diferente del modo de vida, pero que también se ocupaba de la vestimenta, códigos de comportamiento y organizaciones vitales que se tomaban, todas ellas, como marcadores de una nueva identidad antisistema. Al igual que las comunas hippies, las comunas punk constituían una «red sumergida» de modos de vida contraculturales, que hacían que se esfumase la distinción entre política y vida cotidiana.

Los NMS no guardan clara relación con las posiciones estructurales que sus participantes ocupan en la sociedad. Más bien al contrario, su activismo se funda en nuevos y difusos estatus sociales –juventud, género, modo de vida, orientación sexual o profesión– que no se corresponden con explicaciones estructurales (Klandermans y Oegema, 1987). La condición reticular de estos vínculos refleja la complejidad de la sociedad posmoderna y su organización, pero también hace las veces de aglutinante que unifica nuevas identidades. Hoy, los miembros de las comunas urbanas y de las cooperativas agrarias comparten modos de vida sostenibles desde el punto de vista medioambiental, el vegetarianismo o el veganismo, las bicicletas y las telas de fibra natural. Otra manera de concebir estos fenómenos es considerarlos movimientos cuya base estructural de clase es menos clara y que, en lugar de una convincente identidad basada en la clase y/o en los intereses, conceden a sus miembros mayores oportunidades para la autodefinición mediante nuevos modos de vida y nuevas identidades colectivas sobre la base del movimiento.

Della Porta y Diani (2006) definen la identidad colectiva como un aspecto básico de todos los movimientos sociales, no solo de los NMS, porque desempeña un papel fundamental en la coordinación de los comportamientos de protesta. Gamson (1992b) observa que, para que un movimiento perdure, lo principal es la formación de una vigorosa identidad colectiva. A pesar de todo el énfasis que la perspectiva de los NMS pone en las identidades colectivas, estas no son, en sentido estricto, nada «nuevo» en los movimientos sociales. A este respecto llaman la atención el caso de los mineros del carbón de Newcastle de la Liga de las Nueve Horas en 1871, o el de los anarquistas españoles en Madrid y Barcelona en la década

de 1920, también fuertemente identificados con sus compatriotas. Esta identidad se forjó en luchas compartidas relativas al trabajo o la casa, así como en actividades en lugares de reunión fuera del trabajo, como pubs, locales sindicales y cafés. Lo nuevo de los NMS es que movilizan sobre identidades no asociadas a estatus ocupacionales, explotación clasista ni agravios económicas (Melucci, 1980, 1985, 1989; Kitschelt, 1985; Kriesi, 1989). Esas nuevas identidades son, en cierto sentido, producto de las sociedades posindustriales, que, por ser en ellas más fácil cubrir las necesidades básicas de la supervivencia, permiten el surgimiento al primer plano de necesidades de nivel superior, como la identidad y la autorrealización.

En lo que respecta al estudio de los movimientos sociales, los analistas que se ocupan de los NMS están obligados a tener en cuenta los procesos mediante los cuales estos movimientos producen sus propias creencias, símbolos, valores y significados únicos en relación con los sentimientos de pertenencia a un grupo social diferenciado. Esto es «trabajo cultural» sobre la base de procesos interaccionales y performances en micronivel, para cuyo estudio el investigador necesita herramientas distintas de las adecuadas para la identificación de las estructuras de oportunidades, amenazas y sus efectos. No es sorprendente que los estudiosos que durante el período de masa crítica mantuvieron vivos el enfoque del construccionismo social y el interpretativo –en Estados Unidos, el de la tradición simbólico-interaccionista– se hallaran entre los primeros en contribuir al análisis de los NMS. Los estudios del movimiento feminista, el animalista, el medioambiental y el movimiento punk ejemplifican esta tendencia. Pienso en particular en la obra de Verta Taylor tal como se aplica a la identidad y la performance en el movimiento feminista y en el LGTB (Taylor y Whittier, 1992; Taylor y Raeburn, 1995), y en el estudio de Mary Bernstein (1997) sobre las estrategias identitarias.

Identidad colectiva

El concepto de identidad colectiva trata de mantener el equilibrio entre definiciones individuales y sociales. Los enfoques psicológicos se centran en el autodesarrollo y el progreso hacia la adultez. Erikson (1968) observa que la identidad es la sensación subjetiva de «continuidad y mismidad», a la vez que considera que el desarrollo de esta sensación es un paso fundamental en el crecimiento personal. Más que en otras etapas del ciclo vital, la búsqueda de identidad se da en la primera adultez. La quinta etapa del desarrollo de Erikson tiene lugar en la adolescencia tardía, cuando los roles asignados se concilian con los roles emergentes de adulto. Es completamente posible que en la fundación de muchos grupos de los NMS exista un proceso psicológico de advenimiento a la mayoría de edad.

En uno de los influyentes estudios desde la perspectiva de los NSM, Melucci y sus colegas (1982) analizaron grupos compuestos en gran medida por gente de edad comprendida entre los 18 y los 28 años. En mi propia investigación entre activistas políticos jóvenes en España (Johnston, 1991), he encontrado que luchaban con todas sus fuerzas por conciliar su educación tradicional, a menudo religiosa y de clase media, con compromisos de nueva data con el cambio social. La conciliación de la identidad era un tema decisivo entre amigos, sobre todo a través de intensas discusiones sobre libros que todos leían y que eran todo un reto a las viejas maneras de pensar. También analizaban los movimientos revolucionarios de liberación en otras regiones del mundo, así como sus luchas personales para desarrollar una «conciencia de clase trabajadora» cuando, en realidad, todos eran estudiantes de clase media relativamente privilegiados. Según Hunt y Benford (1994), «las identidades colectivas cobran existencia en el habla». Lo que querían decir es que la identidad colectiva de un movimiento es resultado de múltiples interacciones entre sus participantes, conversaciones acerca de quiénes son, qué hacen juntos y por qué. En estos intercambios proponen, comprueban y modifican –según las reacciones de los demás– versiones personales de lo que significa ser miembro de un grupo, proceso por el cual diferentes significados de pertenencia al movimiento y participación en él confluyen en una comprensión más amplia (y sobre todo) compartida.

En los enfoques sociológicos de la identidad, en particular los que se fundan en la perspectiva simbólico-interaccionista, la relación del individuo con la sociedad es a tal extremo básica, que nuestra localización social permea nuestro autoconocimiento e incluso nuestra conciencia. De acuerdo con las teorías de George Herbert Mead y Erving Goffman, los conceptos del yo social, performance de roles sociales y confirmación permanente de la identidad por la reacción de los otros, subrayan la naturaleza marcadamente social de lo que somos. El enfoque simbólico-interaccionista pone el énfasis en que la identidad personal no puede separarse de su permanente construcción y confirmación social. Este punto de vista, aplicado a los movimientos sociales, centra la atención en que la realización de la identidad colectiva, como la identidad individual: 1) es emergente, o sea, definida y confirmada en performances que, al menos parcialmente, se dan en el contexto de las actividades del movimiento, y 2) implica públicos diversos, tanto internos como externos al movimiento. Las performances que afirman la identidad pueden ir de actividades rutinarias –reuniones de personal, comidas compartidas o la tarea de rellenar sobres con otros miembros– a otras de gran contenido teatral, como marchas, ocupaciones, huelgas, la experiencia de represión policial e incluso de cárcel.

El concepto de identidad colectiva lleva al primer plano la dimensión de la performance cultural. El análisis de Rupp y Taylor (2003) de las performances transgénero muestra claramente que actuar travestido es una manera de hacer real la identidad colectiva. Y para las audiencias presentes, ya se trate de miembros del grupo (las otras *drag queens*) o no (el público del cabaré), el efecto acumulativo de estas actuaciones es el de cuajar la diversidad de las identidades individuales en torno al eje central de la identidad colectiva. Esto se produce mediante procesos centrípetos de definición y limitación social tal como los demás las imponen. Tanto la dinámica interna como la externa modelan las definiciones de diferentes grupos para crear un núcleo identificable de identidad colectiva –una ideación sostenida individualmente– que luego es representada, confirmada y/o corregida de acuerdo con la situación. En este sentido, la identidad colectiva es un punto de mira móvil.

La investigación del movimiento social ha confirmado la construcción social permanente de la identidad colectiva en estos dos planos: dentro del propio movimiento, entre sus miembros, y fuera del movimiento, entre opositores, políticos, adeptos potenciales y público presente. En lo que respecta a la dinámica interna entre los miembros del movimiento, Taylor y Whittier (1992) analizan el empleo de los relatos identitarios entre las feministas lesbianas para infundir valor a la identidad colectiva y politizarla. Young (2002) demuestra que el movimiento abolicionista del siglo XIX empleó la narrativa de las reuniones de renovación de la fe entre jóvenes cristianos con el fin de construir identidades colectivas. Otros han observado que, con el tiempo, la participación en protestas, la asunción de riesgos y el hecho de compartir miedos es útil para estimular la identidad colectiva (Pfaff, 1996). Además, algunos investigadores han sostenido que las respuestas emocionales a estas acciones fortalecen la identidad colectiva y preparan a sus miembros para la asunción de riesgos y para las luchas de largo aliento (Goodwin, Jasper y Polletta, 2001).

Podemos apreciar estos procesos en una declaración de identidad colectiva de un grupo punk en Minneapolis (para un análisis más completo véase Johnston, 2013; también Snow, Johnston y McCallum, 1994). La figura 4.1 presenta un manifiesto impreso por miembros de Profane Existence, comuna anarcopunk y buen ejemplo de grupo de NMS basado en el modo de vida. El manifiesto despliega una letanía de afirmaciones identitarias desde el comienzo: «No somos jefes», «Somos antiautoritarios», «Somos pro *queer* y antisexistas», «Luchamos por la igualdad», «Luchamos contra un... sistema... que aliena». Hay fuertes sentimientos antisistema que localizan lo colectivo en el seno del movimiento anarcopunk. Pero obsérvese que este documento no es un llamamiento

Figura 4.1. Manifiesto anarcopunk

PROFANE EXISTENCE

P.O. Box 8722 · MINNEAPOLIS, MN 55408 · U.S.A.
TEL. 612-377-5269 ·FAX 612-377-3866

WHO WE ARE AND WHAT WE DO: The Profane Existence Collective is a small group of revolutionary anarchists working together to produce a bi-monthly paper of revolution & resistance — not to mention punk rock. We do a record label, screen print shirts, run a literature and music distribution service and various other projects including local struggles and actions. All these things are anarchist in perspective and we do them with the goal of revolution.

WHAT WE BELIEVE: We ain't got no bosses and not one of us is higher on the ladder (what fucking ladder?) than any other. Some call this non-hierarchical we wouldn't have it any other way. We are anti-authoritarian, aim to kick the fucking cops out and keep them out, working for the total destruction of the state and capitalism and all the evil institutions they create. This system which we intend to string from the neck until dead divides us into classes based on power and wealth with the majority of people continually exploited by the rich bastards otherwise known as the ruling class. We support the rich in their numerous attempts at suicide, we might even throw in a helping hand. This fight is anti-racist and we support self-determination of people of color. We are pro-Queer, don't you know how sweet it is. We are anti-sexist with a swift kick to the groin of patriarchy. We support the fight for equality of those with different physical abilities. We fight against an ageist system in society that alienates the young and disregards older folks. We are eco-anarchists. We smile gleefully as multinationals burn to the ground. We will use all means necessary (i.e. the guillotine) to fight this oppression that fucks with our daily lives. Oh, and we'll do it with a smile. The revolution we fight for is one of pleasure to release us from the boredom of the everyday roles the ruling class has created. Have a blast while you drop the fucking bomb.

(DON'T) JOIN US: We don't think we are any higher than any one of you (remember that ladder? We burned it down). The last thing we want to do is lead any movement. We're not a party, we're having one. Do it Yourself, you and your friends, sisters and brothers can work together to solve the problems, take action, create autonomous zones. This is not some kind of dippy lifestylist drop-out commune thing but a situation for the spark of revolutionary movement with the aim of transforming our entire society. A society of freedom and pleasure, based on the needs and desires of people not tyrants. You got the power it takes to destroy the power that takes.

FIGHT BACK! A WHOLE WORLD IS WAITING FOR US!

a la movilización, ni enuncia demandas específicas, ni es un tratado ideológico. Funciona más bien como un artefacto de la identidad colectiva del grupo. Al final del texto, en la sección titulada «¿En qué creemos?», la lucha revolucionaria se concibe como una redención del tedio –«¡Alucina cuando lances la puta bomba!», «Somos una sociedad de libertad y de placer»–, todo lo cual está destinado menos a la acción colectiva sobre la base de un conjunto de demandas que al compromiso con una identidad particular. Aunque los punks protestan –cuando las autoridades locales proceden a limitar las actividades del grupo, cerrar clubes informales o desalojar edificios ocupados–, lo que en realidad capta la esencia de la identidad punk es la inmersión en el modo de vida del ambiente anarcopunk local (Leach y Haunss, 2009). Aun cuando otros NMS difieran en estilo y en sustancia, el manifiesto es un buen ejemplo de la fusión entre elección de modo de vida e identidad colectiva que se da en general en los NMS.

Tanto por la vestimenta como por el comportamiento, los anarcopunks también se esfuerzan en mantener los límites de la identidad, esto es, en determinar quiénes pueden ser admitidos como miembros y quiénes no. Kuumba y Ajanaku (1998) observaron que en un tiempo las rastas hacían las veces de signo distintivo de la identidad nacionalista africana, pero cuando se hicieron populares entre extraños a la política afronacionalista –no como contratáctica, sino por moda–, disminuyó su utilidad en tanto señal de identidad y fueron necesarios otros medios de mantener la frontera. En ese caso, los elementos de la identidad colectiva cambian, no tanto por la activa resistencia de sus oponentes, sino debido a cambios inofensivos en el propio movimiento social. Por el contrario, el estudio que Robnett (1997) realizó del SNCC (Comité Coodinador Estudiantil No Violento), un ala del movimiento por los derechos civiles, expuso la importancia que tuvo en la radicalización de la identidad colectiva de sus miembros el amargo rechazo de la que su plataforma fue objeto en la Convención Nacional del Partido Demócrata. En este caso, la frontera fue impuesta en parte por los opositores al movimiento. El mantenimiento de la frontera se produce por ambas vías, la interna y la externa. Puesto que la búsqueda de identidades positivas es un rasgo esencial de la naturaleza humana, los esfuerzos

externos para estigmatizar un movimiento social dan lugar a procesos internos de valorización y afirmación.

Conclusión

Es tentador hablar de la identidad colectiva como de la propiedad de un grupo, pero su fundamento se halla en última instancia en la manera en que sus miembros se conducen y hablan entre sí, que es lo mismo que decir que lo que hacen es lo que define qué piensan de sí mismos. Aunque un científico social pueda elaborar un cuestionario para medir la identidad colectiva entre la membresía, lo cierto es que esa identidad surge de la densidad y la frecuencia de las relaciones, que pueden concebirse como múltiples microperformances de identidad en el sentido de que hacer cosas conjuntamente reafirma lo que somos juntos. Si se define un movimiento como red de relaciones, una vigorosa identidad colectiva lleva implícito que sus miembros tienen un elevado nivel de interconexión y que sus «performances identitarias» son frecuentes. Estas performances se fundan en vocabularios, canciones y música compartidos, experiencias comunes sobre las que se habla y que se recuerdan, modos de vestir y de peinarse, todo lo cual crea en cada individuo una imagen de sí mismo en su condición de miembro del grupo (Taylor y Whittier, 1992; Meyer y Whittier, 1994; Whittier, 1995). En consonancia con el enfoque de la cultura que hemos desarrollado en este capítulo, la identidad colectiva es una dimensión ideacional de la cultura del movimiento por cuyo intermedio la pertenencia es definida en parte por artefactos o marcadores identitarios y reafirmada densa y continuadamente por pequeñas performances de sus miembros. La clave de la perspectiva de los NMS es que cuando los intereses no son tan abrumadores –como ocurre en los grupos con mayor énfasis en el modo de vida y la identidad y no tanto en las necesidades básicas de supervivencia–, la identidad colectiva desempeña un papel relativamente mayor en la cultura del movimiento.

Concluyo este capítulo volviendo a la observación con la que lo abrí, esto es, que aunque en ciertos enfoques de los movimientos sociales los procesos y los artefactos culturales queden opacados, en realidad nunca están ausentes. Por tanto, la cuestión más absorbente para la disciplina es la de establecer en qué medida es determinante el papel de estos elementos culturales en el desarrollo y la movilización del movimiento. ¿Varían sus papeles en los distintos movimientos? En este capítulo hemos visto que hay movimientos –en particular los clasificados entre los NMS– que ponen mayor énfasis en los procesos de identidad colectiva y en los artefactos de membresía y de ideología. En el capítulo anterior, en cambio, habíamos visto que el foco en la política contenciosa observa movimientos animados por intereses de grupo y que en su mayor parte afectan a factores estructurales como los vínculos con las élites políticas, las coaliciones y los recursos.

Sin embargo, todos los movimientos tienen objetivos de cambio social (o de oposición a ellos), lo que infunde un carácter fundamentalmente contencioso a las metas de todos los movimientos, ya sean NMS, ya movimientos más arraigados en intereses. Es imposible desafiar el *statu quo* y despertar las poderosas fuerzas que lo sostienen sin enfrentamiento. El analista que se dedica a estudiar los movimientos sociales siempre se ve obligado a tomar una decisión –a veces implícitamente– acerca de si centrarse en los elementos estructurales fundamentales para las luchas por el poder, influencia y acción estratégica, o hacerlo en los elementos culturales fundamentales para la cohesión, la percepción y las oportunidades del grupo y el simbolismo de las performances de protesta. Ninguna de las dos opciones es inherentemente correcta o errónea, pero en la práctica, ante la inmensa complejidad de un movimiento social, es necesario adoptar un punto de partida. Además, junto a la toma de decisión viene una elección paralela sobre las herramientas metodológicas adecuadas para el análisis cultural, lo que a menudo exacerba la división. Sin embargo, esta división es artificial en el pleno sentido de esta palabra –cosa producida por los seres humanos–, no tanto cuestión de verdad como de perspectiva. Lo principal de este capítulo es que existen movimientos para los cuales los procesos culturales ocupan el primer plano y que los conceptos pertinentes

para estudiarlos también, aunque en distinto grado, son útiles para estudiar movimientos más contenciosos y arraigados en los intereses. El equilibro de estos factores para explicar el desarrollo de un movimiento es una cuestión empírica que debe forjarse en el yunque de la investigación; pero para que esto ocurra, es preciso que el diálogo entre ambos enfoques sea vívido y sostenido.

5. ¿Qué hace un movimiento social?

En este capítulo me centro exclusivamente en las acciones de los movimientos sociales. Accedemos así al corazón mismo de los movimientos sociales, porque las marchas, las manifestaciones, los mítines de protesta, las peticiones y a veces la violencia son lo que los distingue de otras formas de reclamación. Los partidos políticos organizan campañas para movilizar a los votantes y ganar elecciones. Las corporaciones contratan a especialistas en relaciones públicas para dar forma a las actitudes públicas y a lobistas para influir en los máximos responsables políticos. Los movimientos sociales se distinguen por su repertorio único de acciones que, en su mayor parte, se realizan al margen de los canales institucionales, el *repertorio del movimiento social moderno*. Este concepto abarca todo el horizonte de acciones y tácticas de que hoy disponen los movimientos sociales. En palabras de Tarrow (1994: 70), un repertorio es lo que los contestatarios «saben hacer y lo que los demás esperan que hagan». Por tanto, un buen lugar por donde comenzar a entender qué hacen los movimientos sociales es su repertorio básico de disputa.

Charles Tilly (1995, 2006, 2008) fue quien más insistió en la necesidad de prestar atención analítica al concepto de repertorio. Fue el primero en hacerlo (1978: 151-152), en un momento en que la teoría se orientaba predominantemente hacia la movilización de recursos, que a su vez se centraba en la movilización impulsada por el interés y la base organizativa. Más adelante recordaría Tilly que un teórico importante, Mancur Olson, había calificado la noción de repertorio de «idea peligrosa» (Tilly, 2008: xiv), sin duda porque su base cultural subyacente chocaba con las teorías más ampliamente aceptadas en esa época. El análisis histórico que hizo Tilly (1995) de acontecimientos contenciosos en Gran Bretaña desde mediados del siglo XVIII a mediados del XIX presentaba pruebas

contundentes de un cambio fundamental en la ejecución de las protestas, el paso del repertorio premoderno al moderno. Posteriormente, en la medida en que las perspectivas culturales ganaron terreno en el campo de los movimientos sociales, también lo hizo el concepto de repertorios.

Las acciones de los repertorios contenciosos son, en su mayor parte, no convencionales, espectaculares y marginales a las vicisitudes de la vida cotidiana. Son acciones colectivas que requieren coordinación, organización y movilización. A veces son muy dramáticas y agresivas, pueden alcanzar gran magnitud y poner en peligro tanto a la policía como al público ocasional. Muchas acciones de los movimientos sociales están regidas por la *lógica de los números*. Esto es importante porque las grandes multitudes no solo atraen la atención, sino que también dan a los políticos y a los últimos responsables del gobierno una medida imperfecta de la opinión pública (DeNardo, 1985). Digo imperfecta porque una enérgica minoría puede protagonizar demandas que no son compartidas de modo general, pero si las manifestaciones sobrepasan un umbral de espectacularidad, las élites políticas toman nota (es la lógica de que quien no llora, no mama). En los regímenes no democráticos, las protestas multitudinarias, como las que tuvieron lugar en Egipto a comienzos de 2011, perturban la actividad cotidiana, dividen a las élites y a veces derrocan el régimen.

Performances de los medios de comunicación

Una manera de concebir las acciones más visibles del repertorio de los movimientos sociales es considerarlas como performances dirigidas a determinadas audiencias. En el siglo XXI, una audiencia clave es la que forman la prensa, la radio y la televisión –y en la actualidad los nuevos medios sociales y la blogosfera–, todos ellos mediadores entre los políticos y el público general. Para conseguir la cobertura de los medios, las performances de los movimientos sociales tienen que ser convincentes y espectaculares. Los investigadores han reconocido la importancia que la atención de los medios tiene en el éxito de un movimiento (Ryan, 1991;

Gamson, 2004a, 2004b; Gamson y Wolsfeld, 1993), pero el horario de emisión y los titulares de prensa son limitados. Los movimientos sociales tienen que competir con los funcionarios del gobierno, quienes, con el gran «prestigio informativo que les es inherente» (Gans, 1979; Wolsfeld, 1997), limitan el acceso de los recién llegados y de los contestatarios a los medios de comunicación. Los líderes del movimiento, para conseguir treinta segundos en las noticias de la noche, deben escenificar protestas muy espectaculares y lo suficientemente atractivas para los medios. Por ejemplo, las protestas antiglobalización de Seattle, con sus muñecos gigantescos, su teatro de calle, los estandartes y los manifestantes disfrazados, ofrecieron en abundancia imágenes convincentes a los fotógrafos. Pero el listón de lo que los medios consideran espectacular y convincente es cada vez más alto. Gitlin fue el primero que lo observó durante la turbulenta década de los sesenta del siglo pasado en Estados Unidos. Observó que en 1965 eran noticia simples marchas y sentadas, pero que «conseguir un titular en 1968 costaba gases lacrimógenos y porrazos en la cabeza» (1980: 182). Además, el lugar donde se realice una protesta es un factor importante para que los medios la recojan. Oliver y Myers (1999) observaron que las protestas que se llevan a cabo en ciudades importantes tienen mayores probabilidades de ser cubiertas por los medios que las acciones que no se producen en los lugares más concurridos. «Hacer ruido para ser noticia» se convirtió en una táctica ampliamente reconocida en el repertorio de los movimientos sociales (Thrall, 2006: 417). Además, como señala Gamson (2004a: 243), los medios de comunicación no solo seleccionan la información, sino que también moldean la opinión pública mediante el modo de presentar y analizar las protestas, lo que convierte a las relaciones con los medios en un elemento significativo en el repertorio del movimiento social moderno.

Performances

Tilly (2008) identificó performances en pequeña escala, delimitadas, que calificó de *acontecimientos contenciosos*, su proceso secuencial en

agrupaciones de mayor tamaño, que él llamó campañas de protesta y, finalmente, la categoría de mayor nivel, el *movimiento social moderno,* que es la conceptualización más amplia de la agregación mutua de las performances contenciosas. Los movimientos sociales abarcan diferentes campañas, eventos de protesta y todas las decisiones organizacionales, tácticas y estratégicas en ellos comprendidas. Se trata de decisiones acerca del aspecto que ha de tener la protesta (su táctica) y la manera en que contribuya a lograr los objetivos estratégicos del movimiento: a corto plazo, *objetivos de campaña*; a largo plazo, *objetivos del movimiento* (Tilly, 2008).

Las performances de protesta son afirmaciones simbólicas que operan en múltiples niveles y de muchas maneras. No solo hay en ellas temas generales en torno a los cuales giran las demandas del movimiento –sus actos primarios de comunicación–, sino que también son afirmaciones acerca de quiénes son los diversos actores, sus relaciones con otros y sus emociones. Se trata de actos de comunicación secundarios, casi siempre presentes en las performances de protesta, pero que es típico afirmar de manera más sutil. Lo mismo que otras formas de comunicación, se sirven de diferentes canales, entre ellos cánticos, eslóganes, discursos, canciones, peticiones, panfletos, volantes y comunicados de prensa. Pero también hay afirmaciones acerca de la identidad, la actitud y las emociones, que se expresan en el teatro, la vestimenta, la gestualidad, la danza, el arte, las máscaras, los títeres y otras tácticas. Es evidente que las performances de los movimientos sociales dicen algo a sus respectivas audiencias, pero es importante advertir la complejidad de esos mensajes.

Tilly (2008; véase también Tilly y Wood, 2009) sugiere una lista útil para organizar el simbolismo básico de las performances de un movimiento. Los diferentes movimientos se distinguen por el acento que ponen en estas dimensiones, cuya presencia integral y simultánea no es necesaria. Además, en el seno de cualquier performance de protesta, los diferentes grupos y las distintas organizaciones las enfatizarán de distinta manera. Siguiendo las observaciones de Tilly, las performances de protesta suelen exhibir:

- *Valor de la causa y de sus proponentes.* Estas exhibiciones se refieren al estatus de los miembros y se traducen simbólicamente en la vestimenta,

el comportamiento, las posturas y la participación de ciudadanos respetables o incluso famosos. Las demostraciones de valor son también indirectos llamamientos al apoyo público mediante la validación de las demandas de los participantes y la afirmación de su derecho a realizarlas. El simple acto colectivo de reunirse tanta gente valiosa simboliza que el movimiento es una fuerza a tener en cuenta.

- *Unidad de los participantes y de los objetivos*. Tilly señala que las exhibiciones de unidad son comunes en los movimientos sociales. Yo agregaría que esas demostraciones son también una dimensión de identidad colectiva. En particular en los NMS, como el que defiende los derechos de los homosexuales o el del medio ambiente, es común encontrar la afirmación de la identidad grupal en las acciones de protesta. Desde el punto de vista conceptual, la unidad (o solidaridad) y la identidad son primas hermanas. Tradicionalmente se hacía gala de ellas en comportamientos disciplinados y/o coordinados en marchas y manifestaciones. La misma vestimenta, históricamente de uso habitual en distintos gremios y diferentes pueblos y localidades, es una demostración de unidad e identidad. Hoy, la unidad se transmite ya sea mediante símbolos y estandartes que identifican los grupos en una marcha o una manifestación, ya sea por la manera de vestir, por canciones, cánticos o llamativas conductas públicas.
- *Cantidad de gente*. La demostración de contar con amplio apoyo es una de las exhibiciones más importantes que puede hacer un movimiento. La lógica de la multitud tiene por destino a los políticos en general y a sus máximos responsables en su condición de representantes de la opinión pública. En consecuencia, algunos de los elementos más reconocibles del repertorio de los movimientos sociales transmiten a las diferentes audiencias la amplitud del apoyo del que son objeto mediante marchas y manifestaciones que llenan plazas públicas e inundan las calles de una ciudad, así como mediante peticiones con millares de firmas. Durante la Primavera Árabe de 2011, centenares de miles de manifestantes que llenaron la Plaza Tahrir en El Cairo transmitieron un poderoso mensaje de cambio a las élites egipcias del régimen de Mubarak. La amenaza de disrupción reside en la manera en que el despliegue de grandes

multitudes confirma la presión sobre las estructuras políticas establecidas. Para recordar nuestro análisis anterior, las grandes multitudes también atraen la atención de los medios de comunicación.

- *Compromiso*. Esta exhibición agrega estados subjetivos individuales que reflejan la dedicación a la causa. Cuando los miembros dan muestras de compromiso personal, comunican al público que el movimiento no es un fenómeno circunstancial, sino una fuerza que merece reconocimiento. Puesto que los movimientos realizan demandas que afectan a los intereses de otros, es importante que el compromiso del participante quede claramente afirmado para que sea tomado en serio. Una demostración común de compromiso es la exposición a la represión policial. Esto es particularmente cierto en los regímenes autoritarios, en los cuales, para manifestar abiertamente su disidencia, los opositores han de correr el riesgo de ser encarcelados, torturados e incluso asesinados. En este caso, la exhibición de compromiso también cumple un papel ejemplar de sacrificio por la causa y de ruptura de la conspiración de silencio que asfixia a la oposición.

  También las exhibiciones emocionales –a menudo reactivas y sin planificación– desempeñan el papel de indicadores de compromiso. Hay líderes que se destacan por su capacidad para estimular las emociones entre los miembros a fin de intensificar el compromiso. Los investigadores han señalado la ubicuidad de las emociones en las performances de protesta (Goodwin, Jasper y Polletta, 2001). La alienación política, la cólera, la indignación, la alegría, el resentimiento, la humillación e incluso el odio son estados emocionales a menudo presentes en las protestas. La manifestación de cólera suele tomar la forma de daño a la propiedad y violencia, que plantea la cuestión del uso estratégico de las emociones y, en particular, de la disrupción y la violencia como decisiones estratégicas.

A propósito del proyecto general de la formación del conocimiento de los movimientos sociales, el foco en las performances no solo permite penetrar en las razones que explican la aparición y el desarrollo de un movimiento, sino también en las modalidades de lo que hace. ¿Cómo

interactúan los participantes para dar forma y dirección a un curso de acción? ¿Cómo se desarrollan las protestas? ¿Qué papel desempeñan los líderes? ¿Qué función tienen las audiencias presentes (el público circunstante y la policía)? ¿Cómo se producen las elaboraciones del repertorio básico? Las respuestas a estas preguntas toman a menudo tanto la forma de decisiones estratégicas acerca de la dirección general del movimiento como la de decisiones prácticas acerca de las tácticas, es decir, de qué hacer y cuándo hacerlo.

Estrategia y táctica

Las dimensiones de las performances de los movimientos sociales suelen decidirse en dos niveles: el estratégico y el táctico. Los organizadores del movimiento social trazan una estrategia para el panorama general de la lucha tomando en consideración metas a largo plazo, tales como la aprobación de una legislación o la aprobación de una respuesta reguladora, por ejemplo, el cierre de un reactor nuclear o el control del vertido de desechos contaminantes. Este tipo de pensamiento depende del grado de coordinación entre los diversos componentes del movimiento y su voluntad de alcanzar *estrategias* comunes para cumplir con los objetivos del movimiento. En tanto parte de un plan global, las decisiones estratégicas consideran el contexto político de oportunidades, aliados y amenazas y se comprometen con acciones que obtengan la máxima ventaja de todo ello. Que estas decisiones se adopten deliberada y conscientemente, a menudo en colaboración con los grupos participantes, es una función del movimiento social moderno organizado, complejo y dirigido a una meta. Una de las decisiones estratégicas más importantes que afronta un movimiento atañe a la combinación de, por un lado, estrategias no institucionales de protesta y disrupción y, por otro lado, estrategias institucionales de influencia política. El movimiento feminista de Estados Unidos planificó sus esfuerzos durante los años sesenta del siglo XX a propósito de un conjunto de cuestiones igualitarias mediante una combinación de protestas y presiones lobistas,

pero cuando la ratificación de la Enmienda de Igualdad de Derechos de la Constitución norteamericana pareció amenazada, las organizaciones feministas se centraron en las estrategias mediáticas y de presión a los legisladores estatales cuyos votos resultaban necesarios para dicha ratificación. Se adoptó la decisión estratégica de que las protestas masivas podían llevar a la pérdida de un puñado de votos decisivos. Finalmente, la Enmienda no fue aprobada al cumplirse el plazo de ratificación y no contar con el apoyo de suficientes Estados. Este fracaso dio lugar a muchas conjeturas de segundo orden sobre la corrección de las decisiones estratégicas adoptadas.

Disrupción estratégica

La decisión de optar por la disrupción, la militancia, la intransigencia y en general por tácticas agresivas –incluida la destrucción de la propiedad y la violencia– es fundamental en la estrategia de los movimientos sociales. No es sorprendente que muy pronto en el desarrollo de sus respectivos campos de estudio, los investigadores se concentraran en este temprano dilema estratégico, ni que lo sigan haciendo en nuestros días (Johnston y Seferiades, 2012; Bosi, Demetriou y Malthaner, 2014). Hace más de treinta años, Piven y Cloward (1977) analizaron cuatro casos de movilización de pobres en Estados Unidos y constataron que la probabilidad de que las estrategias disruptivas contribuyeran al logro de los objetivos de un movimiento era mayor que la de las estrategias pacíficas, no disruptivas. El análisis de estos autores llamaba la atención sobre la importancia de los grupos de vanguardia que presionaban con fuerza y sin tregua a los máximos responsables políticos y a las autoridades. Otro estudio influyente de ese período fue el análisis de Gamson (1990 [1975]) de buen número de grupos contestatarios en Estados Unidos. Gamson halló que, entre otros factores, tales como los aliados con influencias y los recursos, el uso de tácticas disruptivas también era un medio para alcanzar los objetivos del movimiento. Dando un paso más adelante, se podría inferir que, si la

disrupción es efectiva, las tácticas violentas –daño a la propiedad y ataques a personas– pueden serlo más aún. Dada la relevancia que los medios de comunicación otorgan al valor informativo de un suceso, la violencia puede convertirse en una decisión estratégica para llamar la atención de dichos medios.

La otra cara de la moneda en lo referente a la violencia estratégica es que corre el riesgo de perder el favor de la opinión pública. El público presente y grupos no comprometidos constituyen un fondo de aliados potenciales del movimiento, de modo que este tiene que ser «disruptivo, pero prudente», a fin de no ahuyentar a futuros seguidores. Además, puesto que los movimientos son redes complejas de grupos, organizaciones e individuos, es posible que haya unos pocos grupos bajo el paraguas del movimiento que defiendan acciones radicales, mientras que la mayoría sea partidaria de una estrategia moderada. Los organizadores de la protesta y de las campañas deben sopesar las necesidades de los diversos grupos que forman un movimiento con objetivos a largo plazo: en primer lugar, el mantenimiento de su membresía; en segundo lugar, la consecución del cambio de política. Un estudio realizado en Estados Unidos muestra una caída constante de los daños a la propiedad y de la violencia en las protestas a partir de 1967, año en que el 33 % de las protestas fueron violentas y el 21 % provocaron daños a la propiedad (Soule y Earl, 2005: 353). Hacia 1986, menos del 10 % de las protestas fueron violentas y el 2 % causó daños a la propiedad.

Los planificadores de estrategias, sobre todo en grandes movimientos, pueden aprovechar el «efecto del flanco radical». Al permitir que más grupos de militantes pongan en práctica sus tácticas radicales –por ejemplo, el Black Bloc anarquista–, el resultado general puede ser el de «una mayor receptividad de los medios de comunicación a las demandas de los moderados» (Haines, 1988: 171). Desde la perspectiva de los principales responsables políticos, los moderados son, después de todo, gente con la que se puede hablar, no «radicales exaltados». Esta fue precisamente la reflexión que se hizo durante las protestas contra la OMC que tuvieron lugar en 1999 en Seattle, donde las acciones no autorizadas de los anarquistas en el seno de grupos más numerosos con tácticas moderadas contribuyó a atraer la atención de los medios de comunicación y la

conciencia pública sobre los temas generales de la campaña (Smith, 2002). Aunque la violencia no consiguió por sí misma hacer cambiar de idea a los ministros del OMC ni a los funcionarios del FMI, al poner de relieve el compromiso de los protagonistas de la protesta forzó la receptividad de los responsables políticos a las demandas de los manifestantes, en especial en lo relativo a la condonación de deudas a los países más pobres.

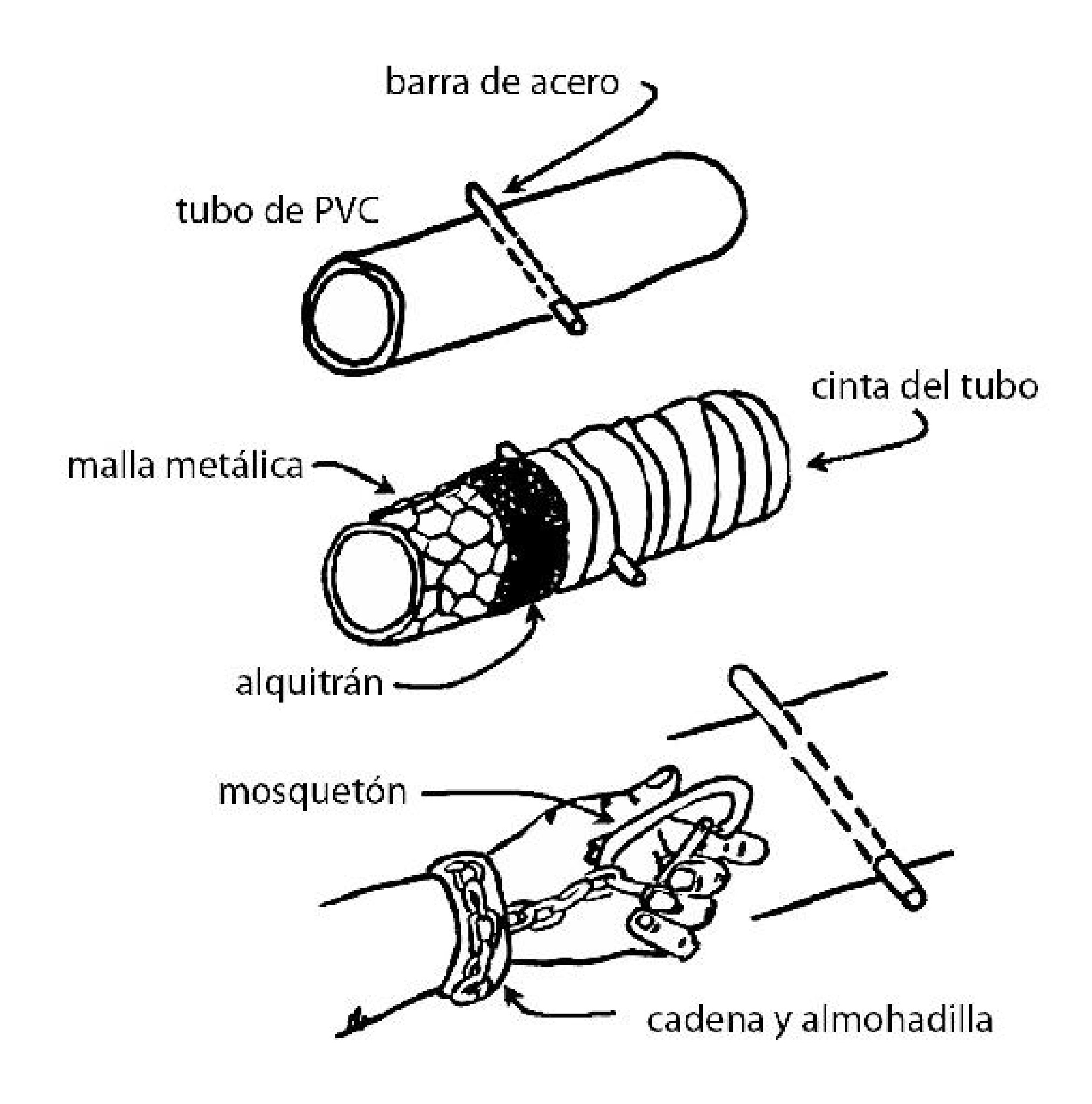
Tácticas del movimiento social

Con el término «táctica» se designan las acciones de protesta concretas a corto plazo subsumidas en un plan estratégico. La palabra tiene su origen en la raíz griega que significa «ciencia del ordenamiento», que recoge qué actividades de protesta piensan los activistas que mejor comunican las demandas del movimiento y concitan una respuesta positiva de los responsables de tomar decisiones. Sentadas en bares (movimiento por los derechos humanos), el Edredón Conmemorativo del Sida (campaña para financiar la investigación sobre el sida) y la ocupación de la isla de Alcatraz (el Movimiento Indígena Estadounidense) son ejemplos emblemáticos de acciones tácticas. Los activistas toman nota de las tácticas que funcionan y las vuelven a emplear una y otra vez. Cuando las diferentes membresías se solapan, las tácticas se comparten. Cuando la policía desarrolla sus propias contratácticas, o los medios de comunicación no otorgan valor informativo a una acción particular, las tácticas fallidas no se repetirán. También puede ocurrir que solo se necesiten pequeños perfeccionamientos del manual táctico. En este último caso se trata de muchos microajustes que fácilmente el analista puede omitir o despreciar como insignificantes, pero que son en realidad una vía de renovación y actualización de los repertorios tácticos.

La figura 5.1 describe un pequeño ejemplo de tecnología táctica, conocida como *sleeping dragon*. La utilizaron los activistas medioambientales y se extendió luego a otras protestas protagonizadas por grupos de desobediencia civil, como la ocupación ilegal de espacios. Los manifestantes, uno junto a otro, introducen las manos en tubos de plástico

PVC y enganchan el resorte de un mosquetón (ligado a cadenas alrededor de sus muñecas) en una barra inserta en el tubo. La finalidad es atar personas unas con otras de tal modo que a las autoridades les resulte difícil y peligroso desatarlas. Lo lógico es que las autoridades no se arriesguen a provocar heridas en los activistas por intentar romper los mencionados artilugios con una sierra. En estas acciones los activistas dan pruebas de compromiso (al afrontar riesgos de detención y peligro físico) y a la vez de unidad (al estar ligados unos a otros). Unidos por los *sleeping dragons*, los activistas medioambientales pueden formar una cadena humana, por ejemplo, alrededor de árboles añosos para impedir su tala, o con el fin de detener el uso de maquinaria de construcción pesada. Es un ingenioso artilugio táctico que se perfeccionó gracias a mínimos ajustes por ensayo y error, como el uso de alquitrán y malla metálica para impedir el empleo de sierras y disimular la barra de acero que sobresale a los lados, punto débil del artilugio. Este repetido tira y afloja entre manifestantes, autoridades y, en ciertos casos, representantes de contramovimientos, ejemplifica en escala muy reducida el principio del dinamismo táctico.

Figura 5.1. El *sleeping dragon*



El cambio de repertorios

En contraste con estos cambios microscópicos, el conjunto de performances que constituye el repertorio del movimiento social moderno –marchas, discursos, reuniones, manifestaciones, peticiones, huelgas, ocupaciones, etc.– ha evolucionado a través de cambios a gran escala en el Estado y la gobernanza. Su aparición corre paralela al surgimiento del Estado moderno, de gran capacidad, los mercados nacionales de producción e inversión y la compleja división del trabajo que caracteriza a la sociedad industrial. La sociedad tradicional era predominantemente rural y los terratenientes y magnates eran a la vez autoridades locales de gobierno. La gobernanza de nivel nacional era fragmentaria y limitada en su alcance territorial. Las modalidades que adoptaba entonces la protesta son hoy difíciles de reconocer. En el *repertorio premoderno* el foco era predominantemente local, de duración limitada y a menudo demasiado dramático en la acción directa como respuesta a los agravios y en apoyo de sus demandas.

Las acciones tradicionales de protesta se centraban típicamente en la injusticia de los terratenientes, la injusta o excesiva presión de los impuestos o el alza de los precios de los alimentos. Era común que los aldeanos expresaran su descontento por los altos precios o las tasas injustas mediante la acción directa, esto es, daño a la propiedad, incendios o apoderamiento de bienes. En Inglaterra, una acción común era la destrucción de los cercados que demarcaban campos otrora abiertos a los aldeanos o bosques que proveían animales de caza. Era normal que se capturaran cereales de los almacenes de los mercaderes sospechosos de acaparamiento o de injusta elevación de los precios. En estos casos, la indignación de la comunidad era inmediata y estaba bien focalizada. Un mercader podía ser sometido a humillaciones públicas como el *donkeying*, la *rough music* o el *charivavi*. El *donkeying* era un castigo público en el que los aldeanos exponían al reo –con frecuencia encapuchado o sentado de espaldas– ante toda la aldea, mientras la gente le lanzaba insultos y basura. En la *rough music* y los *charivaris*, los aldeanos se reunían ante la casa del reo para cantar canciones y proferir burlas. Aunque esas acciones colectivas parezcan espontáneas y desorganizadas, en realidad contribuyeron a establecer los límites de la moral de la comunidad y fueron vigorosamente modulares, incluso ritualizadas.

El análisis de Tilly (1995) de la transformación de los repertorios de protesta en Gran Bretaña entre 1758 y 1834 lo llevó a resumir el repertorio premoderno en tres características. Era *parroquial*, lo que significa que se basaba y se centraba en agravios e injusticias de orden local antes que nacional. Era *particular*, lo que quiere decir que surgía de la presión de auténticas urgencias, como la escasez de comida, la indignación por una detención o el reclutamiento forzoso de los hombres de la aldea. Por último, era *bifurcado*, término poco común que requiere cierta explicación. Puesto que para la gobernanza de zonas distantes de la capital, el Estado premoderno descansaba en los nobles, los terratenientes locales o los magistrados, estas autoridades gozaban de una gran cota de autonomía. Las protestas premodernas se dirigían en gran medida a ellas, que a menudo podían responder por sí mismas con las acciones apropiadas. Sin embargo, en algunos casos, las demandas y las peticiones de los aldeanos se dirigían al rey o al Parlamento, pero, en ausencia de una línea directa de apelación o de representación, tenían que ser transmitidas por las autoridades locales. Una línea de presentación de reclamaciones en dos pasos (bifurcada), primero local y luego nacional, terminaba por llevar las apelaciones al rey o al Parlamento.

Cuando los regímenes estatales democráticos se institucionalizaron, surgió una cierta configuración de tácticas como la mejor manera de perseguir las demandas colectivas. Tilly condensa este proceso en la noción de *repertorio fuerte*: «A la manera de la representación teatral, los participantes en disputa representan guiones disponibles... el resultado es que los repertorios adquieren coherencia causal y simbólica» (Tilly, 2008: 59-60). Sin embargo, los repertorios fuertes no están tallados en piedra. Si bien los contextos políticos y estructurales conducen las tácticas de protesta hacia formas estándar, hay también participantes creativos y autónomos con capacidad de innovación que impulsan cambios tácticos. En algunos casos innovan por su cuenta, como reflejo de su creatividad innata. En otros casos lo hacen porque así lo requiere la evolución de la situación de protesta en tiempo real. Tal vez se ha acudido a la intervención de la policía, que ocupa una calle adyacente, o se ha producido inesperadamente una contramanifestación, lo cual requiere un ajuste táctico. Tilly usaba la

metáfora de una actuación de jazz, en la que, dentro de los amplios contornos de una melodía conocida, los diversos ejecutantes improvisan creativamente, influyéndose recíprocamente y recibiendo la influencia del público.

La difusión de las performances del movimiento social

Los repertorios tácticos cambian con la innovación y la adaptación creadora, pero los investigadores también han observado que a menudo cambian con el préstamo. El proceso por el que se adopta una innovación o una idea a través de las relaciones interpersonales se conoce como *difusión* y, aunque en las ciencias sociales se estudia desde los años cuarenta del siglo pasado –en particular, en relación con la compra de nuevos productos o la adopción de nuevas tecnologías–, solo desde hace relativamente poco los investigadores reconocen su papel en los movimientos sociales. El concepto no se aplica únicamente a tácticas (McAdam y Rucht, 1993; Soule, 1997), sino también a la expansión de ideologías, creencias, tradiciones y marcos (Snow y Benford, 1999), así como a la expansión de los acontecimientos de protesta a otras áreas geográficas que, cual incendio incontrolado (Myers, 1997), puede dar origen a ciclos de protesta a gran escala (Tarrow, 1998).

La creciente incidencia de los vínculos entre movimientos sociales y organizaciones del movimiento social que se da a nivel mundial –movimientos medioambientales, por la justicia global, por la paz y por los derechos humanos– ha alertado a los investigadores acerca de la dimensión internacional de la difusión, aunque no es nueva. La marca táctica distintiva del movimiento por los derechos humanos, esto es, la acción directa no violenta, puede remontarse al empleo que Gandhi hizo de la no violencia contra la fuerza dominante de los británicos en el movimiento independentista indio (Chabot, 2000). Los primeros líderes afroamericanos habían viajado a India para encontrarse con Gandhi y sus compatriotas.

Otros de los que estudiaron el movimiento indio y leyeron su literatura tenían estrecha relación con King, Abernathy, Shuttles y otros predicadores, para quienes la no violencia casaba perfectamente con su cristianismo. En etapas muy tempranas del movimiento, esta superposición fue importante para convencer a los participantes de la utilidad de las tácticas no violentas. Estos principios de contacto interpersonal, compatibilidad ideológica e intercambio de ideas a través de los medios impresos y audiovisuales son elementos decisivos de la difusión táctica presente en muchos movimientos contemporáneos.

Difusión directa

La difusión opera mediante el contacto personal directo entre activistas. Tener objetivos compartidos y de amplio espectro en el seno de un movimiento es una ocasión para que los líderes y los activistas de diferentes grupos y OMS se comuniquen. Son oportunidades para transmitir innovaciones tácticas entre grupos y organizaciones pertenecientes al movimiento. Además, no es extraño que, dada la base reticular de los movimientos, algunos activistas sean más importantes que otros, en el sentido de pertenecer simultáneamente a varios grupos. La difusión en el interior del movimiento puede darse por la transmisión de tácticas de una OMS a otra a través de figuras centrales y líderes de opinión. A menudo estos individuos cumplen un papel fundamental de *innovadores* o *iniciadores* de ideas o conductas en sus redes personales. Otras veces, los iniciadores de las innovaciones pueden ocupar lugares en cierto modo periféricos en las redes. En estos casos, sus contactos con los *innovadores primitivos*, situados en posiciones más centrales, son los primeros pasos de un viaje de innovación a fin de ganar prestigio.

Es común que los activistas de diferentes organizaciones se reúnan para coordinar campañas específicas, mítines o eventos de protesta. En estas situaciones pasa a primer plano otro personaje de la difusión. Nos referimos a los *intermediarios*, capaces de transferir información entre gente

previamente desconectada. A través de estos intermediarios, las redes se amplían y sus miembros tienen oportunidades de discutir acerca de ideas, estrategias y la eficacia o ineficacia de diferentes tácticas en tales o cuales circunstancias. Los intermediarios pueden desempeñar un papel decisivo porque es común que entre diversos grupos del movimiento haya competencia por los recursos, la afiliación, la atención de los medios de comunicación y la influencia ideológica y estratégica, lo que significa que en esas redes puede haber tensión. Pero también es frecuente que los activistas y los líderes piensen en cómo transmitir efectivamente sus mensajes, para lo cual la intermediación puede llegar a ser un mecanismo decisivo (McAdam, Tarrow y Tilly, 2001: 332). Snow y Benford (1999) observan que la función de intermediación puede ser intencional de parte de individuos en posiciones centrales y una dimensión importante de la difusión trasnacional. El potencial del mecanismo de intermediación se expande exponencialmente en la era de internet, en la que, a través de los blogs y los medios de comunicación social, los intermediarios pueden desempeñar papeles instrumentales en la difusión de nuevas ideas sin necesidad del contacto cara a cara (Givan, Roberts y Soule, 2010).

De modo muy parecido puede darse la difusión entre movimientos. Meyer y Whittier (1994) acuñaron la expresión *derrame del movimiento social* para dar a entender la manera en que a veces el activismo en un movimiento se solapa con el de otro, lo que produce la migración de tácticas entre diferentes movimientos a través de los roles múltiples. Su análisis apunta a un fenómeno común en los círculos de los movimientos sociales progresistas, el solapamiento de sus respectivas membresías. Por ejemplo, Meyer y Whittier observan que las integrantes del movimiento feminista que también participaban en las protestas por la paz en los años ochenta del siglo pasado, fueron un factor que influyó en las semejanzas tácticas entre ambos movimientos. Otros investigadores hallaron que los efectos de derrame entre las campañas del movimiento feminista para combatir la violencia y las iniciativas del movimiento LGTB contra la violencia pueden en parte atribuirse a actores decisivos en ambos movimientos (Jennes y Broad, 1997). Soule (1997) rastreó la difusión de una táctica única de un movimiento al otro: las ocupaciones estudiantiles de

espacios universitarios en los que levantaban barrios de chabolas. Soule también comprobó que esta táctica se transmitía a través del solapamiento de afiliaciones en el movimiento estudiantil y, más tarde, en las protestas contra el *apartheid* centradas en la desinversión económica de las empresas sudafricanas en las universidades. La difusión directa se refuerza cuando entre los movimientos se dan fuertes paralelismos en los planos filosófico-políticos y/o ideológicos. Los barrios de chabolas surgieron en muchas de las grandes protestas por justicia global en la última década del siglo XX. Cuando los movimientos divergen en ideología o en filosofía política, opera otro tipo de difusión: la *difusión indirecta*.

Difusión indirecta

En la era contemporánea, cuando los medios de comunicación masiva proporcionan cobertura inmediata y de gran alcance a eventos de protesta, es común que los activistas alumbren ideas de nuevas tácticas con el empleo de las fuentes impresas y las audiovisuales. Es lo que ocurre cuando los movimientos comparten tácticas, pero sus períodos de movilización no se superponen (lo que reduce la probabilidad de membresías simultáneas). Aunque la superposición de membresías fuera escasa, las tácticas no violentas de las protestas por los derechos civiles de las décadas de 1950 y 1960 –sentadas, boicots y provocación de arrestos masivos– fueron recogidas en la década de 1970 por el movimiento chicano y por los grupos de estudiantes contra la guerra. El hecho de que esos grupos compartieran con las protestas por los derechos civiles los objetivos de amplios cambios sociales alentó la adopción de tácticas que años antes habían visto en la televisión. En la década de 1980, estas tácticas fueron adoptadas también por movimientos situados en el otro extremo del espectro político, sobre todo por el movimiento antiabortista y una poderosa organización que formaba parte de él, la llamada Operación Rescate. En los períodos en los que las actividades de protesta experimentan un auge considerable, es particularmente importante la difusión indirecta a través de los medios de

comunicación. Tarrow (1998) ha constatado la presencia de fuertes patrones de solapamiento en los repertorios tácticos durante los *ciclos de protesta*, incluso entre grupos de signo opuesto. Su análisis sugiere que, en esos momentos, la difusión indirecta basada en los medios de comunicación es un mecanismo fundamental de la *naturaleza modular* de las protestas en el seno de estos ciclos.

En la práctica, la modularidad es reforzada por una combinación de difusión directa y difusión indirecta, como ocurrió durante el ciclo de protesta de los años sesenta del siglo pasado, en el que las movilizaciones estudiantiles se extendieron por Estados Unidos, Europa Occidental y Latinoamérica. Fue un período en el cual el activismo estudiantil contra la Guerra de Vietnam en Estados Unidos se convirtió en una amplia ideología antisistema de resistencia a la autoridad del Estado, conocida como Nueva Izquierda. En Europa, si bien las raíces eran diferentes, también se dio en los campus universitarios un impulso que culminó en las gigantescas protestas de 1968, en especial en Francia durante mayo de ese año. Era muy grande la modularidad entre muchas de las movilizaciones estudiantiles; las reuniones, las marchas, las ocupaciones de edificios, los espacios de libre expresión y la destrucción de la propiedad se reforzaron mediante la identificación con otras luchas estudiantiles y una ideología de nueva izquierda ampliamente compartida. En aquella época el viaje en avión, aunque no raro, era caro, y eso limitaba el contacto directo entre los líderes estudiantiles y los participantes, pero también era la época del auge de un nuevo medio, la televisión. Tal como lo sugiere el título del libro de Gitlin (1980) sobre los medios de comunicación y la Nueva Izquierda, «el mundo entero vio» que los estudiantes ocupaban la Universidad de Columbia y que en el Mayo Francés los estudiantes estuvieron a punto de derribar el gobierno. Aunque el relato de McAdam y Rucht (1993) limite los ejemplos de contacto directo entre los líderes de las protestas antinucleares, lo cierto es que los medios de comunicación fueron el mecanismo clave que explica la difusión de tácticas en las protestas estudiantiles. Los estudiantes de la Universidad Nacional Autónoma de México, en Ciudad de México, reconocieron que sus protestas de septiembre de 1968 se inspiraban en parte en las movilizaciones estudiantiles de Europa y Estados Unidos (Harding,

1969), aun cuando las demandas reflejaran exclusivamente la historia y la política mexicanas.

Este análisis de la modularidad conlleva dos advertencias. En primer lugar, que la modularidad no excluye la creatividad. Los estudiantes mexicanos también inventaron tácticas, en particular una marcha silenciosa, no violenta y respetuosa de 30.000 personas por las calles del centro de la ciudad para ganarse el favor de la opinión pública, decisión táctica de extraordinaria prudencia para líderes estudiantiles. En segundo lugar, que aunque nuestro foco recae en la difusión de tácticas, también se difunden otros elementos del movimiento. Entre los diversos movimientos estudiantiles del período se dan también semejanzas ideológicas en el amplio marco de la crítica izquierdista y antisistema. Técnicamente, el proceso se clasifica como una convergencia bajo un amplio *marco* ideológico *maestro*. Además, entre los movimientos estudiantiles se difunde también una forma organizativa basada en la decisión por consenso. Lo importante es que no solo las tácticas se difunden, sino también otros elementos.

Si tratamos de explicar por qué unas tácticas se difunden más fácil y más rápidamente que otras, las semejanzas ideológicas y la reunión de movimientos bajo un marco maestro compartido proporcionan muchas respuestas. Facilitan los contextos para las coaliciones entre movimientos y la polinización cruzada (Meyer y Whittier, 1994). Además, los objetivos de cambio social ampliamente compartidos facilitan el reconocimiento de tácticas útiles entre activistas originarios de distintos movimientos. Aunque he dicho que a veces los movimientos progresistas y los conservadores comparten tácticas basadas en el principio utilitario que reza «si funciona, empléala», en la práctica los grupos de los movimientos sopesarán criterios de utilidad con consideraciones ideológicas y a veces rechazarán tácticas «contaminadas» por su origen en movimientos contrarios. Polletta (2002) observa este proceso en la coalición organizativa de las protestas de Seattle contra la OMC, que desdeñó determinadas tácticas por considerarlas «machistas» y adoptó tácticas organizacionales de democracia deliberativa y decisión por consenso, coherentes con sus creencias. Della Porta (2009) señaló que la adopción de la cláusula clave del modelo organizacional de la

democracia deliberativa para los Foros Sociales Mundiales responde a consideraciones ideológicas de consenso, igualdad y bien público, típicas de las organizaciones progresistas.

Repertorios y regímenes

Si bien en la actualidad México es una democracia, en 1968 era un Estado autoritario de partido único con tendencia a reprimir protestas, lo que se tradujo en un trágico final para el mencionado movimiento estudiantil. El 2 de octubre de 1968 miles de estudiantes pacíficos fueron rodeados por 2.000 soldados armados en la Plaza de las Tres Culturas y docenas de tanques cerraron las calles de entrada y de salida. Los soldados abrieron fuego sobre los estudiantes atrapados y mataron o hirieron a centenares de ellos. Esa noche se detuvo a millares de estudiantes y el movimiento estudiantil quedó por mucho tiempo aplastado. Este tipo de fuerza militar aplicado contra estudiantes desarmados recuerda la masacre de la Plaza de Tiananmén, China, en 1989, ocasión en la que –según algunas estimaciones– fueron asesinados 5.000 manifestantes que demandaban reformas democráticas. China también era un Estado autoritario y represor que limitaba la actividad de protesta, y continúa siéndolo aún hoy. Aunque no todos los Estados están igualmente dispuestos a sacar el ejército a la calle contra estudiantes pacíficos, es importante reconocer que algunos lo hacen y que, más en general, hay entre diferentes Estados y regímenes un abanico de tolerancia que afecta enormemente a las decisiones estratégicas y tácticas de los activistas de los movimientos sociales. Esto da lugar a un repertorio diferente de acciones contenciosas en los Estados represivos, observación de importantes consecuencias cuando los investigadores del movimiento social dirigen la atención más allá de las democracias de Europa Occidental y Estados Unidos.

Recuérdese que el surgimiento del repertorio moderno estuvo ligado a la sustitución de autocracias tradicionales de reyes, señores y terratenientes por políticas democráticas modernas. Tilly (2006) identifica dos

dimensiones de estructura estatal pertinentes al tipo de repertorio: capacidad estatal y grado de democracia. El paso del repertorio premoderno al moderno tuvo lugar como resultado de incrementos en ambas dimensiones. Los Estados con baja capacidad tienen control limitado sobre los territorios. A veces, la autoridad administrativa se dispersa entre los intermediarios del poder local, los terratenientes y los líderes de las fuerzas paramilitares, cuya lealtad al centro es débil y poco fiable. Hay Estados que presentan en su interior zonas desprovistas en absoluto de autoridad administrativa –*hinterlands*, tierras baldías y «oestes salvajes»– en las que los delincuentes campan a sus anchas, con la consiguiente inseguridad de sus carreteras. Lo que dice Tilly es que, allí donde el Estado es débil, los movimientos tienden a desafiarlo directamente con levantamientos armados o rebeliones separatistas. Los Estados democráticos occidentales son regímenes con gran capacidad en el sentido de que la autoridad del Estado permea amplia y profundamente las experiencias de los ciudadanos.

La dimensión de democracia es más familiar y visible. Lo mismo que la capacidad del Estado, también la democracia puede ser tratada como una variable y analizada según cuatro criterios básicos. En primer lugar, los diferentes Estados exhibirán diferentes grados en los derechos de ciudadanía que se conceden a los habitantes; en segundo lugar, diferirán en los grados de acceso a la representatividad política; en tercer lugar, mostrarán distinta sensibilidad a las demandas de los ciudadanos; y en cuarto lugar, presentarán diferencias en la protección jurídica que ofrecen a los ciudadanos. En lo que respecta a los movimientos sociales, la aplicación de estos cuatro parámetros se traduce en la estrategia predominante en relación con la tolerancia a las acciones de protesta (Koopmans y Kriesi, 1995). Fuera de las democracias modernas, la tolerancia es a menudo muy baja y se refleja en el tamaño y la densidad del aparato de control social. Es común que los regímenes autoritarios, en particular los que tienen elevada capacidad estatal, dediquen importantes recursos a la policía y las fuerzas militares para controlar la disensión. En el régimen sirio de al-Assad, por ejemplo, había al menos dieciocho organizaciones policiales y de seguridad independientes entre sí operando en las principales ciudades del país. Esto constituía un aparato de control muy denso y de enorme eficacia. Por el

contrario, en la mayoría de los casos los Estados democráticos respetan los derechos de los ciudadanos a expresar el disenso político. En la medida en que las protestas tengan lugar dentro de los parámetros legales, la policía y las fuerzas de seguridad se abstienen del uso de la fuerza y hasta pueden facilitar las permitidas. Las democracias modernas también tienen muy desarrollada su capacidad estatal, como lo muestra con toda claridad el hecho de que en la mayoría de las protestas se da por supuesta la presencia policial.

El repertorio de la represión

En los Estados autoritarios, donde el disenso político y la protesta pública pueden ser sumamente peligrosos, los repertorios de protesta son muy diferentes de los imperantes en los Estados con apertura democrática. Los Estados autoritarios fuertes tratan de controlar el discurso político penetrando en las actividades cotidianas de los ciudadanos para asegurar la conformidad con las políticas oficiales y atajar el disenso antes de que se desarrolle. En estas circunstancias, el principal amortiguador de la movilización de protesta es el miedo. Kuran (1995) sugiere que en los Estados autoritarios el discurso político está dominado por la *simulación de la preferencia* entre sus ciudadanos. Observa que el miedo a las multas, el acoso, los golpes de la policía y el encarcelamiento retiene a la gente de expresar su pensamiento, lo que crea una conspiración de silencio sobre la base del conformismo de la población, temerosa de pronunciarse contra las políticas oficiales. Pero por extendida que esté, la simulación de la preferencia en los regímenes represivos nunca es completa. La investigación muestra que siempre hay un puñado de personas dispuestas a correr graves riesgos con tal de decir la verdad. Los más visibles de estos activistas son disidentes bien conocidos –científicos, poetas, abogados y artistas– que exponen valientemente críticas públicas al régimen. Valiéndose de su notoriedad, retan al régimen a que actúe contra ellos (Johnston y Mueller, 2001) y se arriesgue a la condena internacional. Pero

hay también muchos otros que, aunque desconocidos y sin arriesgar tanto, desempeñan un papel decisivo en la configuración general de la oposición con su contribución a la quiebra de la conformidad del silencio. La forma en que esto se produce tiene una importancia básica para el *repertorio de la represión*.

La trascendencia de estos ciudadanos normales y corrientes estriba en que realizan dos tareas esenciales: 1) crean *espacios libres* fuera de la vigilancia del régimen, espacios que se convierten en locales donde los activistas se reúnen en privado y dicen la verdad (en oposición al «lenguaje engañoso» que maquilla gran parte del discurso oficial y el habla pública); 2) planifican pequeñas acciones colectivas para que la oposición trascienda la organización restrictiva y a menudo secreta de estos espacios libres, ocupe espacios públicos y trate de hacerlo sin ser detectada. Para evitar la captura, introducen un tercer elemento en el repertorio de la represión: 3) considerables innovación, creatividad y riesgo en las tácticas durante las primeras etapas del movimiento.

Es inconcebible que el Estado autoritario pueda inmiscuirse en todos los aspectos de la vida cotidiana para tener bajo control todo lo que todo el mundo dice. Es cierto que la gente debe ser muy prudente cuando habla en público, pero esto puede conseguirse limitando la conversación política a amigos de confianza. Con el empleo de esta táctica es posible crear espacios libres en grupos y organizaciones oficialmente reconocidos, pero que secretamente sirvan a la oposición como lugares donde encontrarse y cambiar ideas. En mi investigación de varios regímenes autoritarios (Johnston, 2006, 2011), la gente con la que hablé no tenía ningún problema en identificar grupos y organizaciones conocidos en su camuflado ambiente de oposición. En las repúblicas minoritarias de las URSS cumplían esta función grupos de danza folklórica, sociedades corales, grupos de estudio etnográfico, grupos de música folk, de teatro, sociedades históricas locales y *drama clubs* (organización sin fines de lucro que introducía el teatro en las cárceles e instituciones afines). En todas partes, grupos de excursión o de salidas, asociaciones geográficas e incluso clubes de apicultura (!) eran centros de discusión política. Estos *grupos encubiertos* son relativamente pocos y la amenaza que constituyen para el Estado es insignificante. Sin

embargo, su principal efecto es importante, pues el prudente discurso de oposición que en ellos tiene lugar permite a sus miembros saber que no están solos en su descontento. Esto desgarra el velo de silencio común entre los ciudadanos de Estados represivos y mantiene vivo el espíritu de oposición, de tal manera que cuando se presentan las oportunidades (digamos por división de las élites o por presiones internacionales), ya existe un fondo de potenciales participantes disponibles para más performances públicas de protesta. Aunque estas performances cuenten con una audiencia limitada, establecen el escenario para el próximo nivel de participación.

Si los niveles de represión se debilitan y/o los activistas ganan en osadía, en el seno del repertorio de la represión se despliega el segundo conjunto de tácticas. Hay un modelo de acciones innovadoras que tienen la misma consecuencia que los grupos encubiertos –esto es, mantener vivo el discurso de oposición–, pero llega más lejos con su audiencia porque irrumpe en el dominio público. Las *instalaciones clandestinas* son acciones riesgosas, a menudo enormemente creativas, que expanden las audiencias de las performances de desafío. Ejemplos de ello son los grafitis y los eslóganes políticos, o la colocación de flores, banderas, cruces, velas y otros símbolos de oposición en lugares de gran visibilidad. Un ejemplo de ello –cuyo simbolismo resulta difícil ignorar– fue la acción que los estudiantes de la antigua URSS llevaron a cabo en la estatua de Lenin, colocando excrementos en la mano extendida y una barra de pan en la que tiene a la espalda. En Siria, los activistas de la oposición vertieron tintura roja en las fuentes de Damasco para simbolizar la sangre derramada por el régimen de al-Assad. Los activistas también colocaron en cubos de basura equipos de estereofonía que reproducían una y otra vez canciones revolucionarias. Recientemente tuvo lugar otro tipo de instalación. En esta ocasión, un ilustrador de periódicos de China dibujó, para conmemorar el Día del Niño, una viñeta que contenía veladas referencias a la Plaza de Tiananmén, acerca de la cual está estrictamente prohibida cualquier discusión pública. La viñeta, que se publicó tres días antes del aniversario de Tiananmén, muestra un niño que en una pizarra ha dibujado unos tanques, una figura de pie ante ellos –alusión a las emblemáticas imágenes del estudiante solitario que

bloqueó los tanques en las protestas– y la antorcha de la democracia. Los editores que aprobaron la publicación de la viñeta perdieron su trabajo.

Figura 5.2. «Conmemoración del Día del Niño» en la Plaza de Tiananmén



Otra táctica del repertorio de la represión es el *apoderamiento de un evento*. Se trata de actos de protesta innovadores, a menudo planificados por grupos de activistas que, una vez más, exponen a la vista pública el simbolismo del desafío y la resistencia. Aprovechan reuniones colectivas para convertirlas en ocasiones relativamente seguras para expresar espíritu de oposición. Un ejemplo de cierto tipo de apoderamiento de eventos es la

entonación «espontánea» de canciones políticas prohibidas en conciertos públicos o acontecimientos deportivos. Otros ejemplos son la desviación del sentido de los funerales. Es común que a los funerales de disidentes o de mártires muy conocidos se asigne un fuerte simbolismo político, mucho más allá del simple duelo por el fallecimiento. En Gaza y la Margen Occidental, durante el levantamiento de la Intifada, no era raro que se politizaran los funerales y se alteraran sus itinerarios. Con ocasión del movimiento verde por la democracia en 2009 en Irán, tuvo lugar otro tipo de apoderamiento de eventos. Si bien el movimiento fue drásticamente reprimido, en las cálidas noches estivales de Teherán la gente solía reunirse en las azoteas de los edificios de la ciudad. En 2009 esta práctica social fue objeto de ese apoderamiento. Así, por las noches resonaban en las calles los gritos que, lanzados desde los tejados de toda la ciudad, proclamaban los eslóganes del movimiento. Poco podía hacer la policía contra los llamamientos cuyo eco inundaba la ciudad.

Cada una de estas tácticas da testimonio al público general de que hay allí una oposición. Para quienes se desesperaban ante la insensibilidad, la corrupción y las injusticias del Estado autoritario, ese conocimiento debió de ser alentador. Muchas de esas tácticas ofrecen un sentimiento relativamente seguro de participación en la protesta a un público que previamente no estaba involucrado en ella. De esa manera contribuían a redefinir en pequeña escala nuevas posibilidades políticas para la población general. Además, es común que los pequeños grupos de alto riesgo que organizan estas acciones hagan las veces de escuelas de futuros líderes del movimiento (Johnston, 2006). Por todas estas razones, cuanto menor sea la capacidad de un Estado para sofocar estas formas de protesta, mayor es el riesgo que corre de que se produzca una movilización de protesta más general en la calle. Con el tiempo, esas acciones comienzan por adoptar las tácticas más reconocibles del repertorio del movimiento social modular típico de los Estados democráticos.

Termino este capítulo con la observación de que la audiencia primordial de estas performances no es tanto la formada por las élites del régimen y el partido gobernante, como la del público presente no comprometido. Esto distingue el repertorio de la represión del repertorio moderno en los Estados

democráticos, en los que los puntos de mira primordiales son los máximos responsables de una política y los políticos en general, y en los que el público y los medios de comunicación son puntos de mira secundarios a través de los cuales ejercer presión sobre aquellos. Pero no hay democracias perfectas, así que cuando los funcionarios electos modifican su sensibilidad –por problemas políticos, regionales, de sistema de gobernanza o por predominio de una política de control social–, la combinación de las audiencias cambia y la forma y el contenido de las performances del movimiento social varían. Estas observaciones finales acerca del repertorio de la represión nos sirven para poner de relieve de qué manera una perspectiva orientada por la performance introduce en el análisis la dinámica desafiante-audiencia, que puede ofrecer importantes revelaciones incluso en los Estados democráticos.

Las performances del movimiento social casi siempre se dan en el teatro de los sistemas estatales. Dichas performances no solo son modeladas por las oportunidades y las amenazas que el Estado plantea, sino que también se moldean a sí mismas. La extensión de la representación política en el siglo XIX no se produjo por el compromiso de las élites políticas con la gobernanza democrática, sino que fue más bien impulsada por los movimientos emergentes que luchaban por una mayor representación política, como mostró Tilly en relación con la representación católica en 1823 y como sucedió más tarde con el movimiento sufragista, que obligó a las élites a cambiar de actitud. Este dinamismo también se advierte cuando los líderes del movimiento planifican cambios tácticos a fin de que la imagen del movimiento mejore su resonancia pública o gane valor informativo para los medios de comunicación. Como si de una producción teatral se tratara, las performances del movimiento social también tienen que ser convincentes e impactantes para captar la atención de sus audiencias y, según en qué Estado se produzcan, las respectivas audiencias serán diferentes. Pero, en resumen, siempre hay audiencias, tanto primarias como secundarias, a las que se dirigen performances del movimiento social, lo cual introduce una diferencia. Esta observación afecta al corazón mismo de la metáfora de la performance. En lo que respecta a las acciones colectivas de los movimientos sociales, es siempre verdadero el verso de Shakespeare

que se lee en *Como gustéis*: «El mundo entero es un escenario. Los hombres y las mujeres, simples actores». En palabras de un activista que reflexionaba sobre el destino de su movimiento: «Lo mismo que ocurre a propósito de cualquier otra cosa, no puedes quedarte para siempre fijado en lo mismo... No puedes quedarte estático, tienes que cambiar tus tácticas» (Schmidt, 2012: 19). Este activista se refería al destino del movimiento Occupy Wall Street. «Necesitamos mantenerlos en la incertidumbre», agregó, aludiendo a un imperativo estratégico fundamental de las performances de los movimientos sociales: el de mantener la atención de la audiencia.

6. ¿A dónde se dirigen los movimientos sociales?

En el siglo XXI, el cambio social se producirá a un ritmo muy rápido. Uno de los principales impulsores del cambio es la revolución digital en las tecnologías de la información y de la comunicación. Empezando por internet y el correo electrónico a mediados de los años ochenta del siglo pasado, continuando con la proliferación de teléfonos inteligentes, tabletas, medios de comunicación social y, en los últimos años, Bluetooth, estas tecnologías están cambiando muestra manera de vivir y de relacionarnos. Se calcula que diariamente se crean 2,5 trillones de bites, y que el 90 % de los datos hoy existentes en el mundo se ha creado en los dos últimos años. En manos de los activistas de los movimientos sociales, las nuevas tecnologías digitales pueden estimular y facilitar la movilización, contribuyendo a extender la escala de la protesta más allá de las fronteras geográficas y culturales, así como a reducir a un instante el tiempo necesario para coordinar las tácticas de protesta, como en las *flash mobs,* nombre con que se conocen las súbitas acciones colectivas convocadas por mensajes de texto o por tuit.

Las tecnologías digitales tienen potencialidad para producir profundos impactos en la relación de los Estados con los movimientos sociales. Históricamente, los movimientos populares han desempeñado papeles decisivos tanto a la hora de sensibilizar a las élites políticas como a la de resistir las tendencias autocráticas. Los movimientos del pasado consiguieron el voto para las minorías excluidas: católicos, inmigrantes, negros marginados del Sur de Estados Unidos y mujeres. En efecto, cabe preguntarse si, de no haber habido protesta popular, el Estado moderno habría alcanzado el nivel de participación democrática que hoy exhibe. En los Estados no democráticos, donde las instituciones políticas suelen

anquilosarse, corromperse y dejar de prestar servicios y protecciones básicos, los movimientos sociales son los principales vehículos de expresión de las demandas populares de cambio. Los regímenes estatales y los movimientos sociales han estado siempre en relación dinámica. Sobre la base de las movilizaciones masivas de los últimos años, disponemos de pruebas suficientes de que la revolución digital ha potenciado esa relación.

A medida que las ONG orientadas al cambio y las organizaciones de apoyo aumentan de tamaño e incrementan su profesionalización, ¿es posible para esas nuevas tecnologías mantener dinámicos y contenciosos los movimientos de protesta? ¿Pueden llevarlos a nuevas zonas de libertad y de empoderamiento y a nuevos niveles de desafío, por ejemplo, de nivel global? Y en los regímenes no democráticos, ¿pueden las nuevas tecnologías dotar a los movimientos sociales de los instrumentos necesarios para desafiar la corrupción y las restricciones de la libertad, o se las empleará para su cooptación y represión? Estas son las cuestiones de las que me ocuparé en este capítulo final, en el que exploro las tendencias de los movimientos sociales. Todo esto tiene profundas implicaciones en el campo científico, como lo demuestra el que haya investigadores que se estén preguntando si las nuevas tecnologías no están cambiando fundamentalmente el repertorio del movimiento social.

Movilización digital

A mediados de la década de 1980, los activistas comenzaron a advertir la utilidad de internet como herramienta de organización. Al igual que un lujoso papel con membrete de una empresa o una dirección en un edificio de prestigio, un sitio web podría conferir legitimidad al más pequeño y marginal de los grupos de un movimiento y ofrecer un modo barato de difundir su mensaje entre grandísimas audiencias. Lo único que se necesita es un dominio en la red, que es posible mantener a un precio relativamente bajo en comparación con los costes de imprimir folletos, peticiones y carteles, que eran los principales medios de información que las OMS

empleaban en el pasado. Los sitios web aportaron un significativo progreso en lo que se refiere a la *dimensión informacional* de la movilización, y siguen haciéndolo.

En poco tiempo los organizadores reconocieron también la *dimensión reticular* de internet. Los sitios web y los *listservs* pueden ayudar a construir electorados e identidades colectivas entre personas que, aunque sin ningún contacto personal, comparten quejas y/o demandas. Internet permite a los organizadores trascender los límites geográficos, la difusa distribución de partes agraviadas y la ausencia de interacciones cara a cara (Myers, 1994). Los grupos victimizados, los ciudadanos marginados y las poblaciones discriminadas, como las víctimas de sacerdotes pedófilos, los pacientes de sida y activistas, los antiguos miembros de la cienciología, los antiguos mormones, los antiguos católicos –la lista no acaba aquí– pudieron construir en línea comunidades e identidades, proporcionar apoyo y, lo que es particularmente importante para nuestros fines, organizar acciones. Los mismos efectos, a menudo con consecuencias legales, estuvieron al alcance de grupos marginales, extremistas e indeseables, como el Ku Klux Klan, grupos paramilitares de derechas, los muyahidines islámicos y la North American Man/Boy Love Association [Asociación norteamericana a favor del amor entre hombres y chicos].

La última década del siglo XX podría describirse como la era clásica del activismo en internet. Además de las funciones informativas y reticulares, se hizo evidente la apertura de nuevas posibilidades para un *activismo* rápido, fácil y barato *sobre la exclusiva base de internet*. Por ejemplo, el portal de Rainforest Action Network disponía de una herramienta que permitía enviar faxes en nombre de visitantes del portal a políticos de primer nivel y ejecutivos de empresas de explotación forestal con demandas de protección de los bosques primarios. Del mismo modo, el portal de la National Abortion and Reproductive Rights Action League (NARAL) [Liga Nacional a favor del aborto y los derechos reproductivos] facilitaba el envío de correos electrónicos a políticos en apoyo a su causa (Kriemer, 2001). En 1999, MoveOn.org comenzó como campaña en línea para urgir al Congreso de Estados Unidos a «seguir adelante» con los asuntos de gobierno durante las audiencias del *impeachment* de Clinton. Con el recurso a correos

electrónicos, su petición en línea llegó a contar con el apoyo de más de 500.000 nombres. Rápidamente, MoveOn.org se convirtió en un actor permanente de la política progresista, contrató personal remunerado y abrió el abanico de peticiones y correos electrónicos para emplear los enfoques multimediáticos, incluso la publicidad en prensa, los archivos de audio y las descargas gráficas. Ya desde su inicio, la organización se destacó por la facilidad de implicación que su portal en línea ofrecía a millares de «activistas por cinco minutos» (Raney, 1999).

Otro tipo de activismo sobre la base de internet es el que surgió entre los grandes entusiastas de la tecnología, los locos por los ordenadores, los hackers y los defensores del sistema abierto. Pienso en las diversas formas de «hackctivismo» (que algunos llaman desobediencia civil electrónica), como son la inundación de sitios web de los adversarios o el desvío de visitas, el «bombardeo de mensajes de correo», la humillación pública de los rivales o la alteración de los *banners* –banderolas publicitarias–, las fotos y el contenido de páginas web. Algunos «hackers» van más allá de las bromas, para robar información y hacerla pública o para infectar los portales de sus rivales de virus y gusanos informáticos. Por un lado, muchos de estos ejemplos son nuevas variantes digitales de tácticas de otro tiempo, como el sabotaje, los grafitis y las filtraciones. Pero, por otro lado, parece estar surgiendo un nuevo tipo de actor virtual, actor que forma parte de la subcultura antisistema que defiende de manera militante las cualidades más valiosas de internet, a saber: libertad, accesibilidad, espontaneidad, carácter colaborativo, ausencia de líderes, autoorganización y (sobre todo) escapar al control del Estado. Me adelanto unos años para hablar de la red Anonymous, totalmente fundada en internet, absolutamente virtual, sin contacto cara a cara, pero capaz de organizarse contra las amenazas a la libertad en internet (al modo de las campañas de los «hacktivistas» contra la Ley de Ciberseguridad y Libertad en Internet, de 2011) y en apoyo de las causas de acceso abierto y de diversas acciones progresistas, como el ataque a páginas pornográficas infantiles, el apoyo a la Primavera Árabe y servir de sostén al movimiento Occupy.

Los interrogantes que este tipo de acciones plantea a la investigación del movimiento social comienzan por la naturaleza de la acción colectiva ante

la que nos hallamos. ¿Qué dimensiones de identidad colectiva pueden darse entre los participantes de Anonymous? ¿Es posible que una red virtual pueda sostenerse sin conexiones personales, encuentros y reuniones de protesta en la calle, que en el pasado fueron las señales distintivas de las acciones colectivas? (Earl y Kimport, 2011). Estas preguntas sugieren un importante mundo nuevo de formas de acción colectiva que impulsan el repertorio de los movimientos sociales en nuevas direcciones.

Medios sociales y repertorio modular

La relación entre acciones de protesta tradicional y de protesta virtual ha pasado al primer plano de la investigación en torno a la Primavera Árabe, en cuyo transcurso se utilizaron los medios sociales –por ejemplo, Facebook, YouTube y Twiter– en grandísimas movilizaciones populares. La Primavera Árabe de 2011 constó de diversos levantamientos del poder popular contra regímenes represivos en Oriente Medio y África del Norte: Túnez, Egipto, Libia, Yemen, Baréin y Siria. Para nuestros fines, los más importantes fueron los movimientos exitosos de Túnez y Egipto, donde las protestas masivas terminaron promoviendo un cambio de régimen tras la intervención de las élites militares en apoyo de las demandas de los manifestantes.

En estos dos países, el progreso de la movilización y los cambios de alineamiento de las fuerzas políticas nacionales fueron complejos y siguieron sus propias trayectorias diferenciales, pero un hilo común a todos los casos fue el uso de internet, las tecnologías de comunicación basadas en internet y, en particular, los medios sociales en la movilización de la oposición popular (Alexander, 2011). Solo un año antes, las extendidas protestas en Irán habían empleado medios similares para movilizarse contra las elecciones fraudulentas, de modo que la penetración de estas tecnologías en Oriente Medio no debió de haber sido una sorpresa para los observadores. A pesar de las desigualdades de los respectivos desarrollos económicos, muchos de estos países tienen una considerable clase media

urbana y mucha gente, particularmente entre la generación más joven, con habilidades tecnológicas, bien conectada en el ámbito nacional y, en muchos casos, también en el global. Howard (2010) observa que, aunque el uso de internet creció rápidamente en la región, solo abarca al 17 % de la población. Sin embargo, entre quienes están comunicados por internet opera una conectividad en dos pasos que expande el papel de los medios sociales, en primer lugar a través de las redes con base en internet, y en segundo lugar, a través de los vínculos sociales cara a cara de quienes están conectados con sus familias extensas, vecinos y amigos.

El análisis del papel de los medios digitales en Egipto y Túnez está aún en curso, pero los resultados preliminares ya indican que es incorrecto decir que se trató de revoluciones basadas por completo en internet o en Twiter. Más acertado es decir que los medios sociales desempeñaron un papel de apoyo, y que las redes tradicionales del cara a cara que abarcaban la familia, los amigos y los vecinos fueron, en cambio, primordiales para movilizar a la gente en las calles. Un estudio sugiere que, de modo muy semejante a las redes de solidaridad internacional sobre la base de internet que apoyaron a movimientos como el zapatista, Twiter se utilizó «en la Revolución Egipcia para promover el compromiso activo y efectivo del público internacional» (Wilson y Dunn, 2011: 1269). Además, su utilización se concentró en un pequeño grupo de «usuarios del poder» –blogueros, periodistas y activistas– que se conectaban con un gran grupo de segundo nivel que recibía su contenido y retuiteaba a otras personas de sus respectivas redes, a veces con el agregado de contenido propio y palabras de apoyo. En lo que respecta al hecho real de salir a la calle, los mismos autores sugieren que Twiter y la conciencia compartida de su alcance global contribuyeron a motivar e infundir ánimo a los contestatarios, aunque el análisis se halla todavía en una etapa preliminar. La coordinación de protestas, la transmisión de noticias sobre movimientos de la policía, la información acerca de rápidos cambios de política de las élites y el seguimiento de las novedades a través de los medios de comunicación masiva, como Al Jazeera y Al Arabiya, todo ello fue posible gracias al uso generalizado que los manifestantes hacían de los teléfonos móviles, así como también a los mensajes de texto y los tuits que se enviaban a los periodistas y las fotos de calle que se subían a

los medios internacionales. La dimensión digital tuvo lugar junto con las protestas en tiempo real que se produjeron en la Plaza Tahrir y como complemento de ellas, cuyas mareas de participantes, la amenaza que crearon y la perturbación social que provocaron –y no sus tuits– fueron lo que forzó a los militares a deponer a Mubarak.

La conclusión es que, primero internet y luego la Web 2.0, son agregados importantes al manual táctico del repertorio modular del movimiento social. Su empleo no dejará de incrementarse y seguirá teniendo importantes consecuencias en las estrategias informativas y de red de los movimientos sociales del futuro. Sin embargo, gran parte de lo que hemos visto hasta ahora es una extensión táctica de tendencias que los investigadores ya conocían. Por ejemplo, hoy el ingreso de las cuotas de afiliación a Worldwide Fund for Wildlife o a Greenpeace puede hacerse por internet mediante PayPal, tarjetas de crédito y cuentas telefónicas. La mercadotecnia de los movimientos puede realizarse mediante tácticas informáticas (por ejemplo, *pop-ups* y carteles de Amnistía Internacional). En la actualidad, la profesionalización de las estrategias en los medios comprende incursiones en Facebook y Twitter, colocación de vídeos en la red y el logro de cobertura en los sitios web de noticias. Las amplísimas funciones reticulares de internet abren nuevas posibilidades al «activismo por cinco minutos», como las peticiones en línea y las campañas por correo electrónico, pero en el fondo se trata de expansiones –enormemente realzadas por la tecnología– de las conocidas tácticas de las peticiones firmadas a mano y el envío de cartas. Queda para la investigación futura establecer si el poder de los movimientos que descansan en el reclutamiento virtual iguala al de los movimientos que se basaban en los tradicionales vínculos cara a cara. Recuérdese el símil de Tilly (2008: 14) según el cual el repertorio del movimiento social moderno es como una improvisación de jazz que tiene lugar en torno a la melodía orientadora de un patrón antiguo. Estas «líneas» y «frases» sobre la base de internet, improvisaciones sobre una melodía dada, son más bien innovaciones tácticas que sincronizan con, y enriquecen, la melodía más amplia de la acción colectiva como se la entendía tradicionalmente, esto es, el repertorio modal del movimiento social.

Movimientos trasnacionales e internet

La última década del siglo XX fue una época de protestas globales, y no es mera coincidencia que, para cubrir la dimensión geográfica inherente a los problemas mundiales, los activistas expandieran enormemente justo en esos años las funciones de información y de creación de redes en internet. Sin embargo, es importante reconocer que la dimensión trasnacional de los movimientos sociales no es únicamente un artefacto de internet. Los cambios tecnológicos del siglo XIX fueron los primeros pasos en la intensa compresión del espacio que caracteriza hoy los procesos de globalización. Por ejemplo, el estudio de Hanagan (2002) sobre las dimensiones trasnacionales del movimiento nacionalista irlandés sostiene que las rutas transatlánticas de la navegación de vapor desempeñaron un papel decisivo en la creación de comunidades de inmigrantes que apoyaran el movimiento nacional. Durante el mismo período se crearon organizaciones internacionales que, como la Unión Postal Universal (1874) y la Oficina Internacional de Pesas y Medidas (1875), alentaron la estandarización y el intercambio internacional y fueron precursoras de las poderosas organizaciones globales multilaterales de cien años más tarde. El número de empresas que operaban en diferentes países aumentó enormemente en el siglo XX y ello preparó el escenario para movimientos sociales que reconocieron el carácter internacional de la explotación corporativa, queja distintiva del movimiento por justicia global de los años noventa.

En el corazón mismo del movimiento por justicia global anidaba la indignación ante la injustica de las operaciones de producción global. En todo el mundo se organizaron gigantescas protestas contra las políticas de organizaciones multinacionales como el FMI y el Banco Mundial, que alentaban la actividad económica internacional bajo la bandera del régimen neoliberal de libre comercio. Antes de la revolución digital (es decir, en la década de 1960 y 1970), no hay duda de que el antiimperialismo, el anticolonialismo, el castrismo y los movimientos socialistas, comunistas y revolucionarios se fundaban en sólidos temas anticapitalistas trasnacionales, pero es preciso señalar que la revolución digital de los años noventa llevó a

nuevos niveles la difusión mundial de la información y la red global. Lo más notable fue el empleo de internet para construir contactos entre activistas de diferentes países, que estimuló una dimensión virtual de la fundamental base reticular de los movimientos sociales y planteó problemas acerca de la naturaleza de los movimientos sociales trasnacionales que los activistas y los estudiosos tienen hoy en mente.

En la vanguardia de la tendencia estaba el movimiento zapatista en México –el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN)– y sus apoyos internacionales, que utilizaron creativamente internet para atraer el «activismo de la solidaridad» en apoyo al movimiento. Los zapatistas obtuvieron la atención de los medios internacionales cuando el 1 de enero de 1994, el mismo día en que entraba en vigor el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA), unos insurgentes armados –en su mayor parte campesinos mayas del Estado mexicano de Chiapas– se apoderaron de la capital, San Cristóbal de las Casas, y de otros municipios de las cercanías. Las once exigencias básicas de los zapatistas se centraban mayoritariamente en cuestiones nacionales (entre ellas el empleo, la tierra, la vivienda, alimentación adecuada y atención sanitaria, democracia), pero, puesto que muchas de estas cuestiones se solapaban con las críticas de los movimientos por justicia global al comercio libre y a las políticas de ajuste estructural del FMI y el Banco Mundial, atrajeron la atención de un cuadro creciente de activistas en Occidente, algunos de los cuales eran muy duchos en materia de internet (Bob, 2005).

La presencia de los zapatistas en internet llevó a ciertos investigadores a atribuir erróneamente al movimiento una refinada tecnología. Otros observaron que la solidaridad internacional generada por los comunicados en internet tenía un poderoso efecto moderador en la reacción del gobierno mexicano y alentaba una solución pacífica del conflicto. Sin embargo, lo cierto es que, en su mayor parte, los zapatistas eran agricultores y campesinos marginados. Los relatos de sus líderes –en particular los del subcomandante Marcos, figura tan atractiva para los medios de comunicación, en su camioneta, con pasamontañas y pipa–, que subían mensajes a la página web de EZLN desde sus ordenadores portátiles, eran probablemente entusiastas idealizaciones tecnológicas del movimiento.

Olesen (2005) ha observado que la amplia mayoría de los mensajes de correo electrónico de los zapatistas pertenecían a *activistas internacionales solidarios* –apoyos de origen mayoritariamente norteamericano y de países europeos–, no a los líderes zapatistas. Estas personas revisaban regularmente las informaciones periodísticas de la prensa mexicana, sobre todo de *La Jornada* (que en 1995 apareció en versión digital) con el fin de trasladar a la red mundial los comunicados de prensa y las «denuncias» del movimiento (Cleaver, 1998). Aunque algunos analistas hayan sobreestimado la estrategia de internet del EZLN, la mayor parte advirtió acertadamente que la batalla digital se libraba en el campo de la información y la difusión entre los activistas y las organizaciones con conexión a la red global. Cleaver (1998) calificó esta nueva dimensión informacional como «nueva urdimbre de lucha».

Al mismo tiempo, el movimiento por justicia global contra las políticas del FMI y el G8 en los países pobres movilizaba las redes de solidaridad internacional mediante la utilización de los enlaces en la red de internet. A lo largo de los años noventa hubo protestas en las ciudades en las que el FMI, la OMC, el Banco Mundial, el G8, la UE y el Foro Económico Mundial celebraron sus cumbres –Múnich (1992), Lyon (1996), Vancouver (1997)– y enormes movilizaciones en Ámsterdam (1997), Luxemburgo (1997), Birmingham (1998), Seattle (1999) y Colonia (1999). Es justo decir que las grandes multitudes de los últimos años reflejaban no solo las crecientes críticas a la globalización neoliberal, sino también la expansión del empleo de sitios web y *listservs* temporales para crear «redes sociales de base informática» (Wellman, 2001) como fundamento de la organización. Particularmente digno de mención es que durante las protestas de Seattle se instalaron, y se emplearon con gran éxito, centros mediáticos independientes –Indymedia– en calidad de medios gracias a los cuales los activistas compartían, producían y editaban colectivamente archivos de textos en línea para su difusión internacional, a la vez que subían a la red audios y vídeos casi en tiempo real. Durante las protestas, «los activistas de los medios de comunicación» (Juris, 2005: 201) utilizaban cámaras digitales (y luego sus *smartphones*) para tomar fotos y vídeos de las protestas, registrar las respuestas de la policía y realizar entrevistas a los

participantes en las calles. Una vez descargada en los centros de Indymedia, esta información se transmitía a las actualizaciones informativas sobre las protestas de todo el mundo en tiempo real. Esta conectividad mundial es un elemento clave del movimiento por la justicia global y ha dado origen a una nueva forma organizacional de la movilización. Me refiero a las redes globales de base informática, geográficamente dispersas, como Peoples' Global Action, que no tienen miembros formales, sino que constituyen un espacio que sirve de paraguas para la discusión abierta y los intercambios de información sobre acciones locales en el mundo entero (Juris, 2005).

Alterglobalización

Del movimiento por la justicia global surgen diferentes temas ideológicos que refocalizan su crítica antineoliberal con el fin de explorar nuevas posibilidades para un mundo interconectado y globalizado. La idea clave es la de que «otro mundo es posible» (de ahí *alter*globalización), en referencia a un mundo *no* basado en las corporaciones mundiales, la búsqueda de beneficios y las tendencias no democráticas del poder económico y las instituciones políticas, sino radicalmente democrático, progresista y en el que se afirme la diversidad. La creación de este nuevo mundo es la idea orientadora que subyace a los Foros Sociales Mundiales, grandes encuentros periódicos, auténtico corazón del movimiento de alterglobalización. Estos foros son en parte presagios de espacios libres, en parte conferencias, en parte sesiones con aluviones de ideas de izquierdistas y contestatarios del sistema, en parte manifestaciones y en parte celebraciones de la diversidad. Además de todo esto –y como extensión de la tendencia a las redes internacionales de activistas–, los foros son oportunidades de conexión para los asistentes independientes y representantes de organizaciones que comparten visiones igualitarias y, es preciso decirlo, vagamente definidas y enormemente diversas, de un futuro global diferente.

Importantes sectores del movimiento continúan desafiando la globalización económica y cultural que defienden los Estados más ricos, así como la producción y las inversiones que fomentan injusticias económicas. Sin embargo, hay que aclarar que otro tema paralelo del movimiento es la creación de un espacio democrático alternativo positivo para oponerse a las fuerzas elitistas, no democráticas, que subyacen a las tendencias globales. Este tema cobró impulso durante las protestas contra el FMI en los años noventa del siglo pasado, y culminó poco después de la entrada del nuevo milenio. El primer Foro Social tuvo lugar en Porto Alegre, Brasil, en enero de 2001. Un segundo Foro se celebró en 2004 en Bombay y el tercero, en 2005, volvió a Brasil. En otros muchos escenarios, especialmente en Europa y en Latinoamérica, se han realizado Foros Sociales Regionales. Los Foros Sociales Europeos tuvieron su sede en Florencia (2002), París (2003) y Londres (2004). En Atlanta (2007) se reunió el Foro Social Estadounidense. Para los que participan en ellos, estos encuentros son expresiones de una *sociedad global emergente* (véase Smith y Reese, 2008).

Los dos hilos entretejidos que constituyen el nuevo espacio democrático son: 1) el énfasis consciente en el mantenimiento de la diversidad, la igualdad y la amplia participación en la toma de decisiones, por lo cual normalmente se rechazan la búsqueda de plataformas ideológicas y las agendas políticas unilaterales; 2) el reconocimiento colectivo de que «el proceso es el objetivo». Esto alude a que las prácticas que emplean los encuentros para organizarse y actuar reflejan una visión radical de la igualdad democrática. La línea que deriva de estas prácticas organizacionales y de toma de decisiones nos retrotrae a ciertos movimientos de finales de los años sesenta y comienzos de los setenta del siglo pasado y su énfasis en la toma de decisiones por consenso, que contrastaba con las estructuras jerárquicas de la Vieja Izquierda (Breines, 1980, 1982). Luego, durante los años ochenta y noventa, los portadores de la antorcha de la toma democrática y participativa de decisiones fueron los colectivos feministas, las organizaciones pacifistas y los grupos antinucleares y medioambientales. Estos la transmitieron a los activistas de los movimientos de globalización antineoliberales, los cuales, con ocasión de los *encuentros* de los zapatistas y, más tarde, en el movimiento de

alterglobalización (Maeckelbergh, 2011), la sometieron a nuevas elaboraciones.

Siguiendo a della Porta (2009: 185), los principios fundamentales de la democracia participativa pueden resumirse de la siguiente manera: 1) las decisiones se toman por consenso; 2) requieren compromiso público desde distintos puntos de vista, lo que produce 3) la modificación de diferentes perspectivas en virtud de la argumentación racional; 4) el derecho de cualquiera que se sienta involucrado en los temas en discusión a participar en la toma de decisiones; 5) la deliberación entre iguales, lo que quiere decir que todos los participantes son igualmente respetados y a todos se les conceden las mismas oportunidades de influir en la discusión. Los investigadores han observado que, en la práctica, con frecuencia estos principios son causa de frustración y conflicto (Polletta, 2002; Juris, 2008; Kwon, Reese y Anantran, 2008; della Porta, 2009), aunque también han observado (Pleyers, 20011; Smith y Rose, 2008; Smith, 2008), que, en gran parte, la firmeza del compromiso, el idealismo y la esperanza de sus participantes se cimentaban en los valores compartidos de igualdad, diversidad, justicia económica y tolerancia, además de su confianza en que estos principios democráticos «horizontales» eran canalizados por la sabiduría de la voluntad popular.

Tarrow (2005: 73) observa que bajo el paraguas del movimiento se reúne una gama extraordinariamente amplia de cuestiones: «adversarios del comercio libre, partidarios de un medioambiente más limpio, los que piden el acceso de los agricultores del Tercer Mundo a los mercados occidentales, los contestatarios del neoliberalismo y los partidarios de la democracia». A estos temas podemos agregar la libertad de internet y el ciberactivismo. Juris (2005: 204) analiza un grupo llamado d.sec (*database systems to enforce control* [‘sistemas de base de datos para reforzar el control’]), grupo cibernético en un campamento alterglobal en Alemania. En palabras de Juris, el grupo es

> una estructura abierta en la que activistas, antirracistas, migrantes, *hackers*, técnicos, artistas y muchos otros ponen sus conocimientos y sus habilidades prácticas en interacción autoorganizada, o sea, en un espacio para discutir y para conectarse a la red a fin de compartir habilidades y producir conocimiento cooperativo. Un laboratorio para poner a prueba diferentes maneras de *hackear* las calles y reclamar ciberespacio con multitudes virtuales;

experimentar con identidades virtuales, Linux, fuente abierta..., explorar la encarnación de la tecnología y aprender los significados de los cruces fronterizos entre lo físico y lo virtual.

Obviamente, las actividades de este grupo tienen una fuerte impronta tecnológica, pero están sólidamente arraigadas en el *ethos* de la alterglobalización en la medida en que el acceso digital abierto y libre anida en el corazón mismo de la red global de comunicación del movimiento y en los objetivos democráticos de participación. En esta gran tienda de campaña son bienvenidos los activistas, los antirracistas, los migrantes, los hackers y los artistas.

Tácticas del proceso y ocupación de lugares

Los procesos de la democracia participativa, inspirados en otro conjunto de demandas, han sido recientemente expropiados por movimientos que se han dado en contextos predominantemente nacionales. Pienso en los movimientos Occupy (la ocupación en 2011 de Wall Street y muchos otros distritos centrales en ciudades de Estados Unidos y en todo el mundo) y en el que fue su precursor por unos meses, el movimiento de los *Indignados* en España, que también ocupó con acampadas las principales plazas de importantes ciudades del país. Las acampadas de Barcelona y de Madrid fueron los lugares de referencia del movimiento, también conocido como 15-M (por el 15 de mayo de 2011, fecha en que comenzó la ocupación). Lo que impulsó estos movimientos fue la indignación ante las desigualdades económicas tras la crisis financiera de 2008 y ante la desproporción con que estas desigualdades recayeron en perjuicio de la generación comprendida entre los 18 y los 30 años de edad. Pero, además de estas demandas, las ocupaciones crearon espacios en los que los participantes forjaron identidades colectivas intensamente vividas sobre la base de culturas locales de la diversidad y, sobre todo, de la participación colectiva en «metodologías» para una democracia de consenso entre los ocupantes, mayoritariamente jóvenes.

Al mirar retrospectivamente estos movimientos, ambos parecen haberse esfumado. No fueron capaces de reavivar el entusiasmo inicial en su primer aniversario, ni mantuvieron un amplio activismo una vez dispersadas las ocupaciones. Sin embargo, la táctica de ocupación de lugares como anticipaciones de espacios libres –esto es, presagios de un futuro posible– no solo no desapareció, sino que hay serios indicios de que se está convirtiendo en un elemento constitutivo del repertorio moderno. Dos años después de la acampada en Wall Street se inició la ocupación de la Plaza Taksim de Estambul, Turquía, por manifestantes mayoritariamente jóvenes. Sus diversas reivindicaciones iban de la protección de la plaza de un gran centro comercial que se proyectaba levantar allí, a la interrupción del autoritarismo invasor del Partido de la Justicia y el Desarrollo, partido islámico conservador a la sazón en el gobierno, pero las tácticas de democracia de consenso y afirmación identitaria eran semejantes (Arsu y Yeginsu, 2013). Los participantes de Occupy Wall Street se hubieran reconocido inmediatamente en las clases de yoga, los centros de asesoramiento jurídico, las tiendas médicas, los huertos comunitarios, las intensas discusiones y las tiendas de campaña de los ocupantes. Es interesante destacar la presencia de un corto número de activistas trasnacionales, razón por la cual el primer ministro Recep Tayyip Erdogan acusó de la perturbación a agitadores extranjeros.

Por supuesto que las sentadas y las ocupaciones de fábricas son tácticas de protesta ya experimentadas en la historia. Sin embargo, estas ocupaciones recientes se distinguen por: 1) la ausencia de una amplia planificación formal y, en su lugar, comunicación digital instantánea o a corto plazo; 2) la diversidad de los participantes; 3) en comparación con las estructuras de movilización del movimiento por los derechos humanos o del movimiento feminista, el relativo anonimato entre los presentes, al menos en el inicio de las acampadas. Estas características contrastan con las de sus tradicionales primas hermanas, por ejemplo, las ocupaciones de edificios universitarios, en las que quienes inician las acciones son grupos establecidos del campus, las sentadas o las huelgas de celo en las fábricas por iniciativa de los sindicatos locales. En estos casos, los participantes se conocen de antemano. Estas tácticas tampoco dan cabida a las

características festivas, innovadoras y de construcción de nuevas identidades, típicas de las ocupaciones.

Esta línea tendencial del nuevo tipo de ocupaciones se remonta en parte a los primeros campamentos que surgieron en torno a las protestas contra el FMI y el G8 en la última década del siglo xx. También Soule (1997) siguió la trayectoria de la temprana difusión de las tácticas de acampada en forma de barrios de chabolas ocupados por estudiantes para protestar contra la estrategia de la universidad en materia de inversiones. Estas líneas se desarrollaron en los «encuentros» zapatistas y en los Foros Sociales del movimiento alterglobalizacionista. Pero estas acciones también llevan entretejida una hebra cultural cuya primera aparición se produjo en los NMS de la década de 1980 –feminismo, medioambientalismo, derechos de los homosexuales, etc.–, de tal manera que las denuncias concretas de injusticia se funden con procesos de formación de identidades, afirmación y definición de un modo de vida. Aunque la comunicación digital es un factor que está presente en todas estas acampadas, el punto final –y esto es lo curioso– es la intensa experiencia cara a cara de nuevos encuentros personales, no virtuales. La observación de los participantes de estas ocupaciones que ha realizado Maeckelbergh (2011: 209) acentuaba el carácter abierto de las ocupaciones y los contactos personales entre los activistas trasnacionales conectados por internet. Otra investigación relata el intenso sentimiento comunitario que se creó en ellas (Smith, 2008; Smith y Reese, 2008; Pleyers, 2011). Además, la intensidad del aspecto participativo de las ocupaciones puede diluir las reivindicaciones originales del encuentro. Es lo que se produce con frecuencia por la amplia diversidad de las reclamaciones y los agravios –acogidos como parte del propio proceso– que atenúa el énfasis singular en cualquiera de ellos y amplifica aún más la dimensión del proceso.

Las ocupaciones de lugares son una nueva «táctica del proceso» alimentada por los fuertes incentivos de solidaridad que experimentan quienes participan en la deliberación democrática y la construcción de consenso, muy parecida a los procesos de construcción de identidad de los NMS que se ha analizado en el capítulo 4. En los NMS del pasado siempre había grupos cuyo énfasis distraía energía de los objetivos del cambio social

a favor del cambio personal. Pero, además, aquellos NMS tenían estructuras organizacionales en red que sobrevivían a estos escenarios específicos de «trabajo identitario», grupos pequeños y círculos de discusión. La alterglobalización y las movilizaciones con acampada, por el contrario, crean experiencias de identidad colectiva en grandes encuentros temporales que se constituyen y se dispersan, pero con estructuras –es lo que sugieren hasta ahora las evidencias– demasiado débiles para dar continuidad a sus reclamaciones políticas. Es posible que, si bien las tácticas de proceso oscurecen los resultados como objetivos de movilización de campañas futuras, movimientos como el de alterglobalización y el de las acampadas de Occupy auguren un futuro de otro tipo de movimientos de identidad y de modo de vida, que propague formas temporales de solidaridad como comunicación digital, y en el que los medios sociales reúnan rápidamente a poblaciones heterogéneas.

Movimientos sociales y sociedad contemporánea

Para concluir nuestra evaluación y para subrayar el significado de nuestro campo de estudio en general, quisiera terminar con la sugerencia de que los movimientos sociales están desempeñando un papel cada vez más importante en la política y la sociedad contemporáneas (Goldstone, 2003), lo que, como indican los ejemplos que acabo de mencionar, ocurre tanto en las democracias como en los regímenes totalitarios. Esto significa que la investigación del movimiento social capta tendencias centrales de la sociedad moderna y atrae la disciplina al corazón mismo de la ciencia social, que trata de explicar la forma del mundo posmoderno. En términos sencillos, los movimientos sociales y la movilización de protesta son procesos decisivos en el mundo contemporáneo, por lo que comprenderlos y comprender su relación con la gobernanza y la política nos ilustra enormemente sobre la coherencia y el cambio de las sociedades. Hasta me atrevería a afirmar que estas tendencias se reflejan en el desarrollo de la disciplina desde los años setenta del siglo pasado. En la actualidad, las

secciones de investigación del movimiento social se cuentan entre las más extensas, tanto en la American Sociological Association como en la International Sociological Association, los grupos profesionales más importantes para los sociólogos; sin embargo, tan solo en los años setenta estas secciones no existían en absoluto. No es exagerado ver en esto la creciente importancia del correspondiente campo de estudio.

En lo que respecta a las democracias occidentales, Meyer y Tarrow (1998) introdujeron la expresión *sociedad del movimiento social* para dar a entender que los movimientos son cada vez más comunes en tanto medios de expresión de demandas políticas. Melucci (1989) empleó la expresión *movimentización de la sociedad* para describir este tipo de procesos, pero este autor cargó el acento en las redes de afiliación social que impregnan el paisaje urbano contemporáneo y en la función básica de estas redes en las nuevas y complejas identidades. Otros investigadores han explorado las diversas dimensiones de la tendencia –frecuencia, tamaño, tácticas (Dalton, 2002; Dodson, 2011; Rucht, 1999; Soule y Earl, 2005)– y han llegado a la conclusión general de que, aun cuando no está claro si solo se trata de que las protestas sean más frecuentes que antes, lo cierto es que las tácticas del movimiento social tienen hoy mayor aceptación como medio para expresar demandas y/o quejas. Además, como sugiere el análisis de la sección anterior, están surgiendo nuevas formas de acción colectiva para satisfacer otras funciones sociales, como la de imaginar las relaciones sociales del futuro, que redundan en la mayor incidencia de la actividad del movimiento social.

Una manera de abordar la tesis de la sociedad del movimiento social es hacerse la siguiente pregunta: «¿Son cada vez más frecuentes las protestas y las manifestaciones?». Rucht (1998) observó las informaciones periodísticas de eventos de protesta para llegar a la conclusión de que entre 1950 y 1992 hubo un crecimiento general de las acciones de protesta en Alemania Occidental, en particular de tipos no violentos y no confrontativos, como manifestaciones, marchas, concentraciones, etc. También comprobó que durante ese período creció la magnitud de las protestas. Análogamente, el estudio de Soule y Earl (2005) sobre más de 19.000 informaciones periodísticas de eventos de protesta en Estados

Unidos entre 1960 y 1986 comprobó que la magnitud de las protestas había aumentado, pero sus datos no muestran una clara tendencia al alza en la cantidad de acontecimientos, sino más bien picos y valles. Constataron una fuerte presencia organizativa de OMS en los eventos de protesta y que, con el tiempo, estas se concentraban. Este hallazgo sugiere que las OMS estaban ganando en tamaño y en eficiencia. Es completamente posible que el mayor relieve de las principales OMS se deba a su mayor capacidad para emitir mensajes y promocionarlos de un modo más eficiente. Por otro lado, como las nuevas tecnologías digitales facilitan enormemente la coordinación de las campañas y las acciones de protesta, a largo plazo pueden contrarrestar esta tendencia. Se trata de importantes temas de investigación que es menester abordar.

Una cuestión que guarda relación con esto es la de si hay más gente que participa en los movimientos sociales. Dodson (2011), que se basa en los datos de informaciones individuales, encuentra que en dieciocho democracias occidentales avanzadas la tendencia parece realmente confirmarse. En efecto, un estudio anterior de Dalton basado en encuestas (2002) mostraba que en las acciones de protesta participaban más norteamericanos que nunca, y que este número se había incrementado significativamente en las últimas décadas. Más del 25 % de sus entrevistados dicen haber participado en una acción de protesta. Este aumento de participación en las protestas puede deberse a la disminución del riesgo. Varios estudios sugieren que las formas más pacíficas de reclamación crecieron, mientras que no ocurrió lo mismo con las de carácter notablemente contencioso y/o violentas (Everett, 1992; Kriesi, 1995; Meyer y Tarrow, 1998). Las tácticas policiales más suaves en el control de las protestas también han contribuido mucho a este resultado. El estudio de Soule y Earl (2005) sobre Estados Unidos muestra que, a partir de 1967, los daños a la propiedad y la violencia disminuyeron de forma sostenida. Ese año, el 33 % de las protestas fue violento y el 21 % incluyó daños a la propiedad. En 1986, menos del 10 % de las protestas fueron violentas y el 2 % provocó daños a la propiedad. Todas estas tendencias indican que el campo de la investigación del movimiento social se centra en un elemento cada vez más importante de la sociedad moderna, esto es, la

acción colectiva como medio común de hacer públicas demandas grupales, lo cual, a su vez, es básico para una gobernanza democrática.

Otra manera de reflexionar sobre estas tendencias es considerar que caen bajo la amplia categoría de *institucionalización* del repertorio de los movimientos sociales. Esto tiene dos corrientes: 1) el empleo de tácticas y formas de organización características de los movimientos de protesta por grupos y organizaciones más establecidos, con tendencia a protestar de modo más pacífico y moderado; y 2) la progresiva burocratización, profesionalización e institucionalización de los grupos del movimiento social.

En lo que respecta al primer punto, a partir de la década de 1960 ha aumentado significativamente el número de grupos de interés, organizaciones de apoyo y comités de acción política que persiguen agendas de cambio social. Las organizaciones evolucionaron a partir de los principales movimientos del período para establecerse ellas mismas como actores políticos, en particular las importantes organizaciones del movimiento por los derechos civiles y del movimiento feminista (Minkoff, 1995). Más tarde, en Estados Unidos, las reformas políticas posteriores al Watergate (Knoke, 1986) estimularon más aún el proceso. Si bien los grupos de interés y las ONG persiguen mayoritariamente sus demandas a través de canales institucionalizados ya establecidos, como solicitud de subvenciones, utilización de lobis, consejos sobre una legislación determinada, comunicados de prensa y campañas de relaciones públicas, hay pruebas de que también emplean cada vez más medios no institucionales para difundir sus mensajes, como concentraciones, manifestaciones, campañas de peticiones y protestas (Minkoff, 1994; Walker, 1991).

Estas tácticas ayudan a atraer la atención de los medios de comunicación e influir en la opinión pública. En el creciente mercado en el que compiten diversos grupos orientados al cambio, las manifestaciones llamativas son más visibles y más acreedoras del interés periodístico. Su empleo es una decisión estratégica que debe hallar el equilibrio entre la fuerza (para atraer la atención) y la moderación (para ser tomadas en serio). El ingreso en el terreno de la protesta de grupos de gran efectividad y elevada organización,

pero en su mayoría ajenos al movimiento, tiende a marginar a los grupos del movimiento con pocos recursos y a las facciones que sostienen actitudes ideológicas más extremas. Estos grupos pueden entonces pensar que la disrupción, e incluso la violencia, es la única vía por la que su voz puede hacerse oír, lo que ayuda a explicar una aparente paradoja: en varias democracias occidentales, pese al creciente número de grupos moderados que protestan con educación, persisten pequeñas acciones violentas, tales como atentados contra clínicas que practican abortos, incendios provocados por militantes del Frente de Liberación de la Tierra o la destrucción de laboratorios experimentales por parte del Frente de Liberación Animal. Los hallazgos de Dodson (2011) parecen confirmar esto, pues ha comprobado que en varios países occidentales avanzados esta combinación de tácticas se da como tendencia.

El estudio de los partidos políticos es un apartado esencial de investigación en ciencia política y tradicionalmente ha habido una línea de demarcación entre la investigación de la política de partidos (política institucional) y el campo de los movimientos sociales (que estudia la política *trasgresora*). Sin embargo, la normalización de las tácticas de los movimientos se advierte claramente en el movimiento del Tea Party en Estados Unidos, que se hizo fuerte después de la elección del presidente Obama en 2008 (Meyer y Van Dyke, 2014). El Tea Party utiliza las tácticas y los modelos locales de organización de los movimientos sociales, y a la vez opera como un movimiento en el seno del Partido Republicano para llamar la atención sobre cuestiones que no figuran en la plataforma del partido. Combina las tácticas políticas dominantes, como encuentros, campañas proselitistas y participación en las organizaciones partidarias estatales, con las tácticas de movimientos sociales, como concentraciones y protestas públicas. En varios Estados, las organizaciones del Tea Party han realizado manifestaciones, encuentros en los ayuntamientos y campañas de presión a las organizaciones del Partido Republicano para que adoptaran gobiernos reducidos y plataformas libertarias contrarias a la recaudación fiscal. A menudo ofrecen sus propios candidatos en las elecciones primarias del Partido Republicano. A veces organizan protestas contra las políticas de los demócratas, en particular en lo que se refiere a impuestos, atención

sanitaria o inmigración, o realizan protestas en las apariciones públicas de políticos de signo contrario. Los conflictos y los cismas en el seno de los partidos y las organizaciones no son nada nuevo, pero el empleo de tácticas de campaña propias de los movimientos sociales, antes que (o además de) la lucha intestina de camarillas y/o las negociaciones en el seno de una organización o un partido, es un desarrollo más reciente que refuerza la idea de la tendencia a la institucionalización.

En cuanto a la segunda corriente de esta tendencia, la profesionalización del sector del movimiento social, es un patrón que probablemente no desaparezca en el futuro cercano. Las oenegés y las grandes OMS están equipadas con profesionales del movimiento social a tiempo completo, que a menudo brindan formación en materia de organización, gestión y financiación de sus organizaciones. Estas organizaciones tienen una compleja división del trabajo y la autoridad, que las hace más eficientes en la planificación estratégica de objetivos y en la implementación de las campañas. La mercadotecnia, la solicitud de subvenciones y la afiliación por donaciones se han convertido en temas clave de las grandes OMS profesionalizadas. El dinero da poder y estabilidad a estas organizaciones, lo que, en comparación con OMS más pequeñas, les permite afirmarse en el sistema político con una presencia más consistente.

Por un lado, esta tendencia puede considerarse un desarrollo positivo porque, al expandir el sector del movimiento social, abre más canales de influencia para los ciudadanos e incrementa la participación democrática. La presión del movimiento intensifica la sensibilidad de los políticos y los responsables de la toma de decisiones ante las demandas de los ciudadanos y mitiga las tendencias a concentrar el poder en órganos de gobierno. Por otro lado, lo que no deja de ser paradójico, estas mismas tendencias oligárquicas inciden a menudo en el seno de las organizaciones profesionalizadas, donde dan lugar a una fuerza contraria que disminuye la participación democrática interna. Los profesionales del movimiento social pueden tomar decisiones por sí mismos sobre la base de la eficiencia, la oportunidad y las habilidades. El estudio de Piven y Cloward sobre los movimientos de los pobres mostró que la toma centralizada de decisiones limita la participación popular y disminuye la probabilidad de protesta

disruptiva, a la vez que aumenta la probabilidad de cooptación y compromiso de las demandas del movimiento (Piven y Cloward, 1977; véase también Piven, 2012).

Lo importante es saber si la profesionalización de las grandes OMS les permite mantener el talante contencioso. A eso tienen que dedicar un gran esfuerzo, como lo demuestra una reciente «acción directa» de Greenpeace. En una recepción de Shell para presentar las nuevas operaciones de perforación *offshore* en el océano Ártico, unos activistas se infiltraron en las listas de invitados haciéndose pasar por personal industrial y manipularon una inmensa escultura de hielo con el logo de Shell para lanzar sobre los invitados un líquido negro (en realidad Diet Coke). Una anciana (también activista) que recibió directamente el impacto chillaba horrorizada mientras otros activistas registraban todo en vídeo para subirlo a YouTube. Al día siguiente, los activistas de Greenpeace atendieron llamadas de los periodistas para explicar el drama mientras, sobre el muro que tenían detrás, se proyectaba un *Twiterfeed* (Murphy, 2012). La broma no estaba dirigida a los ejecutivos de Shell ni a los políticos, sino a los periodistas, y el objetivo no era otro que su exposición a los medios de comunicación para intensificar la conciencia de los planes de la compañía. Ese tipo de acciones escenificadas no es nuevo en Greenpeace, pero el ejemplo –combinación de difusión de la acción por internet, estrategia mediática y creatividad dramática en la concepción de la acción– puede ofrecer una pista de las futuras variaciones en el repertorio del movimiento social profesionalizado.

Voy a terminar yuxtaponiendo este ejemplo con los casos de auténticas y reales movilizaciones populares como fueron las de Occupy Wall Street, el 15-M y la Plaza Taksim (Estambul), ya analizadas. En estos casos, la participación tuvo lugar al margen de la estrategia profesional de las OMS y las protestas cobraron vida propia en las experiencias cara a cara durante las ocupaciones. El poder emergente de los medios sociales y las tecnologías de comunicación digital facilitaron enormemente las funciones de coordinación y de movilización, primero en los llamamientos iniciales a la participación y luego en la coordinación de las protestas sobre el terreno. En todos los casos, el objetivo principal y la razón de ser de los llamamientos a la movilización eran las reuniones cara a cara –para nada virtuales– como

expresiones de quejas colectivas. La experiencia compartida en tiempo real de la acción colectiva es –y seguirá siendo– el elemento fundamental del repertorio de los movimientos sociales, porque las demandas y las reivindicaciones de grandes protestas populares son lo que transmiten a los políticos los cambios de la opinión pública y el modo en que el público expresa sus límites de tolerancia y sus aspiraciones para el futuro. Pero, además de esto, las reuniones colectivas son lugares cargados de emociones en los que los participantes desarrollan un sentido compartido de tiempo, lugar y una finalidad común –lo que es básico en la experiencia de protesta–, así como identidades comunes. Esto también es una razón de la persistencia de las tácticas de protesta, pese a las alternativas digitales.

Un buen ejemplo es el de las enormes manifestaciones de junio y julio de 2013 en Brasil, que se iniciaron con el potente uso de Twiter, teléfonos móviles, blogs, Facebook y Bluetooth. Fueron estas las manifestaciones más grandes de Brasil desde mediados de los años ochenta del siglo pasado, promovidas sobre todo por estudiantes y jóvenes. Una estimación sitúa la magnitud de las protestas en 100.00 personas para Río de Janeiro y en 65.000 para São Paulo. Las protestas movilizaron rápidamente cien ciudades brasileñas. En palabras de un investigador brasileño, se caracterizaron «por la negativa a ser definidas por un solo objetivo y por el amplísimo empleo de los medios sociales, lo que les permitió evolucionar con rapidez en respuesta a las diversas fuentes de tensión social y política en Brasil» (Romero, 2013a).

Las protestas se desencadenaron por lo que podría parecer una queja de menor importancia: la rabia por el incremento de la tarifa del trasporte público, pero en seguida el foco se desplazó hacia problemas de mayor enjundia –la corrupción, la insensibilidad y la ineptitud gubernamentales– y prioridades presupuestarias, como ocurrió en la Revolución egipcia o en la tunecina y en las ocupaciones de zonas públicas en Turquía. Es interesante observar que el por entonces presidente de Brasil –otrora él mismo militante antigubernamental que, años atrás, había luchado contra la dictadura brasileña– dijo que se sentía «orgulloso de los manifestantes». «Estas voces, que trascienden los mecanismos tradicionales [los partidos políticos y los medios de comunicación] deben ser escuchadas... La magnitud de las

manifestaciones es la prueba de la energía de nuestra democracia» (Romero, 2013b). Aunque, sin duda, su declaración es en parte propaganda política, desde nuestra perspectiva científica tenía razón. En el siglo XXI, los movimientos sociales son parte integral del funcionamiento de las democracias, porque a menudo los regímenes democráticos no funcionan demasiado bien.

En el momento en que el lector lea estas palabras, en América del Norte y en Europa las protestas que acabamos de mencionar habrán pasado al olvido, pero permanecerá lo fundamental: que en la sociedad moderna los movimientos sociales son elementos decisivos del modo de hacer política. Pero no solo esto, sino que además, como hemos visto a propósito de las movilizaciones de la Primavera Árabe, son fuentes decisivas de cambio político cuando los sistemas estatales son represivos, insensibles y anquilosados. Y también, como hemos visto en las movilizaciones de Occupy Wall Street y del 15-M, así como en los Foros Sociales, pueden ser fuentes esenciales de un cambio social más amplio y de nuevas relaciones sociales, además de un estímulo para la reflexión creativa e innovadora sobre futuros posibles.

La acción colectiva cara a cara, en tiempo real y en forma de toma de calles y plazas significativas, jamás será sustituida. Mi interpretación es que esto se refleja en las características festivas y reafirmadoras de la identidad de diversos movimientos recientes que reivindican un amplio paquete de quejas dirigidas a la política en su práctica habitual. Me refiero al movimiento Occupy (2011), al brasileño (2013), a las protestas israelíes por el costo de la vida (2011), las protestas griegas e irlandesas contra la austeridad (2008-2013), las protestas indias sobre corrupción (2011), las protestas de los estudiantes chilenos (2011-2012) y las protestas turcas contra el conservadurismo social del partido gobernante (2013), todas ellas grandísimas movilizaciones. Las tecnologías digitales, además, apuntan a que las haya cada vez en mayor número, sobre problemas cada vez más diversos y cada vez más multitudinarias, así como dotadas de medios cada vez más rápidos de movilización. Son al menos hipótesis que los investigadores del movimiento social deben tomar en cuenta.

¿Sirven esas movilizaciones para mantener sensibles las democracias? La respuesta es breve: «sí». Son necesarias para mantener atentas a las élites políticas. Cuando cierre este libro, amable lector, consulte los principales servidores de noticias de internet y observe dónde se están produciendo movimientos sociales en ese preciso momento. No solo en términos de investigación y de disciplina científica, campo en el que las nuevas tecnologías permiten analizar rápidamente las comunicaciones digitales entre los participantes de las protestas, sino también en términos de amplios exámenes del cambio social y de los procesos de sensibilidad democrática, todos estos acontecimientos sugieren que nos hallamos en un momento particularmente estimulante para el estudio de los movimientos sociales.

Referencias bibliográficas

Abeles, Ronald P., 1976, «Relative Deprivation, Rising Expectations and Black Militancy», *Journal of Social Issues* 32: 119-137.

Alexander, Jeffery C., 2011, *Performative Revolution in Egypt: An Essay in Cultural Power*, Londres, Bloomsbury Academic.

Alexander, Jeffrey C. y Jason L. Mast, 2006, «Symbolic Action in Theory and Practice: The Cultural Pragmatics of Symbolic Action», pp. 1-28, en Jeffrey C. Alexander, Bernhard Geisen y Jason L. Mast, eds., *Social Performance: Symbolic Action, Cultural Pragmatics, and Ritual*, Nueva York, Cambridge University Press.

Almeida, Paul, 2008, *Waves of Protest: Popular Struggle in El Salvador, 1925-2005*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

Alreck, Pamela L. y Robert B. Settle, 2004, *The Survey Research Handbook*, 3.ª ed., Nueva York, McGraw Hill/Irwin.

Amenta, Edwin e Yvonne Zylan, 1991, «It Happened Here: Political Opportunity, the New Institutionalism, and the Townsend Movement», *American Sociological Review* 56: 250-265.

Arendt, Hannah, 1951, *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York, Harcourt Brace [Trad. esp.: *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza Editorial, Madrid, 2006].

Arsu, Sebnem y Ceylan Yeginsu, 2013, «Turkish Leader Offers Referendum on Park at Center of Protests», *New York Times*, 13 de junio, A8.

Arthur, Mikaila Mariel Lemonik, 2011, *Student Activism and Curricular Change in Higher Education*, Farnham, Ashgate.

Austin Holmes, Amy, 2012, «There are Weeks When Decades Happen: Structure and Strategy in the Egyptian Revolution», *Mobilization: An International Quarterly* 17: 391-410.

Babbie, Earl R., 1990, *Survey Research Methods*, 2.ª ed., Belmont, CA: Wadsworth.

Barranco, José y Dominique Wisler, 1999, «Validity and Systematicity of Newspaper Data in Event Analysis», *European Sociological Review* 15: 301-322.

Beissinger, Mark R., 2002, *Nationalist Mobilization and the Collapse of the Soviet State*, Nueva York, Cambridge University Press.

Bernstein, Mary, 1997, «Celebration and Suppression: The Strategic Uses of Identity by the Lesbian and Gay Movement», *American Journal of Sociology* 103: 537-565.

Billig, Michael, 1992, *Talking of the Royal Family*, Londres, Routledge.

Billig, Michael, 1995, «Rhetorical Psychology, Ideological Thinking, and Imaging Nationhood», en Hank Johnston y Bert Klandermans, eds., *Social Movements and Culture*, Minneapolis, University of Minnesota Press, pp. 64-81.

Blee, Kathleen M., 1991, *Women of the Klan: Racism and Gender in the 1920s*, Berkeley, University of California Press.

Blee, Kathleen M. y Verta Taylor, 2002, «Semi-Structured Interviewing in Social Movement Research», en Bert Klandermans y Susan Staggenborg, eds., *Methods of Social Movement Research*, Minneapolis, University of Minnesota Press, pp. 92-117.

Blumer, Herbert, 1951, «Collective Behavior», en A. McClung Lee, ed., *A New Outline of the Principles of Sociology*, New York, Barnes and Noble, pp. 167-222.

Bob, Clifford, 2005, *The Marketing of Rebellion*, Nueva York, Cambridge University Press.

Bond, Doug, J. Craig Jenkins, Charles L. Taylor y Kurt Schock, 1997, «Mapping Mass Political Conflict and Civil Society: The Automated Development of Event Data», *Journal of Conflict Resolution* 41: 553-579.

Bosi, Lorenzo, Chares Demitriou y Stefan Malthaner, 2014, *The Dynamics of Radicalization: A Processual Perspective*, Farnham, Ashgate.

Breines, Wini, 1980, «Community and Organization: The New Left and Michels' "Iron Law"», *Social Problems* 27(4): 419-429.

Breines, Wini, 1982, *Community and Organization in the New Left*, South Hadley, MA, J. F. Bergin.

Bruce, Tricia Coleen, 2011, *Faithful Revolution: How Voice of the Faithful Is Changing the Church*, Nueva York, Oxford University Press.

Buechler, Stephen, 2000, *Social Movements in Advanced Capitalism: The Political Economy and Cultural Construction of Activism*, Nueva York, Oxford University Press.

Casquete, Jesús, 1996, «The Sociopolitical Context of Mobilization: The Case of the Antimilitary Movement in the Basque Country», *Mobilization: An International Quarterly* 1: 203-220.

Castells, Manuel, 1996, *The Rise of the Networked Society*, Malden, MA, Blackwell [Trad. esp.: *La sociedad red: una visión global*, Alianza Editorial, Madrid, 2006].

Castells, Manuel, 1997, *The Power of Identity*, Malden, MA, Blackwell [Trad. esp.: *El poder de la identidad*, Alianza Editorial, Madrid, 2005].

Chabot, Sean, 2000, «Transnational Diffusion and the African-American Reinvention of the Gandhian Repertoire», *Mobilization: An International Quarterly* 5: 201-216.

Cleaver, Jr. H. M, 1998, «The Zapatista Effect: The Internet and the Rise of an Alternative Political Fabric», *Journal of International Affairs* 51: 2.

Clemens, Elisabeth S., 1997, *The Peoples Lobby: Organizational Innovation and the Rise of Interest Groups in the United States, 1890-1925*, Chicago, University of Chicago Press.

Clemens, Elisabeth S. y Martin D. Hughes, 2002, «Recovering Past Protest: Historical Research on Social Movements», en Bert Klandermans y Susan Staggenborg, eds., *Methods of Social Movement Research*, Minneapolis, University of Minnesota Press, pp. 201-230.

Dalton, Russell J., 1994, *The Green Rainbow: Environmental Groups in Western Europe*, New Haven, CT, Yale University Press.

Dalton, Russell, 2002, *Citizen Politics: Public Opinion and Political Parties in Advanced Industrial Democracies*, 3.ª ed., Nueva York, Chatham House Publishers.

Davies, James, 1969, «The J-Curve of Rising and Declining Satisfactions as Cause of Some Great Revolutions and a Contained Rebellion», en H. D. Graham y Ted Robert Gurr, eds., *Violence in America*, Nueva York, Praeger, pp. 690-730.

De Fazio, Gianluca, 2013, «The Radicalization of Contention in Northern Ireland, 1968-1972: A Relational Perspective», *Mobilization* 18: 457-

475.
della Porta, Donatella, 1992, «Life History Analysis of Activists», en Mario Diani y Ron Eyerman, eds., *Studying Collective Action*, London, Sage, pp. 168-193.
della Porta, Donatella, 2002, «Comparative Politics and Social Movements», en Bert Klandermans y Susan Staggenborg, *Methods of Social Movement Research*, Minneapolis, University of Minnesota Press, pp. 286-313.
della Porta, Donatella, 2009, «Making the New Polis: The Practice of Deliberative Democracy in Social Forums», en Hank Johnston, ed., *Culture, Social Movements and Protest*, Farnham, Ashgate, pp. 181-208.
della Porta, Donatella y Mario Diani, 2006, *Social Movements: An Introduction,* 2.ª ed., Malden, MA, Blackwell Publishing.
DeNardo, James, 1985, *Power in Numbers: The Political Strategy of Protest and Rebellion,* Princeton, NJ, Princeton University Press.
Denisoff, R. Serge y Richard Peterson, 1973, *The Sounds of Social Change*, Nueva York, Rand McNally.
Diani, Mario, 1992, «The Concept of Social Movement», *Sociological Review* 40: 1-25.
Diani, Mario, 1995, *Green Networks: A Structural Analysis of the Italian Environmental Movement*, Edimburgo, Edinburgh University Press.
Diani, Mario, 1996, «Linking Mobilization Frames and Political Opportunities: Insights from Regional Populism in Italy», *American Sociological Review* 61: 1053-1069.
Diani, Mario, 2002, «Network Analysis», en Bert Klandermans y Susan Staggenborg, eds., *Methods of Social Movement Research,* Minneapolis, University of Minnesota Press, pp. 173-200.
Diani, Mario y Doug McAdam, eds., 2003, *Social Movement Networks*, Nueva York, Oxford University Press.
Dodson, Kyle, 2011, «The Movement Society in Comparative Perspective», *Mobilization: An International Quarterly* 16: 475-494.
Duncombe, Stephen, 1997, *Notes from the Underground: Zines and the Politics of Alternative Culture*, Nueva York, Verso.
Earl, Jennifer y Katrina Kimport, 2011, *Digitally Enabled Social Change*, Cambridge, MA, MIT Press.

Eisinger, Peter K., 1973, «The Conditions of Protest Behavior in American Cities», *American Political Science Review* 67: 11-28.
Erikson, Eric, 1968, *Identity: Youth and Crisis*, Nueva York, Norton.
Everett, Kevin D., 1992, «Professionalization and Protest: Changes in the Social Movement Sector, 1961-1983», *Social Forces* 70: 957-975.
Eyerman, Ron, 2006, «Performing Opposition, or How Social Movements Move», en Jeffrey Alexander, Bernhard Giesen y Jason L. Mast, eds., *Social Performance: Symbolic Action, Cultural Pragmatics and Ritual*, New York, Cambridge University Press, pp. 193-217.
Eyerman, Ron y Andrew Jamison, 1998, *Music and Social Movements*, Nueva York, Cambridge University Press.
Flam, Helena y Debra King, eds., 2005, *Emotions and Social Movements*, Nueva York, Routledge.
Fowler, Floyd, 2009, *Survey Research Methods*, 4.ª ed., Thousand Oaks, CA, Sage.
Franzosi, Roberto, 2004, *From Words to Numbers: Narrative, Data, and Social Science*, Cambridge, Cambridge University Press.
Franzosi, Roberto, 2010, *Quantitative Narrative Analysis*, Los Angeles, Sage.
Frazier, E. Franklin, 1963, *The Negro Church in America*, Nueva York, Schocken Books.
Gamson, William A., 1989, «Media Discourse and Public Opinion on Nuclear Power: A Constructionist Approach», *American Journal of Sociology* 95: 1-37.
Gamson, William, 1990 [1975], *The Strategy of Social Protest*, 2.ª ed., Belmont, CA, Wadsworth.
Gamson, William A., 1992a, *Talking Politics*, Nueva York, Cambridge University Press.
Gamson, William, 1992b, «The Social Psychology of Collective Action», en Aldon Morris y Carol McClurg Mueller, eds., *Frontiers of Social Movement Theory*, New Haven, CT, Yale University Press, pp. 53-76.
Gamson, William, 2004a, «On a Sociology of the Media», *Political Communication* 21: 305-327.
Gamson, William, 2004b, «Bystanders, Public Opinion, and the Media», en David Snow, Sarah Soule y Hanspeter Kreisi, eds., *Blackwell Companion to Social Movements*, Malden, MA, Blackwell.

Gamson, William y David S. Meyer, 1996, «Framing Political Opportunity.» pp. 275-290, en Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer N. Zald, eds., *Comparative Perspectives on Social Movements: Political Opportunities, Mobilizing Structures, and Cultural Framings*, Nueva York, Cambridge University Press.

Gamson, William A. y Gadi Wolsfeld, 1993, «Movements and Media as Interacting Systems», *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 528: 114-125.

Gamson, William A., Bruce Fireman y Steven Rytina, 1982, *Encounters with Unjust Authority*, Homewood, IL, Dorsey Press.

Gans, Herbert J., 1979, *Deciding What's News: A Study of CBS Evening News, NBC Nightly News, Newsweek, and Time*, Nueva York, Pantheon Books.

Geddes, Barbara, 1999, «What Do We Know about Democratization after Twenty Years?», *Annual Review of Political Science* 2: 115-144.

Gerlach, Luther y Virgina Hine, 1970, *People, Power, and Change*, Indianapolis, IN, Bobbs-Merrill.

Geshwender, James A., 1964, «Social Structure and the Negro Revolt: An Examination of Some Hypotheses», *Social Forces* 43: 248-256.

Gitlin, Todd, 1980, *The Whole World Is Watching: Mass Media in the Making and Unmaking of the New Left*, Berkeley, University of California Press.

Givan, Rebecca Kolins, Kenneth M. Roberts y Sarah A. Soule, 2010, «Introduction: The Dimensions of Diffusion», en R. K. Given, K. M. Roberts y Sarah A. Soule, eds., *The Diffusion of Social Movements: Actors, Mechanisms, and Political Effects*, Nueva York, Cambridge University Press, pp. 1-20.

Goldfarb, Jeffrey, 1980, *The Persistence of Freedom*, Boulder, CO, Westview Press.

Goldstone, Jack, 2003, «Introduction: Bridging Institutionalized and Noninstitutionalized Politics», en Jack Goldstone, ed., *States, Parties, and Social Movements*, Nueva York, Cambridge University Press, pp. 1-25.

Goldstone, Jack y Charles Tilly, 2001, «Threat (and Opportunity): Popular Action and State Response in the Dynamics of Contentious Action», en Ronald Aminzade, Jack A. Goldstone, Doug McAdam y otros, eds.,

Silence and Voice in the Study of Contentious Politics, Nueva York, Cambridge University Press, pp. 179-194.

Goodwin, Jeff y James M. Jasper, 2004, «Caught in a Winding, Snarling Vine: The Structural Bias of Political Process Theory», en Jeff Goodwin y James J. Jasper, eds., *Rethinking Social Movement: Structure, Meaning, and Emotions*, Lanham, MD, Rowman & Littlefield, pp. 3-30.

Goodwin, Jeff, James Jasper y Francesca Polletta, 2001, «Why Emotions Matter», en Jeff Goodwin, James Jasper y Francesca Polletta, *Passionate Politics*, Chicago, University of Chicago Press, pp. 1-24.

Goodwin, Jeff, James M. Jasper y Francesca Polletta, 2004, «Emotional Dimensions of Social Movements», en David Snow, Sarah Soule y Hanspeter Kriesi, eds., *The Blackwell Companion to Social Movements*, Malden, MA, Blackwell, pp. 413-432.

Gould, Deborah, 2002, «Life During Wartime: Emotions and the Development of ACT-UP», *Mobilization* 7: 177-200.

Gould, Deborah, 2009, *Moving Politics: Emotion and ACT UP's Fight Against AIDS*, Chicago, University of Chicago Press.

Gould, Roger V., 1995, *Insurgent Identities: Class, Community, and Protest in Paris from 1848 to the Commune*, Chicago, University of Chicago Press.

Gurr, Ted Robert, 1970, *Why Men Rebel*, Princeton, NJ, Princeton University Press.

Haenfler, Ross, 2006, *Straight Edge: Clean-Living Youth, Hardcore Punk, and Social Change*, New Brunswick, NJ, Rutgers University Press.

Haines, Herbert, 1988, *Black Radicals and the Civil Rights Mainstream 1954-1970*, Knoxville, University of Tennessee Press.

Halebsky, Stephen, 2006, «Explaining the Outcomes of the Antisuperstore Movement: A Comparative Analysis of Six Communities», *Mobilization: An International Quarterly* 14: 443-461.

Halker, Clark D., 1991, *For Democracy, Workers, and God: Labor Song-Poems and Labor Protest 1865-1895*, Urbana, University of Illinois Press.

Hanagan, Michael, 2002, «Irish Transnational Social Movements, Migrants, and the State System», en Jackie Smith y Hank Johnston, eds., *Globalization and Resistance*, Lanham, MD, Rowman and Littlefield, pp. 53-74.

Harding, Timothy, 1969, *Mexico ’68: The Students Speak*, Nueva York, US Committee for Justice to Latin American Political Prisoners.

Howard, Phillip N., 2010, *The Digital Origins of Dictatorship and Democracy*, Nueva York, Oxford University Press.

Hug, Simon y Dominique Wisler, 1998, «Correcting for Selection Bias in Social Movement Research», *Mobilization: An International Quarterly* 3: 141-161.

Hunt, Scott y Robert Benford, 1994, «Identity Talk in the Peace and Justice Movement», *Journal of Contemporary Ethnography* 22: 488-517.

Jansen, Robert S., 2007, «Resurrection and Appropriation: Reputational Trajectories, Memory Work, and the Political Use of Historical Figures», *American Journal of Sociology* 112: 953-1007.

Jasper, James, 2012, «Introduction: From Political Opportunity Structures to Strategic Interaction», en Jeff Goodwin y James M. Jasper, eds., *Contention in Context*, Stanford, CA, Stanford University Press, pp. 1-33.

Jenness, Valerie y Kendall Broad, 1997, *Hate Crimes: New Social Movements and the Politics of Violence*, Hawthorne, NY, Aldine de Gruyter.

Johnston, Hank, 1991, *Tales of Nationalism: Catalonia, 1939-1979*, New Brunswick, NJ, Rutgers University Press.

Johnston, Hank, 1995, «A Methodology for Frame Analysis: From Discourse to Cognitive Schemata», en Hank Johnston y Bert Klandermans, eds., *Social Movements and Culture*, Minneapolis, University of Minnesota Press. pp. 217-246.

Johnston, Hank, 2002, «Verification and Proof in Frame and Discourse Analysis», en Bert Klandermans y Suzanne Staggenborg, eds., *Methods of Social Movement Research*, Minneapolis, University of Minnesota Press, pp. 62-91.

Johnston, Hank, 2006, «Let’s Get Small: The Dynamics of (Small) Contention in Repressive State», *Mobilization: An International Quarterly* 11: 195-212.

Johnston, Hank, 2009, *Culture, Social Movements and Protest*, Farnham, Ashgate.

Johnston, Hank, 2010, «Cultural Analysis of Political Protest», en Kevin T. Leicht y J. Craig Jenkins, *Handbook of Politics*, Nueva York, Springer,

pp. 327-347.

Johnston, Hank, 2011, *States and Social Movements*, Cambridge, Polity.

Johnston, Hank, 2013, «The Elephant in the Room: Youth, Generational Change, and Cognitive Development in Social Movement Activism», ponencia presentada en los European Sociological Association Meetings, 3-5 de septiembre, Turín, Italia.

Johnston, Hank y Eitan Y. Alimi, 2013, «The Grammar of Frame Dynamics: Analyzing Key Battles in Palestinian Nationalism», *Mobilization* 18: 453-476.

Johnston, Hank y Cole Carnesecca, 2014, «Fear Management in Contemporary Antiauthoritarian Oppositions», en Frédéric Royall y Didier Chabanet, eds., *From Silence to Protest*, Farnham, Ashgate, pp. 75-94.

Johnston, Hank y Bert Klandermans, 1995, *Culture and Social Movements*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

Johnston, Hank y Carol Mueller, 2001, «Unobtrusive Practices of Contention in Leninist Regimes», *Sociological Perspectives* 44: 351-376.

Johnston, Hank y Seraphim Seferiades, 2012, «The Greek December», en Hank Johnston y Seraphim Seferiades, eds., *Violent Protest, Contentious Politics, and the Neoliberal State*, Farnham, Ashgate, pp. 149-159.

Juris, Jeffery S., 2005, «The New Digital Media and Activist Networking within the Anti-Corporate Globalization Movements», *Annals of the American Academy of Political and Social Sciences* 597: 189-208.

Kitschelt, Herbert, 1985, «New Social Movements in West Germany and the United States», *Political Power and Social Theory* 5: 273-342.

Kitschelt, Herbert, 1986, «Political Opportunity Structures and Political Protest: Anti-Nuclear Movements in Four Democracies», *British Journal of Political Science* 16: 7-85.

Klandermans, Bert y Dirk Oegema, 1987, «Potentials, Networks, Motivations, Barriers: Steps toward Participation in Social Movements», *American Sociological Review* 52: 519-531.

Klandermans, Bert y Jackie Smith, 2002, «Survey Research: A Case for Comparative Designs», en Bert Klandermans y Susan Staggenborg, eds., *Methods of Social Movement Research*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

Klapp, Orin, 1969, *Collective Search for Identity*, Nueva York, Holt, Rinehart y Winston, pp. 3-31.

Kniss, Fred y Gene Burns, 2004, «Religious Movements», en David A. Snow, Sarah A. Soule y Hanspeter Kriesi, eds., *The Blackwell Companion to Social Movements*, Malden, MA, Blackwell, pp. 694-715.

Knoke, David, 1986, «Associations and Interest Groups», *Annual Review of Sociology* 12: 1-21.

Koopmans, Ruud y Hanspeter Kriesi, 1995, «Institutional Structures and Prevailing Strategies», en Hanspeter Kriesi, Ruud Koopmans, Jan Willem Duyvendak y Marco Giugni, eds., *New Social Movements in Western Europe*, Minneapolis, University of Minnesota Press. pp. 26-52.

Koopmans, Ruud y Dieter Rucht, 2002, «Protest Event Analysis», en Bert Klandermans y Susan Staggenborg, eds., *Methods of Social Movement Research*, Minneapolis, University of Minnesota Press, pp. 231-259.

Koopmans, Ruud y Paul Statham, 1999, «Political Claims Analysis: Integrating Protest Event and Public Discourse Approaches», *Mobilization: An International Quarterly* 4: 203-222.

Kornhauser, William, 1959, *The Politics of Mass Society*, Glencoe, IL, The Free Press.

Kousis, Maria, 1999, «Environmental Protest Cases: The City, The Countryside, and the Grassroots», *Mobilization: An International Quarterly* 4: 223-238.

Kriemer, Seth F., 2001, «Technologies of Protest: Insurgent Social Movements and the First Amendment in the Era of the Internet», *University of Pennsylvania Law Review* 150: 119-171.

Kriesi, Hanspeter, 1989, «New Social Movements and the New Class in the Netherlands», *American Journal of Sociology* 94: 1078-1116.

Kriesi, Hanspeter, 1995, «The Political Opportunity Structure of New Social Movements: Its Impact on Their Mobilization», en J. Craig Jenkins y Bert Klandermans, eds., *The Politics of Social Protest*, Minneapolis, University of Minnesota Press, pp. 167-198

Kriesi, Hanspeter, Ruud Koopmans, Jan Willem Duyvendak y Marco Giugni, 1995, *New Social Movements in Western Europe: A Comparative Analysis*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

Kuran, Timur, 1995, *Private Lives, Public Truths*, Cambridge, MA, Harvard University Press.

Kuumba, M. Bahati y Femi Ajanaku, 1998, «Dreadlocks: The Hair Asesthetics of Cultural Resistance and Collective Identity Formation», *Mobilization: An International Quarterly* 3: 227-244.

Kwon, Roy, Ellen Reese y Kadambari Anantran, 2008, «Core-Periphery Divisions Among Labor Activists at the World Social Forum», *Mobilization: An International Quarterly* 13: 411-430.

Lahusen, Christian, 2005, «Joining the Cocktail Circuit: Social Movement Organizations at the European Union», *Mobilization: An International Quarterly* 9: 55-72.

Latour, Bruno, 1987, *Science in Action*, Philadelphia, Open University Press.

Lavrakas, Paul J., 2008, *Encyclopedia of Survey Research Methods*, Thousand Oaks, CA, Sage.

Leach, Darcy y Sebastian Haunss, 2009, «Scenes and Social Movements», en Hank Johnston, ed., *Culture, Social Movements, and Protest*, Farnham, Ashgate, pp. 255-276.

Le Bon, Gustave, 1960 [1894], *The Crowd: A Study of the Popular Mind*, Nueva York, Viking.

Lévi-Strauss, Claude, 1963, *Structural Anthropology*, Garden City, NY, Doubleday [Trad. esp.: *Antropología estructural*, Editorial Magisterio, Barcelona, 1979].

Lichbach, Mark I., 1997, «Contentous Maps of Contentious Politics», *Mobilization* 2: 87-98.

Lichterman, Paul, 2002, «Seeing Structure Happen: Theory-Driven Participant Observation», en Bert Klandermans y Susan Staggenborg, eds., *Methods of Social Movement Research*, Minneapolis, University of Minnesota Press, pp. 118-145.

Li-Sun, Joseph Yun, 2009, «Pyongyang: People Protest against the Poverty Generated by the New Currency», *Asia News*, fecha de acceso 15 de febrero, 2010, ww.asianews.it/index. php?I=en&art=17068&size=

Maeckelbergh, Marianne, 2011, «The Road to Democracy: The Political Legacy of 1968», *International Review of Social History* 56: 301-332.

Maney, Gregory M., Rachel V. Flamenbaum, Deana A. Rohlinger y Jeff Goodwin, 2012, *Strategies for Social Change*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

Mannheim, Karl, 1940, *Man and Society in an Age of Reconstruction*, Londres, Kegan Paul.

McAdam, Doug, 1988, *Freedom Summer*, Nueva York, Oxford University Press.

McAdam, Doug, 1999 [1982], *Political Process and the Development of Black Insurgency, 1930-1970*, 2.ª ed., Chicago, University of Chicago Press.

McAdam, Doug y Dieter Rucht, 1993, «Cross-National Diffusion of Movement Ideas: The American "New Left" and the European New Social Movements», *The Annals of the American Academy of Political and Social Sciences* 528: 56-74.

McAdam, Doug y Sidney Tarrow, 2011, «Dynamics of Contention Ten Years On», *Mobilization* 16: 1-10.

McAdam, Doug y Yang Su, 2002, «The War at Home: Anti-War Protests and Congressional Voting, 1965-1973», *American Sociological Review* 67: 696-721.

McAdam Doug, John D. McCarthy y Mayer N. Zald, 1996, «Introduction: Opportunities, Mobilizing Structures, and Framing Processes-Toward a Synthetic, Comparative Perspective on Social Movements», en Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer N. Zald, eds., *Comparative Perspectives on Social Movements: Political Opportunities, Mobilizing Structures, and Cultural Framings*, Nueva York, Cambridge University Press, pp. 1-20.

McAdam, Doug, Sidney Tarrow y Charles Tilly, 2001, *The Dynamics of Contention*, Nueva York, Cambridge University Press.

McCarthy, John D. y Mayer N. Zald, 1973, *The Trend of Social Movements in America: Professionalization and Resource Mobilization*, Morristown, NJ, General Learning Press.

McCarthy, John D. y Mayer N. Zald, 1977, «Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory», *American Journal of Sociology* 82: 1212-1241.

McCarthy, John D., Clark McPhai y Jackie Smith, 1996, «Images of Protest: Dimensions of Selection Bias in Media Coverage of Washington Demonstrations, 1982-1991», *American Sociological Review* 61: 478-499.

McNeill, David, 2009, «North Koreans Dare to Protest as Devaluation Wipes Out Savings», *The Independent*, 3 de diciembre.

McPhail, Clark, 1971, «Civil Disorder and Participation: A Critical Examination of Recent Research», *American Sociological Review* 36: 1058.

Melucci, Alberto, 1980, «The New Social Movements: A Theoretical Approach», *Social Science Information* 19.

Melucci, Alberto, ed., 1984, *Altri Codici: Aree di movimento nella metropoli*, Bolonia, Il Mulino.

Melucci, Alberto, 1985, «The Symbolic Challenge of Contemporary Movements», *Social Research* 52: 789-816.

Melucci, Alberto, 1989, *Nomads of the Present: Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*, Filadelfia, Temple University Press.

Melucci, Alberto, 1996, *Challenging Codes*, Nueva York, Cambridge University Press.

Meyer, David S. y Nella Van Dyke, 2014, *Understanding the Tea Party Movement*, Farnham, Ashgate.

Meyer, David S. y Suzanne Staggenborg, 1996, «Movements, Countermovements and the Structure of Political Opportunity», *American Journal of Sociology* 101: 628-660.

Meyer, David S. y Sidney Tarrow, 1998, *Social Movement Society*, Lanham, MD, Rowman & Littlefield.

Meyer, David S. y Nancy Whittier, 1994, «Social Movement Spillover», *Social Problems* 41: 277-298.

Michels, Robert, 1962 [1911], *Political Parties: A Sociological Study of the Oligarchical Tendencies of Modern Democracy*, Nueva York, Free Press.

Minkoff, Debra C., 1994, «From Service Provision to Institutional Advocacy: The Shifting Legitimacy of Organizational Forms», *Social Forces* 72: 943-969.

Minkoff, Debra C., 1995, *Organizing for Equality: The Evolution of Women's Racial Ethnic Organizations in America, 1955-1985*, New Brunswick, NJ, Rutgers University Press.

Minkoff, Debra, 1997, «The Sequencing of Social Movements», *American Sociological Review* 62: 779-799.

Minkoff, Debra y David Meyer, 2004, «Conceptualizing Political Opportunity», *Social Forces* 82: 1457-1492.

Mische, Ann, 2003, «Cross-Talk in Movements: Reconceiving the Culture-Network Link», en Mario Diani y Doug McAdam, eds., *Social Movements and Networks*, Nueva York, Oxford University Press, pp. 258-280.

Moore, Ryan y Michael Roberts, 2009, «Do-It-Yourself Mobilization: Punk and Social Movements», *Mobilization: An International Quarterly* 14: 273-292.

Morris, Aldon, 1984, *The Origins of the Civil Rights Movement: Black Communities Organizing for Change*, Nueva York, The Free Press.

Mueller, Carol, 1997, «Media Measurement Models of Protest Event Data», *Mobilization: An International Quarterly* 2: 165-184.

Murphy, Kim, 2012, «Greenpeace Forced to Get More Creative», *Los Angeles Times*, 10 de junio: A15.

Myers, Daniel J., 1994, «Communication Technology and Social Movements: Contributions of Computer Networks to Activism», *Social Science Computer Review* 12: 250-260.

Myers, Daniel J., 1997, «Racial Rioting in the 1960s: An Event History Analysis of Local Conditions», *American Sociological Review* 62: 94-112.

Myers, Daniel J., 2010, «Violent Protest and Heterogeneous Diffusion Processes: The Spread of U. S. Racial Rioting, 1964-1971», *Mobilization: An International Quarterly* 15: 289-322.

Norton, Ann, 2004, *Ninety-Five Theses on Politics, Culture, and Method*, New Haven, CT, Yale University Press.

Oberschall, Anthony, 1968, «Rising Expectations and Political Turmoil», *Journal of Development Studies* 6: 5-22.

Oberschall, Anthony, 1973, *Social Conflict and Social Movements*, Englewood Cliffs, NJ, Prentice Hall.

Olesen, Thomas, 2005, *International Zapatismo*, Londres, Zed Books.

Oliver, Pamela E. y Hank Johnston, 2005, «What a Good Idea: Frames and Ideology in Social Movement Theory», en Hank Johnston y John Noakes, eds., *Frames of Protest*, Lanham, MD, Rowman and Littlefield Publishers, pp. 185-203.

Oliver, Pamela E. y Daniel J. Myers, 1999, «How Events Enter the Public Sphere», *American Journal of Sociology* 106: 38-87.

Olson, Mancur, 1963, *The Logic of Collective Action*, Cambridge, MA, Harvard University Press.

Olzak, Susan, Maya Beasley y Johan Olivier, 2003, «The Impact of State Reforms on Protest Against Apartheid in South Africa», *Mobilization: An International Quarterly* 8: 27-50.

Ortega y Gasset, José, 1932, *Revolt of the Masses*, Nueva York, W. W. Norton [Trad. esp., *La rebelión de las masas*, Madrid, Alianza Editorial, 2014 (1930)].

Oselin, Sharon S. y Catherine Corrigall-Brown, 2010, «A Battle or Authenticity: An Examination of the Constraints on Anti-Iraq and Pro-Invasion Tactics», *Mobilization: An International Quarterly* 15: 511-533.

Oslzly, Petr, 1990, «On Stage with the Velvet Revolution», *Drama Review* 34(3): 88-96.

Pareles, Jon, 2007, «Rock ’n’ Revolution», *New York Times*, 11 de noviembre, AR: 1-32.

Park, Robert y Ernest Burgess, 1969 [1921], *An Introduction to the Science of Sociology*. Chicago, University of Chicago Press.

Pfaff, Steven, 1996, «Collective Identity and Informal Groups in Revolutionary Mobilization: East Germany in 1989», *Social Forces* 75: 91-118.

Piven, Frances Fox, 2012, «Protest Movements and Violence», en Seraphim Seferiades y Hank Johnston, eds., *Violent Protest, Contentious Politics, and the Neoliberal State*, Farnham, Ashgate, pp. 19-28.

Piven, Frances Fox y Richard Cloward, 1977, *Poor People’s Movements*, Nueva York, Pantheon.

Pleyers, Geoffrey, 2011, *Alterglobalization: Becoming Actors in the Global Age*, Malden, MA, Blackwell.

Polletta, Francesca, 2002, *Freedom is an Endless Meeting: Democracy in American Social Movements*, Chicago, University of Chicago Press.

Polletta, Francesca, 2006a, *It Was Like a Fever: Storytelling in Protest and Politics*, Chicago, University of Chicago Press.

Polletta, Francesca, 2006b, «Mobilization Forum: Awkward Movements», *Mobilization: An International Quarterly* 11: 475-478.

Polletta, Francesca, 2009, «Storytelling in Social Movements», en Hank Johnston, ed., *Culture, Social Movements and Protest*, Farnham, Ashgate, pp. 33-53.
Ramos, Howard, 2008, «Opportunity for Whom? Political Opportunity and Critical Events in Canadian Aboriginal Mobilization 1951-2000», *Social Forces* 87: 795-823.
Raney, Rebecca Fairley, 1999, «Flash Campaigns: Online Activism at Warp Speed», *New York Times*, 3 de junio, fecha de acceso 6 de junio, 2012, www.nytimes.com/library/tech/99/06/cyber/articles/03campaign.html
Rochon, Thomas R., 1998, *Culture Moves: Ideas, Activism, and Changing Values*, Princeton, NJ, Princeton University Press.
Romero, Simon, 2013a, «Thousands Gather for Protests in Brazil's Largest Cities», *New York Times*, 18 de junio 18: A5.
Romero, Simon, 2013b, «Protests Widen as Brazilians Chide Leaders», *New York Times*, 19 de junio: A1.
Rosenthal, Bob y Richard Flacks, 2012, *Playing for Change: Music and Musicians in the Service of Social Movements*, Boulder, CO, Paradigm Publishers.
Rosigno, Vincent J. y William F. Danaher, 2004, *The Voice of Southern Labor*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
Rucht, Dieter, 1996, «The Impact of National Contexts on Social Movements Structure», en Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer N. Zald, eds., *Comparative Perspectives on Social Movements: Political Opportunities, Mobilizing Structures, and Cultural Framings*, Nueva York, Cambridge University Press, pp. 185-204.
Rucht, Dieter, 1998, «The Structure and Culture of Collective Protest in Germany since 1950», en David Meyer y Sidney Tarrow, eds., *The Social Movement Society: Contentious Politics for a New Century*, Boulder, CO, Rowman & Littlefield, pp. 29-57.
Rucht, Dieter, Ruud Koopmans y Friedhelm Neidhardt, eds., 1999, *Acts of Dissent: New Developments in the Study of Protest*, Lanham, MD, Rowman and Littlefield.
Runciman, W. G., 1966, *Relative Deprivation and Social Justice*, Londres, Routledge, Kegan Paul.
Rupp, Leila y Verta Taylor, 2003, *Drag Queens at the 801 Cabernet*, Chicago, University of Chicago Press.

Ryan, Charlotte, 1991, *Prime Time Activism*, Boston, South End.

Schmidt, Michael S., 2012, «For Occupy Movement, A Challenge to Recapture Momentum», *New York Times*, 1 de abril: A19.

Schrodt, Phillip A., 2006, «Twenty Years of the Kansas Event Data System Project», fecha de acceso 17 de junio, 2012, www.ku.edu/_keds/KEDS.history.html.

Selbin, Eric, 2010, *Revolution, Rebellion, and Resistance: The Power of Story*, Londres, Zed Books.

Shefner, Jon, George Pasdirtz y Cory Blad, 2006, «Austerity Protests and Immiserating Growth in Mexico and Argentina», en Hank Johnston y Paul Almeida, eds., *Latin American Social Movements*, Lanham, MD, Rowman and Littlefield, pp. 19-42.

Shultziner, Doron, 2013, «The Social-Psychological Origins of the Montgomery Bus Boycott: Social Interaction and Humiliation in the Emergence of Social Movements», *Mobilization: An International Quarterly* 18: 117-138.

Simon, Herbert W., 1990, *The Rhetorical Turn: Invention and Persuasion in the Conduct of Inquiry*, Chicago, University of Chicago Press.

Smith, Jackie, 2002, «Globalizing Resistance: The Battle of Seattle and the Future of Social Movements», en Jackie Smith y Hank Johnston, eds., *Globalization and Resistance: Transnational Dimensions of Social Movements*, Lanham, MD, Rowman & Littlefield, pp. 207-226.

Smith, Jackie, 2008, *Social Movements for Global Democracy*, Baltimore, MD, Johns Hopkins University Press.

Smith, Jackie y Ellen Reese, 2008, «The World Social Forum Process: Special Focus Issue», *Mobilization: An International Quarterly* 13: 349-446.

Snow, David A. y Robert D. Benford, 1988, «Ideology, Frame Resonance, and Participant Mobilization», en Bert Klandermans, Hanspeter Kriesi y Sidney Tarrow, eds., *International Social Movement Research*, Greenwich, CT, JAI Press, pp. 197-217.

Snow, David A. y Robert D. Benford, 1992, «Master Frames and Cycles of Protest», en Aldon Morris y Carol McClurg Mueller, eds., *Frontiers of Social Movement Theory*, New Haven, CT, Yale University Press, pp. 133-155.

Snow, David A. y Robert D. Benford, 1999, «Alternative Types of Crossnational Diffusion in the Social Movements Arena», en Donatella della Porta, Hanspeter Kriesi y Dieter Rucht, eds., *Social Movements in a Globalizing World*, Londres, Macmillan, pp. 23-39.

Snow, David A., Hank Johnston y Garth McCallum, 1994, «Subcultures of Resistance and Collective Action», ponencia presentada en Session on Sociology of Culture, Pacific Sociological Association Annual Meetings, 14-17 de abril, San Diego, CA.

Snow, David A., E. Burke Rochford, Jr., Steven K. Worden y Robert D. Benford, 1986, «Frame Alignment Processes, Micromobilization, and Movement Participation», *American Sociological Review* 51: 464-481.

Snow, David A., Robert D. Benford, Holly J. McCammon, Lyndi Hewitt y Scott Fitzgerald, 2013, «The Emergence of the Framing Perspective: What Lies Ahead?», *Mobilization* 18: 457-475.

Snow, David A., Robert D. Benford, Holly J. McCammon, Lyndi Hewitt y Scott Fitzgerald, 2014, «The Emergence of the Framing Perspective: What Lies Ahead?», *Mobilization* 19: 1-24.

Soule, Sarah A., 1997, «The Student Divestment Movement in the United States and Tactical Diffusion: Shantytown Protests», *Social Forces* 71: 431-449.

Soule, Sarah A. y Jennifer Earl, 2005, «A Movement Society Revisited: The Character of American Social Protest, 1960-1986», *Mobilization: An International Quarterly* 10: 345-364.

Steinberg, Marc, 1999, *Fighting Words*, Ithaca, NY, Cornell University Press.

Swidler, Ann, 1995, «Cultural Power and Social Movements», en Hank Johnston y Bert Klandermans, eds., *Social Movements and Culture*, Minneapolis, Univeristy of Minnesota Press. pp. 25-40.

Tarrow, Sidney, 1983, *Struggling to Reform: Social Movements and Policy Change During Cycles of Protest. Western Societies Paper 15*, Ithaca, NY, Cornell University.

Tarrow, Sidney, 1989, *Democracy and Disorder: Protest and Politics in Italy, 1965-1975*, Oxford, Clarendon.

Tarrow, Sidney, 1998, *Power in Movement*, Nueva York, Cambridge University Press.

Tarrow, Sidney, 2005, *The New Transnational Activism*, Nueva York, Cambridge University Press.

Taylor, Verta y Nicole C. Raeburn, 1995, «Identity Politics as High-Risk Activism: Career Consequences for Lesbian, Gay, and Bisexual Sociologists», *Social Problems* 42: 252-273.

Taylor, Verta y Nancy E. Whittier, 1992, «Collective Identity in Social Movement Communities», en Aldon Morris y Carol McClurg Mueller, eds., *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven, CT, Yale University Press, pp. 104-129.

Thrall, T. A., 2006, «The Myth of the Outside Strategy: Mass Media News Coverage of Interest Groups», *Political Communication* 23: 407-420.

Tilly, Charles, 1978, *From Mobilization to Revolution*, Reading, MA, Addison-Wesley.

Tilly, Charles, 1986, *The Contentious French*, Cambridge, MA, Harvard University Press.

Tilly, Charles, 1995, *Popular Contention in Great Britain 1758-1834*, Cambridge, MA, Harvard University Press.

Tilly, Charles, 2006, *Regimes and Repertoires*, Chicago, University of Chicago Press.

Tilly, Charles, 2007, *Democracy*, Nueva York, Cambridge University Press.

Tilly, Charles, 2008, *Contentious Performances*, Nueva York, Cambridge University Press.

Tilly, Charles y Lesley J. Wood, 2009, *Social Movements, 1768-2008*, Boulder, CO, Paradigm Publishers.

Turner, Ralph, 1969, «The Theme of Contemporary Social Movements», *British Journal of Sociology* 20: 390-405.

Turner, Ralph, 1996, «The Moral Issue in Collective Action», *Mobilization: An International Quarterly* 1: 1-15.

Turner, Ralph y Lewis Killian, 1987 [1957], *Collective Behavior*, Englewood Cliffs, NJ, Prentice Hall.

Vala, Carsten T. y Kevin J. O'Brien, 2007, «Attraction without Networks: Recruiting Strangers to Unregistered Protestantism in China», *Mobilization: An International Quarterly* 12: 79-94.

Van Dyke, Nella y Sarah A. Soule, 2002, «Structural Social Change and the Mobilizing Effect of Threat: Explaining Levels of Patriot and Militia

Mobilizing in the United States, 1930-1990», *Social Problems* 49: 497-520.

Von Bülow, Marisa, 2011, «Brokers in Action: Transnational Coalitions and Trade Agreements in the Americas», *Mobilization: An International Quarterly* 16: 164-180.

Walker, Jack L., 1991, *Mobilizing Interest Groups in America: Patrons, Professions, and Social Movements*, Ann Arbor, University of Michigan Press.

Wellman, Barry, 2001, «Physical Place and Cyberspace,» *International Journal of Urban and Regional Research* 25: 227-252.

White, Robert W., 1999, «Comparing State Repression of Pro-State Vigilantes and Anti-State Insurgents: Northern Ireland 1972-1975», *Mobilization: An International Quarterly* 4: 203-222.

Whittier, Nancy, 1995, *Feminist Generations*, Filadelfia, Temple University Press.

Wilson, Christopher y Alexandra Dunn, 2011, «Digital Media in the Egyptian Revolution: Descriptive Analysis from the Tahrir Data Set», *International Journal of Communication* 5: 1248-1272.

Wolsfeld, Gadi, 1997, *Media and Political Conflict: News from the Middle East*, Nueva York, Cambridge University Press.

Wuthnow, Robert, 1989, *Communities of Discourse*, Cambridge, MA, Harvard University Press.

Young, Michael, 2002, «Confessional Protest: The Religious Birth of U. S. National Social Movements», *American Sociological Review* 67: 660-688.

Zald, Mayer N., 2010, «Career, Collaborations, and a Next Step: Profiles of Institutional Collective Action Potentials», *Mobilization: An International Quarterly* 15: 249-266.

Zald, Mayer N. y Roberta Ash, 1966, «Social Movement Organizations: Growth, Decay, and Change», *Social Forces* 44: 327-340.

Zald, Mayer N. y John D. McCarthy, 1987, «Social Movement Industries: Competition and Conflicts among SMOs», en Mayer N. Zald y John D. McCarthy, eds., *Social Movements in an Organizational Society: Collective Essays*, New Brunswick, NJ, Transaction, pp. 161-184.

Título original: *What is a Social Movement?*
Traducción: Andrea Saavedra

Esta obra ha sido publicada por primera vez en 2014 por Polity Press. Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Polity Press Ltd., Cambridge.

Edición en formato digital: 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-1362-650-5

Conversión a formato digital: REGA